

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 17.

NUM. 204.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

—
DICIEMBRE 1905
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, núm. 22.— Teléfono 2,000

10.695

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

SOBRE LA ERUDICIÓN Y LA CRÍTICA

El ensayo que *Sobre la lectura é interpretación del Quijote* publiqué en el número de esta misma Revista correspondiente al mes de Abril parece ha escandalizado á ciertos señores, ó han hecho, por lo menos, como que se escandalizaban. Ahí es nada el faltar al ingenioso hidalgo D. Miguel de Cervantes Saavedra. Suponiendo, por supuesto, que yo le hubiese faltado y no sea más profundo venerador de su genio—en lo que éste tenga de venerable—que todos sus serviles aduladores é idólatras.

Es fuerte cosa, en verdad, eso de que personas que si á mano viene alardean de independenciancia de criterio y de hallarse libres de muchas que llaman supersticiones, pretendan erigir sobre las ruinas del respeto á las creencias religiosas generales en el país una especie de religión literaria, mil veces más odiosa que todo lo que de más odioso pudieran tener esas creencias. La superstición literaria, que arranca acaso de cierta especie de religión de la literatura que desde el Renacimiento ha venido fraguándose, esa superstición es más despreciable que las más bajas supersticiones á la antigua usanza. No se me alcanza por qué el Dante, Shakespeare ó Cervantes han de ser más intangibles que uno cualquiera de los santos que la Iglesia católica ha elevado á sus altares, y por qué los mismos que se permiten cualquier chocarrería contra éstos se revuelven contra el que se atreva á tocar á la canonización literaria de que aquéllos gozan.

Si mi ensayo sobre la lectura y la interpretación del *Quijote* ha escandalizado á los fanáticos de esa ridícula religión literaria, también ha escandalizado á algunos de ellos mi obra *Vida de Don Quijote y Sancho*, á que dicho ensayo podría servir de prólogo. Hay quien me ha reprochado las libertades que dice me tomo en ella con la obra de Cervantes—que es de cualquiera que la lea y la sienta tanto como de Cervantes—y con Cervantes mismo. Y es lo curioso del caso que trayendo y llevando yo en mi obra á San Ignacio de Loyola, mi paisano—por el que siento más admiración que todos los jesuítas juntos,—me he encontrado con fervoroso católico, pero más fervoroso fiel de la iglesia literaria castiza, á quien le han desagradado más los que llama mis desacatos á Cervantes que no los que tiene, sin ellos serlo, por desacatos á San Ignacio. Lo cual no me extraña, pues he conocido obispo que huía con más ahinco de caer en solecismos que de caer en herejías. Y en la herejía misma lo que más odiaba era su exotismo, el creerla poco castiza.

Todo esto es más que lamentable, y prueba cómo el espíritu ama la esclavitud y cuando se sale de la una se va á la otra. Gentes que se imaginan haber conquistado su libertad de conciencia caen en la más vergonzosa idolatría en punto á literatura. Cuando me encuentro con alguna de estas personas, al momento se me viene á las mientes el caso tan conocido de aquel literato español que, reuniendo á sus hijos en torno á su lecho de muerte, les dijo antes de irse para siempre de este mundo: «Hijos míos, no quiero morirme sin desquitarme de un grave peso que he llevado á costas toda mi vida... Tengo que revelaros un secreto... ¡me carga el Dante!» Aunque empleando un verbo más enérgico y más expresivo que cargar, y verbo que aquí no puede estamparse. Y no empezaremos á ver claro en literatura ni á gustar de veras de las bellezas de los clásicos mientras todos aquellos á quienes el Dante les carga no lo confiesen valientemente en público. A mí no me carga Cervantes, ni mucho menos, sino que lo venero más y mejor

que sus ridículos idólatras; pero me carga Quevedo, pongo por caso de clásico cargante, y no puedo soportar sus chistes corticales y sus insoportables juegos de palabras. Y hay en España muchas personas que se tienen por cultas, y por tales pasan entre los demás, á quienes les carga Cervantes, aunque nunca tanto como en Portugal Camoens, que es perfectamente insoportable, y á quien, si no fuese por un mal entendido patriotismo, declararían los portugueses cultos inferior á muchos otros escritores portugueses, sobre todo contemporáneos.

No me cargan ni el Dante ni Cervantes; pero me cargan, y mucho, los dantófilos y cervantófilos y toda casta de apostilladores y monaguillos de genios pasados. Creyendo y queriendo servir á la mayor gloria de los dioses literarios á que sirven, no hacen sino trabajar por hacerlos cargantes, y hasta aborrecibles. De su labor suelen salir esos santones de la literatura tan echados á perder como salen los santos después de haber pasado por el *Año Cristiano*.

Un buen amigo mío, y persona á quien de veras estimo, Mr. Camille Pitollet, joven de ingenio despierto y vivo, al dar cuenta, en el número de la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature* correspondiente al 9 de Septiembre de este año, de mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, se desentiende casi por entero de esta mi obra, y la trama con mi ya citado ensayo, considerándolo como una especie de prólogo de la susodicha obra. Y este artículo de M. Pitollet ha de darme ocasión á decir unas cuantas cosas respecto á los eruditos y los críticos, y muy en particular á los que nos gastamos, ó mejor dicho, se gastan ellos, por España.

Empieza M. Pitollet por hacer notar á sus lectores que no tengo nada de humorista, arrancándome con ello una de las más dulces ilusiones de mi vida y uno de los títulos que más á mi satisfacción empezaba á ganar, y me larga, en cambio, un epíteto que siempre me ha sido odioso, aunque declarando que es el que me da «la jeunesse universitaire espagnole»: el epíteto cargantísimo de *sabio*. Mi amigo Pitollet debe de ignorar

sin duda que he protestado más de una vez, y con todas las fuerzas de mi alma, de que se me aplique ese mote tan feo de *sabio*, y que jamás de mi vida he hecho profesión de tal. Y él, que me conoce, y ha leído el ensayo y el libro de que aquí vengo hablando, ha podido verlo. En España, en cuanto alguien sabe alguna cosa—y yo sé varias, debo confesarlo con la modestia que me caracteriza—le cuelgan eso de *sabio*, y para ser tenido por poeta, pongo por otro mote, es menester no saber nada. Si en unos versos se dice algo que exige esfuerzo de atención y provoca á meditar, son versos de pensador, pero no de poeta. Los poetas no deben pensar.

Y entrando luego M. Pitollet en el contenido de mi ensayo, hace resaltar aquellas mis palabras de que la erudición suele ser—no digo que lo sea siempre — «una forma mal disfrazada de pereza espiritual», y los sabios «una casta de hombres insoportables». Y esto me da pie para desarrollar ambas proposiciones.

Y me servirá, además, para establecer á qué especie de eruditos me refiero, porque, como diré luego, los hay muy simpáticos y muy dignos de respeto, como el propio M. Pitollet—que es más que un erudito,—y los hay perfectamente inaguantables, y son los que por aquí predominan.

Se dice, y yo no hago sino repetirlo aquí, se dice que hay momentos en la vida de la cultura de un pueblo en que éste debe detenerse á hacer un inventario de sus adquisiciones, á seleccionarlas y ordenarlas antes de proseguir su camino. Los tales son períodos críticos, alejandrinos, vamos al decir, y ¡desgraciado del que, cuando todos se aplican á la tarea de restablecer el texto de las antiguas odas y trazar su genealogía, se sale con una nueva que no sea mero eco de las que se está estudiando!

Se dice que un caminante debe detenerse de vez en cuando en su camino para echar una mirada al ya recorrido, y contemplándolo así, desde lejos, sin divisar sus asperezas y sí sus amenidades, cobrar bríos para proseguirlo.

Se dice que de cuando en cuando conviene hacer examen de conciencia, arrepentirse de los pecados que se cometieron é indagar sus causas, corroborarse en las virtudes, y así, apurada la conciencia, volver á pecar con más tranquilidad y con menos peso á cuentas.

En torno á mi mesa de trabajo voy apilando todos los papeles, cartas, recortes de diarios, revistas, folletos y libros que recibo, y de cuando en cuando tengo que hacer una limpia, rompiendo no pocos y dejando muchos menos, para que, á menos bulto, me quede más claridad.

Y, por lo visto, Europa, y también España, están atravesando uno de esos enojosos y hórridos períodos críticos ó alejandrinos, ó más bien estamos empezando, no más, á salir de él, á Dios gracias. Porque las obras de literatura refleja abundan tanto cuanto escasean las de literatura directa, contando en aquella categoría no pocas obras que parecen entrar en esta otra, así como tampoco faltan las que con apariencia de críticas son de primera materia poética.

En general, la literatura, lo técnico, lo del oficio, ahoga á la poesía, y como son literatos los que forman el ambiente literario de un pueblo, el resultado es desconsolador.

Si en la oficina en que están unos cuantos eruditos y críticos literarios trabajando sobre Homero entrase un nuevo Homero cantando nuevas y tan hermosas canciones como las que cantó el divino ciego, ó quien fuera el que las cantase, ó aun si resucitado el mismo Homero les viniese cantando lo que hoy pasa en el mundo, le echarían con cajas destempladas por importuno y superficial. Los que se queman las cejas sobre los textos de Calderón, no pierden su tiempo en acudir hoy al teatro, y si un nuevo Calderón surgiese al lado de ellos, no se percatarían de tal cosa. Un Calderón tiene que haber sido pasado siempre, y si hoy nace otro genio del teatro como él, no adquiere valor alguno hasta que, una vez muerto y enterrado, es pasto su espíritu de los cuervos de la erudición, que viven de los muertos.

Hablaba yo con entusiasmo de poesía, y de un poeta contemporáneo, Carducci, á un joven filólogo italiano, y me replicó: «¡Oh, no! no me interesan sino las cosas positivas». Para este desgraciado, la crítica literaria es más positiva que la literatura misma, y el mayor valor de un poeta consiste en procurar primera materia de erudición filológica y literaria á los que lo estudien.

Conozco quien cree que el principal y más noble destino de los libros es el de ser catalogados, opinión que coincide con la que los avaros profesan respecto al valor del dinero.

En otra ocasión, otro amigo mío, muy aficionado á leer historias de la filosofía y de la literatura, me decía: «¿Los poetas y los filósofos? ¡bah! dicen lo que les da la gana». Y replicándole yo: «¿Y los historiadores de filosofía y poesía?», me contestó: «Esos ya no, esos no dicen lo que les da la gana, sino que cuentan lo que dijeron los otros, los poetas y filósofos, y estudian por qué lo dijeron». De donde deduje que para él, uno que acierta á historiar el pensamiento de Hegel es superior á Hegel mismo. Y así sucede, sobre todo desde que se hace crítica psicológica y sociológica y no sé cuántos enredos más, que los pobres poetas y filósofos no son sino la materia prima para las elucubraciones de los críticos y eruditos que los estudian, los cuales, á su vez, aparentan creer que por nada del mundo trocarían su papel de críticos por el de criticados. Es algo así como un zoólogo que cae en éxtasis ante un animalucho raro y le colma de estudios y monografías, pero por nada del mundo se cambiaría por el animalucho á que estudia. A nadie le gusta ser un precioso caso de estudio.

Mas en el fondo no es esto, sino que el erudito no perdona al ingenio que es objeto de su erudición el no poder ser él á su vez un ingenio á quien eruditos estudien y no eruditos admiren sencilla y sinceramente.

Claro está, y lo he advertido ya de antemano, que al hablar así de los eruditos no me refiero á todos ellos, sino á aquella variedad de la especie—variedad que, por desgracia, es la

que más conozco—que se distingue por su desprecio y desdén—creo fingidos—hacia las obras de imaginación, que estiman poco positivas. Los otros, los eruditos modestos y concienzudos, que si bien penetrados del valor de su propia obra, no desconocen el valor de las obras de los demás, y hasta reconocen el mérito de las síntesis apriorísticas, fantásticas y sin base histórica, estos otros eruditos merecen el respeto y á las veces hasta la admiración de toda persona culta.

La labor paciente y abnegada de ir recogiendo datos y noticias, de aquilatarlos y apurarlos, de concordarlos y resucitar así poco á poco el pasado, es una labor que ha sido mil veces pregonada como virtud, y no es menester pregonarla como tal una vez más aquí. Es la erudición, por otra parte, un fructuosísimo ejercicio espiritual, una verdadera ascesis, por ser acaso la mejor escuela de humildad. El erudito se adiestra á respetar el hecho, el más menudo hecho, el hechillo al parecer más insignificante, y todos los que se han entregado á labores de erudición conocen los pesares amarguísimos por que pasa el ánimo cuando, en virtud de un dato minúsculo, de una fecha, de un nombre, hay que renunciar á toda una ingeniosa y acaso brillante teoría pacientemente elaborada. Aquí es donde se pone á prueba el amor propio y se mortifica el espíritu; aquí es donde se ha menester de espíritu de sacrificio. El ejercicio de la erudición enseña, más que el de otras actividades humanas, lo que vale la humildad. «La verdad puede más que la razón», decía Sófocles, y este glorioso lema es el lema de todo buen erudito.

Se comprende, por otra parte, que gustemos poco de los trabajos de erudición los que no estamos del todo bien avenidos con la realidad de las cosas presentes y pasadas, y quisiéramos que el mundo fuese, no como es, sino como á nosotros se nos antoja que debiera ser; los que proclamamos los fueros de la imaginación frente á los de la lógica y hasta contra los de ésta; los que buscamos, en fin, en las bellas artes una liberación de los tres tiranos del espíritu: la lógica, el tiempo y el espacio.

M. Pitollet, después de decir que el método por mí preconizado no es sino un método de excepción, y que, generalizado, sería el peor de los métodos, añade refiriéndose á mí: «De ce que lui, esprit original, est capable, dans certains cas, d'en tirer de bons fruits, il n'en est pas moins évident de toute évidence que, pour la généralité, elle donnerait des résultats déplorables et justifierait le fameux mot de Cujas à propos des Bartolistes: *Verbosi in re facili, in difficili muti, in angusta diffusi*». A lo cual no tengo que contestar sino una sola cosa, y es que todos los métodos son, en rigor, de excepción, y que yo no hice en mi Ensayo sino defender y proclamar mi propio método, sin pretender que otros lo adopten, pues creo que cada cual debe tener el suyo, aunque luego ocurra que los métodos de muchas personas, de la mayoría, coincidan entre sí. Cada uno tiene su método, como cada uno tiene su locura; sólo que estimamos cuerdo á aquel cuya locura coincide con la de la mayoría.

Y añade mi buen amigo que el *Quijote* que en mi obra comento no es sino un *Quijote* de mi invención, lo cual es perfectamente cierto, agregando estas palabras: «Or, une fois ouverte à la fantaisie des glossateurs, la voie n'a plus d'issues à prévoir et nous nous lançons à corps perdu dans l'anarchisme intellectuel médiéval». Y yo digo: ¡bendito y bienaventurado anarquismo intelectual medioeval!, ¡qué falta nos estás haciendo!, ¡qué falta nos estás haciendo para reparar en lo posible los estragos de este racionalismo de monografistas, especialistas y ratones de archivos!, ¡qué falta nos estás haciendo para que volvamos á soñar la vida y este sueño nos lleve á la muerte liberadora!

Dice luego M. Pitollet que yo, que lleno de sarcasmos á los masoretas cervantistas, me he impuesto la tarea *assez factice* de comparar constantemente la vida de Don Quijote con la de San Ignacio de Loyola, tal y como la ha contado Rivadeneira; «mauvais exemple—agrega—donné à ces pseudo-érudits, amoureux d'enseignements ésotériques et de comparai-

sons forcées». Mentira parece que un hombre tan perspicaz y tan vivo como M. Pitollet, y que por mi ensayo, mi obra *Vida de Don Quijote y Sancho* y mis demás trabajos conoce mi método y mi espíritu, haya llegado á sospechar siquiera que yo pretenda que el bueno de Cervantes pensara en San Ignacio al componer su *Quijote*. No; ni yo he escrito semejante cosa, ni se me ocurre pensar en si fué ó no así. Constantemente, al comentar el *Quijote*, dejo á Cervantes fuera y no me interesa ni poco ni mucho lo que este buen hidalgo pensara al escribir su obra, ni lo que quiso decir en ella, si es que quiso decir algo más de lo que á las claras y á primera vista se lee allí. No, no es eso. Yo veo semejanzas entre la vida de Don Quijote y la de San Ignacio, por lo menos entre la de mi Don Quijote y la de mi San Ignacio; y de lo demás se me da un bledo, porque no he pretendido hacer una obra de erudición ni de exégesis esotérica, ni ese es el camino.

La nota crítica de M. Pitollet en la *Revue Critique d'histoire et de Littérature*, nota que le agradezco muy de veras, sería una nota mucho más adecuada á la índole de mi obra, creo yo, si hubiera empezado por donde concluye. Pues concluye en decir: «En somme, j'estime que le vrai titre du volume devrait être: *Vida de Don Quijote y Sancho según la volvió á pensar Miguel de Unamuno*»; agregando: «c'est un livre unique et qui ne devra pas faire école en Espagne». Pues bueno—digo yo ahora;—en efecto: es la vida del Ingenioso Hidalgo, según la he vuelto á pensar, en virtud de un perfectísimo derecho que tenemos á apoderarnos de un ente de ficción, que es ya de todos, á arrancarle de monopolios y á trasformarlo á nuestro albedrío. Así se hizo en la Edad Media con los héroes de la antigüedad helénica y romana, y así han hecho todos los místicos y teólogos con los personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Y llamar á esto, como alguien le llama, platear el oro, es una ocurrencia de espíritu mezquino, incapaz de parir un solo personaje de ficción con vida, á pesar de sus esfuerzos por lograrlo.

Sí: mi obra no es sino un pretexto para ir entretejiendo mis propias ocurrencias y divagaciones, y podría haberlas enfilado todas con otro hilo cualquiera: el de *La vida es sueño*, de Calderón, pongo por caso. No la escribí con ocasión del Centenario, del ridículo Centenario; y si coincidió su publicación con la celebración de éste, fué algo á mi pesar y en virtud de flaqueza mía, de que me arrepiento. Como decía mi amigo el señor Altamira en las once líneas que dedicó á mi obra en su artículo «Los libros del Centenario», inserto en la revista *España* (23 de Junio), de Buenos Aires: «No se trata en ella de decirnos lo que es el *Quijote*, sino lo que le parece que es ó debe ser al Sr. Unamuno; es decir, se trata del espíritu de Unamuno declarado con ocasión del *Quijote*». Esto segundo es perfectamente exacto; lo primero no lo es tanto, porque no se trata allí de lo que me parece que es ó debe ser el *Quijote*, el libro, sino de las enseñanzas que saco de la contemplación de la vida de Don Quijote, el hombre, considerado aparte del libro en que se nos cuenta esa vida, y hasta suponiendo que el narrador de ella no haya sido siempre fiel á la verdad ideal al contárnosla. Repito que es Don Quijote mismo, el hombre, el que me atrae, y no el *Quijote*, no el libro.

Todo ello, como se ve, está á la mayor distancia posible de los trabajos de erudición, para los que me siento con poca aptitud y con menor deseo. Teniendo como tengo seres vivos en torno mío, me interesan poco los fósiles y me noto con poquísimas aficiones á la paleontología.

Y en la paleontología misma es evidente que hará mayores y más sorprendentes descubrimientos el que conozca bien la zoología, quiero decir, el modo de ser y de vivir de los *zoos*, de los vivientes, de los animales que hoy respiran y viven. Y es por esto por lo que no me explico que pueden trabajar con fruto en el estudio de los poetas muertos y enterrados y reducidos á esqueleto hace siglos, los que no se interesan ni poco ni mucho en los poetas que hoy viven y beben y comen y respiran y cantan. Estos eruditos de poesía antigua—conozco al-

gunos—á quienes les molestan los cantos vivos de los poetas vivos, son pobres desgraciados á quienes molesta que entren personas vivas, de carne y sangre, en el museo en que están clasificando sus esqueletos. No tratan sino con éstos. Y como á los vivos no les ven el esqueleto porque la tierra de los siglos no les ha comido aún la carne, no saben cómo clasificarlos y los declaran absurdos y fantásticos y muy inferiores á los pasados. Un hombre no adquiere valor á sus ojos sino cuando, muerto y enterrado, empiezan á blanquearle los huesos descarnados. Estudian esqueletos, huesos de poesía—cuando son eruditos de poesía pretérita—y no sienten la carne, el calor de humanidad que se fué para los no también poetas, con la época en que esos huesos se formaron dentro de la carne. Creyendo admirar al genio antiguo, son incapaces de ver nacer el genio de mañana. Fuera de su museo, en medio del campo, apenas ven: el recuerdo del esqueleto del mamut les impide ver un elefante vivo. ¿A qué especie pertenece esto?, se preguntan ante un animal vivo. Y apenas transigen sino con algún caballejo famélico y escuálido á quien su flacura y pocas carnes hacen que se le señale á flor de pellejo la osamenta. Y de aquí el fenómeno, nada raro, de que los eruditos de literatura exalten á los escritores arcaizantes, que tejen sus escritos con reminiscencias clásicas y contrahacen la hechura y el aire y el tono de los escritores cuyos huesos blanquean.

Y luego estos eruditos paleontólogos y los críticos de su escuela y sus semejantes todos forman una especie de cofradía internacional, se comentan los unos á los otros y se celebran mutuamente sus danzas de la muerte. Constituyen una especie de orden, algo así como una masonería que tiene en los archivos sus logias.

Agréguese á todo esto esa ridícula leyenda del profesor alemán, especialista, paciente investigador, que se confina de por vida á no explorar durante toda ella sino este ó el otro rincón de los conocimientos humanos, que intenta agotar una materia, y para agotarla la reduce. Claro está que esto también

tiene su defensa y que cabe ver el Universo todo reflejado en una gota de agua, y estudiando un coleóptero ó una sola obra de un solo autor, ó un único suceso histórico, puede llegarse á una concepción total y unitaria del Universo y de la vida; pero la tal leyenda es una de las más funestas leyendas que puede darse.

Cuando acabé mi carrera, doctorándome en Filosofía y Letras, se me presentó desde luego, como á todos nos ha sucedido, el problema de aprovechar mis estudios; y como mis aficiones eran por entonces, y siguen hoy siendo, á todo, pero muy en especial á la filosofía y la poesía—hermanas gemelas,—me preparé á hacer oposiciones, y las hice primero á una cátedra de psicología, lógica y ética, y luego á una de metafísica. Pero dado mi criterio de entonces en la materia, y dada, sobre todo, la independendencia de juicio que ya por aquella época era mi dote espiritual, fracasé, y no pude sino fracasar, en ambas oposiciones. Quiero decir que me quedé sin ninguna de ambas cátedras. Y entonces decidí, aprovechando mis aficiones á las lenguas, opositar á latín y griego. Y después de dos infructuosas oposiciones á cátedras de latín, logré al cabo ganar una cátedra de lengua griega ante un tribunal presidido por mi maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que es un elocuente poeta y lleva alma de tal á sus trabajos de reconstrucción erudita del espíritu de los tiempos pasados. En el mismo tribunal figuraba otro hombre de refinado gusto y de espíritu delicado: D. Juan Valera.

Y apenas obtuve la cátedra me encontré con un profesor eruditísimo, el cual me espetó una larga arenga para persuadirme de que dedicara mi vida á ser un helenista, y no sé si á desenterrar y publicar yo no sé qué manuscritos griegos que dicen hay en el Monasterio del Escorial. Quería ya acotarme el campo y decirme: ¡de aquí no se pasa! Pero yo, que sabía muy bien que no es de helenistas de lo que España más necesita, no le he hecho caso alguno, y de ello estoy cada vez más satisfecho. Sé más que el suficiente griego para poner á aque-

llos de mis alumnos que gusten de él en disposición de valerse por sí mismos y de hacer progresos en la lengua de Platón, y puedo ponerles al corriente de lo que se sabe de más importante respecto á literatura griega. Fuera de esto, no me creo obligado á hurtarme de los que estimo sagrados deberes para con mi patria, engolfándome en eruditas disquisiciones sobre este ó el otro punto de filología ó de literatura helénica, lo cual sería pasadero si no hubiese aquí labores más urgentes que acometer.

En un país hecho, en que cada uno está en su puesto y la máquina social marcha á compás y en toda regla, puede un ciudadano dedicarse á esas curiosas investigaciones; pero aquí hay demasiada gente que se dedica al tresillo, para que los que sentimos ansias de renovación espiritual vayamos á enfrascarnos en otra especie de tresillo. No; mi sueldo sale del trabajo de mis conciudadanos, es España la que por mediación del Estado me da el pan que mis hijos comen, y sé bien cuáles son mis deberes para con mi patria. Y no son precisamente los de que me esfuerce por que mi nombre sea citado en la masonería internacional de la erudición como el nombre de un sabio helenista que ha puesto en claro tal ó cuál punto oscuro de filología ó de historia de la literatura griega, ó que ha publicado esta ó la otra edición crítica de este ó de aquel autor, ó ha desenterrado un códice hasta ahora desconocido. No, no me ha dado Dios mis capacidades para eso.

Además de que el enfrascarse y engolfarse en tales estudios suele ser no pocas veces un acto de cobardía, una manera de desertar de un puesto de debida lucha, una traición á la patria. Es, á lo sumo y en el mejor caso, algo así como seguir en un laboratorio buscando el modo de hallar una sustancia que extinga momentáneamente los incendios, mientras se está quemando la casa, no ya del vecino, sino la propia, hurtándose así de llevar un balde de agua á ella.

Al terminar Fitzmaurice Kelly su excelente *Historia de la Literatura española*, y después de haber citado junto á Menén-

dez Pelayo y Menéndez Pidal á oscuros eruditos que podrían bien figurar en una Historia de la historia de la Literatura española, pero no en una Historia de la Literatura misma, acaba diciendo: «Sería un espectáculo verdaderamente extraño si la pintoresca é imprevisora España, que sigue siendo para no pocos espíritus más ó menos críticos la encarnación de un temerario romanticismo, fuera á producir una casta de escritores de género alemán, absorbidos en los detalles complicados y la observación microscópica. Pero como el genio de una nación no es más susceptible de transformación rápida que el temperamento de un individuo, no habría que sorprenderse si no se cumpliese esta desviación».

No, no habrá que sorprenderse, á Dios gracias. Pidamos y esperemos que en nuestra pintoresca é imprevisora España no cunda mucho esa casta de escritores de género alemán absorbidos en los detalles complicados y la observación microscópica. Puede abrigarse ese temor leyendo la parte que Fitzmaurice Kelly dedica á la literatura española contemporánea, donde unos cuantos eruditos nada literatos y algunos escritores oscuros han echado fuera á Salvador Rueda, á Marquina, á Baroja—éste acaso tiene el pecado de ser vasco, pues á los vascos nos trata un tantico desdeñosamente el autor,—á Jiménez, Martínez Ruiz (*Azorín*), Valle Inclán, Benavente y otros así. Verdad es que de esta expulsión de literatos de verdad por eruditos no creo haya que culpar al autor inglés, hombre de fino gusto, sino á los eruditos españoles que le han servido de guías.

Y ahora entra aquí una de mis proposiciones que más parece haber chocado á M. Pitollet, y es aquella de que la erudición suele ser en muchos casos una forma mal disfrazada de pereza espiritual, ó, como he escrito en mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, un opio para adormecer inquietudes íntimas del espíritu. Conozco un erudito de los buenos, erudito en el mejor sentido de la palabra, y, sobre todo y ante todo, hombre cordial y juicioso, que en cierta ocasión me confesaba haberse

entregado á la erudición para acallar desasosiegos, dudas y congojas de índole religiosa. Y es cosa que puede observar cualquiera con cuánta frecuencia los eruditos, engolfados en averiguar lo que pensó Fulano ó Zutano, ó cómo expresó lo que pensara, no se cuidan del valor objetivo de ese pensamiento que investigan. Escriben una doctísima monografía sobre la doctrina acerca de la Trinidad en este ó el otro oscuro teólogo, y ni por un momento les inquietan los terribles problemas que de la consideración del dogma de la Trinidad surgen. Todo se les convierte en curiosidades paleontológicas, y no oyen, á través de los siglos, bramar de dolor ó de amor al mastodonte.

Sí; la erudición suele ser con frecuencia una manera de huir de encarar la mirada de la Esfinge, poniéndose á contarle las cerdas del rabo. Se sume un hombre en la rebusca de curiosas noticias de pasados y luengos tiempos, por no encontrarse cara á cara con su conciencia que le pregunta por su propio destino y por su origen. Sé de un sujeto que, huyendo de la inquietud religiosa y temeroso de errar sin tino si se salía de la impuesta fe ortodoxa de sus padres, se dedicó á eruditísimas investigaciones sobre la liturgia. Y esto sí que es contarle las cerdas del rabo á la Esfinge.

Y ahora paso á tratar de otra cosa, y es de esa legión de hispanistas ó hispanófilos extranjeros que, salvo raras y muy honrosas excepciones, no hacen sino despreciarnos á los españoles de hoy, en complicidad con algunos de nuestros paleontólogos de la literatura patria. Para la mayor parte de esos señores que en tierras de Francia, Alemania, Inglaterra, los Estados Unidos, etc., escriben, no de nuestras cosas, sino de las cosas de nuestros tatarabuelos, España acabó en el siglo xvii ó el xviii á lo sumo. Los vivos no existimos para ellos sino en cuanto poseedores de los cachivaches que heredamos de nuestros mayores.

Habitamos en unas interesantísimas ruinas, y se nos tilda de bárbaros cuando en una cruda noche de invierno arranca-

mos de ellas unas piedras para levantar una choza en que guarecernos. Debemos limitarnos á ser porteros de Museo. ¡Al cuerno con ellos!

En la cátedra de Lengua y Literatura castellanas de una Universidad extranjera se estaba leyendo, traduciendo y comentando, no hace mucho, ¿á que no lo adivina el lector? las *Cartas marruecas*, de Cadalso, que ni tú, lector, ni yo, conocemos ni pensamos conocer; una obra perfectamente muerta del todo. Y menos mal que se corren algunas veces hasta Becquer, Campoamor, Alarcón, Valera y aun á algún otro contemporáneo vivo, sobre todo si le asoman los huesos á flor de piel. Pero por lo general se atienen á la paleontología. Y para fósil ahí está Cadalso, de cuya existencia histórica no estoy, por lo demás, muy seguro ni pienso tomarme el trabajo de asegurarme de ella. Tengo en derredor muchos vivos que me interesan; para distraerme en desenterrar muertos que murieron del todo y para siempre y sin remedio.

Dejemos á esos buenos señores que escriban la historia literaria de España, y, por nuestra parte, procuremos hacerla, hacer esa historia. Y dejemos nuestros huesos literarios á los eruditos de pasado mañana. Y Dios nos libre de que alguno de éstos tenga que desenterrárnoslos.

Pero, aún peores que los eruditos propiamente dichos, es decir, los investigadores de primera mano, los rebuscadores, aunque sólo sea de fragmentos de muelas de fósiles, peores que ellos son los meros aficionados á la erudición, los escritores que van á citas siempre que pueden y barajan nombres, vengan ó no á pelo.

Me da lástima esas personas que á cada paso se sienten obligadas á apoyar sus propias aserciones, aserciones de ordinario que no pasan de serlo de sentido común, en palabras de este ó del otro. Es un abismo de modestia que descubre otro abismo, no de modestia ya. Y es fuerte cosa eso de que las ocurrencias de un ingenio no hayan de tener importancia sino cuando son citadas por otro ingenio cualquiera. Un escritor

suele no empezar á tener importancia sino cuando sus ideas, sus imágenes ó sus desahogos y ocurrencias entran en los escritos de otro escritor cualquiera. Si bien hay casos en que con el trasplante ganan.

Y esto me lleva, así como de pasada, á justificar el llamado plagio, que por lo común me parece más natural y más legítimo que no la cita. Porque así como no debe llamarse padre de un hombre al que se limitó á engendrarlo y hacerle venir al mundo, sino al que le crió, educó y puso en condiciones de que pudiese valerse por sí mismo, colocándole en el puesto que mejor le correspondía en el mundo, así no debe llamarse padre de una idea ó una imagen al que primero la concibió, sino al que ha sabido colocarla en el puesto que entre las demás imágenes ó ideas le corresponde en el mundo imaginacional ó ideal. A más de un sujeto se le ocurre una idea cuyo alcance y valor ignora, y otro que los comprende se la recoge, la prohija y le da lugar en un complejo de ideas, en un poema si es una imagen. Y así hay personas que con ideas propias hacen una obra vulgar, y otras que con ideas ajenas la hacen originalísima y muy propia.

Y ahora dejo á los eruditos para decir algo de otra especie afine: la de los críticos.

Un poeta insigne, un grandísimo poeta, uno de los poetas más grandes que ha tenido Italia, Carducci, autor de maravillosos trabajos de erudición y de crítica, decía en el discurso que en 8 de Agosto de 1873 pronunció á la *Lega per l'istruzione del popolo*, estas palabras: «Abbiám levato la critica á un grado superiore, tra la scienza e l'arte; ne abbiám fatto quasi un'arte nuova, che sta da se e per se, la critica per la critica. Non solo siam vecchi, ma vogliám parer tali: a vent'anni cominciamo a scriver critica».

Y siguen las cosas tan mal ó peor que en 1873. Seguimos empeñados en hacer de la crítica un grado superior, entre la ciencia y el arte, una arte nueva que se mantiene de sí y por sí, la crítica por la crítica; seguimos, no sólo siendo viejos,

sino queriéndolo parecer, y comenzando por escribir á los veinte años crítica. Y desde que se puso en moda la crítica psicológica y otras garambainas, apenas se lee una crítica de un poeta hecha por otro poeta, crítica efusiva, poética, de entusiasmo ó de indignación.

Cualquiera diría que cuando un poeta arranca de las entrañas de su espíritu un canto chorreando vida, no ha hecho sino dar á los críticos una pieza de estudio para que investiguen cómo se formó, cuáles son sus antecedentes, y hagan la historia clínica del poeta que la produjo. Con razón decía Kierkegaard—permítaseme hacer lo que soporto mal que otros lo hagan, en gracia á las pocas veces que lo hago,—con razón decía Kierkegaard, después de haber comparado á los poetas con los desgraciados que se asaban á fuego lento en el toro de Falaris, y cuyos quejidos se trasformaban á los oídos del tirano en dulce música, que un crítico se parece á un poeta pelo á pelo, sólo que ni tiene tormentos en el corazón ni música en los labios.

Hay críticos verdaderamente horrendos, y el prototipo de ellos es acaso Max Nordau; el cual me hace el efecto de un ciego de nacimiento que juzgando por el tacto hace crítica de pintura. Cuando un cuadro le presenta una superficie lisa y fina, lo declara sano y razonable y bello; y cuando se le presenta rugoso y áspero á los dedos, lo reputa una extravagancia. Y si oye que este cuadro es alabado, declara loco de ataral que lo pintó, y no menos locos á los que lo alaban.

Y nada diré de eso de haber querido entrometer en la crítica artística y literaria esa horrible quisicosa que han dado en llamar sociología, y que, de ordinario, es el compendio más antiartístico y más iliterario de todas las patochadas que pueden ocurrírsele á un hombre cuando habla de las cosas que hacen los demás hombres.

Hay quien sostiene que un buen tabernero no debe beber vino; mas lo que parece, por lo menos, obligado en un buen tabernero es que no se emborrache. Y así, un buen crítico ó

un buen profesor de literatura no debe emborracharse tampoco con la poesía ajena que administra á sus lectores ó discípulos. Si se entusiasma ante una oda, y en vez de hacer un docto análisis de ella rompiera en otra oda, como un pájaro responde con su canto al canto de otro pájaro, entonces los compañeros de oficio tendrían derecho á despreciarle. Por algo se dice que eso de la crítica es un sacerdocio, y el sacerdote no es un profeta, ni debe serlo, so pena de dejar de ser, por el hecho mismo, sacerdote. El sacerdote interpreta y aplica las profecías del profeta, pero en el fondo de su corazón le desprecia, lo mismo que un buen abogado debe sentir muy poco aprecio al legislador, que sería acaso incapaz de defender á un sujeto ante los tribunales. Dios habla por boca de un profeta como por boca de ganso, ó por boca de la burra de Balaam, y es poco envidiable el ser ganso ó burra. Un poeta dice lo que le da la gana, y un crítico no, pues la crítica es algo científico. Un buen crítico, un buen verdadero crítico, es decir, un crítico ungido y tonsurado como tal, y, sobre todo, un crítico que no sea más que crítico, debe sentir el más compasivo desdén hacia los infelices que le sirven de ranas ó conejillos de Indias. Porque un poeta entona un canto como lo entona un ruiseñor, pero suele ser tan incapaz de explicarse el génesis y el sentido de ese canto y su significación en la vida como el ruiseñor mismo.

Se ha hecho de la crítica, como decía Carducci, una arte nueva que se mantiene de sí y por sí, la crítica por la crítica. Lo natural sería que un hombre que se sintiese con facultades poéticas, pero sin acertar con los medios de manifestarlas, gozando con lo que otros hombres cantan y haciéndolo suyo por el goce, se dedicase á llamar la atención de los distraídos sobre esos cantos. Hay personas que son ante todo y sobre todo lectores, y su entusiasmo por lo que al leerlo se lo despierta les lleva á escribir sobre ello, como uno que descubre una hermosa vista llama á su compañero, le tira del brazo, y mostrándosela le dice: ¡mira eso! El entusiasmo estético es comunica-

tivo, y nuestro goce de una obra de arte se acrecienta y agranda cuando logramos compartirlo con otros. De aquí nace el buen crítico, el que es poeta á su vez, cante ó no poesía. El goce de la poesía es algo activo, y el que se penetra de la hermosura de un poema puede ser por ello mismo tan poeta como el que lo compuso.

Pero hay críticos que no han ido de la poesía así sentida y gozada á la crítica, sino que han venido de la crítica, de la crítica en sí y por sí, de la crítica por la crítica, á criticar poesía. Su vocación fué la de críticos, aun sin haber gustado poesía alguna, y lo mismo podían criticar poemas que suertes de toreo. Tienen la aptitud genérica de la crítica; nacieron con el consabido escalpelo bajo el sobaco. Su vocación ingénita es la de críticos, una vocación que sospecho debe de ser gemela de la vocación de sociólogo. El crítico y el sociólogo tienen muchos toques de hermandad.

Pero lo que debe desear todo poeta es ser respondido por otro poeta, pues al poeta sólo le siente el que lo es también. Como entender, le entiende cualquiera; pero concordar con él y al son de sus cantos, sentir que vibran y cantan las cuerdas del propio corazón, esto sólo otro poeta. Y tal es el encanto que tienen las críticas que Marquina, pongo por ejemplo, suele publicar de vez en cuando; son críticas de poeta. Pues Marquina lo es, y verdadero, bastando para que así le llamemos su último ramillete de cantos, las *Elegías*, henchido de una poesía íntima, profunda, recogida y espiritual, en contraste con la elocuencia rimada que aquí pasa por poesía de ordinario.

*
* * *

Al concluir de leer este ensayo no faltará contador de las cerdas del rabo de la Esfinge—es alusión personal—que diga con un desdeñoso mohín descendente: ¡bah! cosas de artículo de revista. Porque es de saber que para alguno de esos infladores de la ridícula leyenda del profesor alemán susomentada,

esto de los artículos de revista, y mayormente de una revista que ni es académica ni tiene Consejo de redacción formado por doctores en Facultades, ni menos es revista de especialidad alguna, los artículos de las tales revistas son para el aludido algo perteneciente á un género inferior, algo á que no debe descender un profesor que se estime. En estos artículos dice uno lo que le da la gana.

Y aquí está el mal, en decir uno lo que le da la gana, en no apoyarlo en documentos, citas, noticias ó testimonios de fuera. Esto no es más que capricho, esto no es sino aquello de

allá van versos donde va mi gusto,

esto no es sino pura arbitrariedad. Cuando se hace una de esas labores que un amigo mío llama objetivas—¡insigne pedantería!;—cuando se lleva á cabo un trabajo bien documentado, en que cada una de las aseveraciones va garantida y corroborada por bien establecidas pruebas objetivas—volvamos á lo objetivo,—entonces esa labor, ese trabajo, merecen la consideración de los eruditos y críticos sesudos. Pero cuando uno va dejando caer al buen tun tun y según se le ocurren, á la buena de Dios, las ocurrencias que le brotan, como maleza en el campo, en la mollera, entonces no merece se le tome en serio. Porque, ¡vamos á ver!, ¿qué valor tienen esas ocurrencias? Pues ni más ni menos que el valor que tenga el que las engendró. ¿Y vamos á reconocer valor á un hombre? ¡No y mil veces no! Los hombres no valemos nada; lo único que vale son los libros y, á lo sumo, las ideas. Los hombres no nos interesan; lo único que nos interesa es lo que dicen. Don Quijote, aquel singular hombre, aquel hombre acabado y entero, aquel hombre de fe y de esperanza, no nos interesa; lo interesante es el *Quijote*, el libro que para relatar la vida de aquel hombre escribió Cervantes, y son interesantes los giros de lenguaje con que éste la relató. Un hombre dice lo que le da la gana, y esto que dijo sólo tiene valor cuando lo repite ó lo analiza otro, porque este otro ni lo repite ni lo analiza, como le da la

gana, sino que lo hace objetivamente—¡y dale al objetivo!,—sujetándose á lo que el otro dijo. Y si lo comenta como le da la gana, entonces *vade retro!*, porque no hizo sino una sustitución personal, poniéndose él en el lugar del que primero dijo lo que le dió la gana. Al comentar yo como lo he hecho la vida de Don Quijote y Sancho, habrá quien diga: «Esto es como querer decirle á Cervantes: bueno, tú ya has dicho lo que querías decir; ahora me toca á mí».

Y así es. Y luego le toca á otro, y á otro, y á todos, y cada cual tiene tanto derecho como Cervantes ó como yo á decir lo que le dé la gana; y si así se arma una algarabía en que nadie se entiende y volvemos al bendito y bienaventurado anarquismo intelectual medioeval, tanto mejor. Pues esa es la manera de empezar á entendernos de veras.

Y aquí concluyo. Concluyo con una conclusión poco consoladora, y es que en el fondo de esa actitud de los eruditos y críticos á que me he referido no hay sino una cosa, y es un profundo embotamiento del sentido de la dignidad personal. No estiman al hombre por el hombre mismo, por lo que es en sí. Y así no aciertan á ver tras de los libros los hombres, sino que sólo ven tras de los hombres los libros. Tienen amasadas las almas con tipos de imprenta ó con caracteres paleográficos.

MIGUEL DE UNAMUNO

EL PRESUPUESTO DE LA EDUCACIÓN NACIONAL

I

LOS IDEALES EDUCATIVOS EN EL ESTADO, LA NACIÓN Y EL INDIVIDUO

En una nación que no siente la necesidad de saber para vivir, la obra capital del Estado consiste en convencerla de esa ineludible necesidad; pero para convencer y persuadir á nuestra sociedad de que la base fundamental de nuestra restauración han de dárnosla precisamente ideales educativos, que arraiguen en tendencias educativas, debe sentirlos primeramente el Estado, nuestro Estado, que, aunque inculto, es más culto que la nación; ha de sentirlos él y quererlos *entrañablemente*. Los lugares históricos á que vulgarmente se apela para convertir en *tesis demostrable* lo que es *viva síntesis* de aspiración *entrañable y cordial*, no pueden ser más ramplones. El convencimiento íntimo no brota del ejemplo, sino de la necesidad íntima. Quien no siente hambre de saber, no puede mendigar el pan de la cultura, ni esforzarse para ganarlo en laboriosísimas jornadas. Y si el Estado y los Gobiernos en que encarna, formados generalmente de *profesionales* hábiles para confeccionar programas fascinadores, pero poco sinceros y perseverantes en su obra, cuando han de realizarla, no tienen esa fe interior en el poder de la educación y la cultura; si, lejos de tenerla, la consideran como un peligro para su propia exis-

tencia, ¿á qué extrañar que el problema de la educación se plantee mal? ¿Puede hacerlo el pueblo? Eso sería pedir á un niño la fórmula del binomio de Newton, ó el desarrollo de las ecuaciones de Abel, sin haber estudiado Algebra ni análisis matemático. ¿Pueden hacerlo los políticos? No; porque sería pretender el suicidio de su vida pública, por aquello de *cría cuervos que te sacarán los ojos*. ¿Quién puede hacerlo? Los que hoy lo hacen con su palabra y con su pluma, recabando la independencia de la palabra y de la pluma, que en ninfas Egeiras de ministros de ocasión los convierte, ó en soldados mercenarios de una efímera etapa política, que construyen hoy lo que otros soldados mercenarios, con salario igual ó menor, han de destruir mañana. La pluma y la palabra de apóstoles verdaderamente libres, llenos de fe interior y de unción nacional, ha de forjar, puede forjar, un credo educativo, en el cual comulguen todos los redentores de la *ignorancia* y de la *mal-dad* española. Porque no han de ser solamente ideales instructivos, lo que hay que alimentar é infundir en nuestras generaciones nuevas. Poco importa que sepamos más que los *viejos*, si moralmente valemos menos los *jóvenes*. El *saber* más debe ser un ideal condicionado para *ser* más, para *vivir* y *convivir* mejor en la patria española y en la patria universal.

El Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes debe llamarse y debiera ser el de la Educación Nacional. Ciencia, Religión y Arte han de ser sus secciones: ciencia, religión y arte que aten la voluntad de 20 millones de españoles, en libre amor de convivencia, con cenestesia de patriotismo, sin desatarla jamás del *tronco humano*, de donde arranca su origen; ciencia, religión y arte individual y socialmente entendidas, en cuanto son generadoras de felicidad presente y de poder perdurable; ciencia, religión y arte unidas en tolerante armonía, hecha con amor y libertad por trabajo perseverante; religión en sentido ético y no dogmático; religión como tendencia emocional solidarista: fuerza emersiva del corazón, de la voluntad y de la mente hacia el reino de los ideales, patria celestial

de cada patria; lluvia benéfica de caridad sobre la tierra que nos sustenta; lluvia de paz, de bienestar, de amor.

Una política pedagógica razonable exige no el asalariamiento de los pedagogos españoles por los políticos profesionales españoles, no. Exige convertir en políticos los que hoy son meramente pedagogos. No es la predicación de la cultura sermón de fiesta rural oído con delectación, pero sin provecho alguno para el alma, no. Es la buena nueva para la España nueva, y la sentencia de muerte para la vieja España. Es obra evangelizadora, obra de apostolado perseverante, tenaz. Obra que exige espíritu, cruento sacrificio, abnegación, energía; obra forjada con el jugo de los ideales íntimos, no con el sordido cebo de un salario lucrativo. Obra de almas libres, no de burocracia servil. Como dice Carlos Kingsley: «la mejor recompensa de toda buena acción, es el deber de hacer otra más buena». Este ideal de patriótica santidad se impone á los obreros de nuestro *Kulturkampf* político y social. La vida espiritual, que les da energías para no cejar en su obra, ha de dárselas también para deleitarse en ella. Las obras del espíritu sólo con moneda espiritual se pagan. Aquellos que para la vida del alma reclaman el pan del cuerpo, solamente ó primordialmente, no la tienen, y al no tenerla en sí mismos, no pueden engendrarla en los demás. El espíritu se hace solamente con espíritu.

¿Qué hizo el Estado después del 98 en materia de educación? ¿Cambió nuestros ideales educativos en cuanto de sí dependía hacerlo? ¿Qué hicieron nuestros apóstoles de la cultura? Dispersarse antes de definir el nuevo símbolo de la fe. Predicar una buena nueva falseada ó fragmentaria.

«Ten fe en ti mismo. ¿No sientes vibrar tu corazón al pronunciar esta palabra? Ocupa el lugar que la Providencia, la sociedad, tu tiempo ó las circunstancias te han asignado. Eso hicieron siempre los hombres verdaderamente grandes. Al entregarse con un abandono filial al genio de su tiempo, demostraron que este genio, que tal fe les inspiraba, reinaba en su

corazón, movía su voluntad, se enseñoreaba de su persona. Hombres como ellos, nosotros, debemos entregarnos como ellos al destino, sin miedo, sin temor, no como enfermos ó convalecientes, sino como guías bienhechores de nuestro pueblo, redentores suyos. Cedamos á la impulsión de la omnipotencia divina. Marchemos de las tinieblas á la luz, del caos á un mundo mejor.» Son palabras de Emerson. Palabras que convierten á cada español en apóstol de sí mismo, y que echan las bases de una cooperación de todas las fuerzas nacionales á los ideales educativos. El individuo y el Estado, la sociedad y la nación, han de trabajar juntos en esta obra.

El individuo español le pide al Estado cultura, como le pide pan y no trabajo. El individuo quiere cultura hecha, pero no da tierra para hacerla. Por eso, hasta hoy, lo único que hizo el Estado fué barajar decretos en la *Gaceta* y transferir un crédito del Presupuesto municipal al suyo. (Eso significó el pago á los maestros por el Estado.) Aumentar los salarios de éstos, sin averiguar antes si lo merecían; formar planes de instrucción primaria, secundaria y superior... ¡Arquitectura burocrática muy ostentosa, fascinadora! ¿Y los obreros? La voluntad de la nación no pudo hablar en el Parlamento, porque allí se manifiesta pocas veces; pero se hizo ostensible en Congresos pedagógicos, en Asambleas universitarias, cuyas decisiones no hallaron eco en las esferas gubernativas, porque los asambleístas y congresistas estaban muy lejos del poder.

Es indudable que este ideal arraigó, pero en muy pocas almas. La obra del Estado y la del individuo debe consistir en alimentarlo bien, con el alma, con el cuerpo primero, con el bolso después. El alma y el cuerpo de la nación pueden hacer capital, convertir éste en dinero; pero el dinero por sí, que de las entrañas de la nación sale, no engendrará jamás riqueza mental, ambiente de cultura, para que el ideal pedagógico nacional se alimente y crezca. La vocación abnegada ha de poder siempre mucho más que el salario. Aquélla es fuerza vital, principio y fundamento de toda organización pedagógica.

Esta ha de ser su savia. ¡Vocación y dinero! Pero primeramente vocación, que hace dinero, como la fuerza vital hace savia. Es tan necesaria la misión apostólica de los representantes de la mentalidad española, como las ansias de nueva fe en turbas que escuchen el nuevo credo y la buena fe del Estado para dejar predicarlo. Mientras los Ministerios de la regeneración no se transformen de políticos en técnicos y no se trate de emancipar nuestra educación nacional de espíritu de secta radical ó reaccionaria, ni habrá ambiente jurídico ni ambiente nacional para nuestros ideales educativos.

II

EL PRESUPUESTO ACTUAL DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES

El promedio de lo que anualmente gastaba España en Instrucción pública y Bellas Artes durante el quinquenio de 1893-1899, anterior al *desastre*, era la suma insignificante de doce millones de pesetas, sin contar los ingresos que por Instrucción pública obtenía el Estado, que podrían calcularse en unos siete millones por lo menos. El promedio de lo gastado en el quinquenio 1900-1905, en el cual se creó el Ministerio de Instrucción pública, fué la cantidad de 32,69. Durante el quinquenio 1881-1886 se gastaban ya cerca de diez millones. Desde entonces la población aumentó en dos, sin que el incremento haya sido proporcional en los gastos de Instrucción. Cualquiera creerá que el tránsito brusco de 12 millones á 35 en el presupuesto de Instrucción, significa que en la derrota hemos aprendido una lección de moral cívica inestimable. Nada más falso. Un Ministerio de nueva creación como éste, con un presupuesto de 17 ó 18 millones (partida igual á la que en Hacienda se dedica á carabineros del reino), ¿podrá subsistir sin irrisión de los que desde fuera nos miran, y sin indignación de los que desde dentro padecen situaciones políticas sin fe en la

educación española? Era necesario inflarlo súbitamente. ¿Cómo? Obligando á los Municipios á ingresar los créditos que consiguieron para instrucción primaria en las cajas del Tesoro. Pero el Estado, al obligar á esto á los Municipios, no se obligó también á sí mismo. Un Estado con Gobiernos preocupados por la enseñanza tenía el deber, por lo menos, de dar ejemplo al municipalismo español y á la sociedad española de que, sobre todos los poderes y sobre todos los individuos, pesa por igual el sacrificio por la educación y por la cultura. Los Municipios depositaron en las cajas del Tesoro 23 millones. ¿Cuánto depositó de su presupuesto de gastos el Tesoro?

El flamante Ministerio de Instrucción pública se creó con retazos del antiguo Ministerio de Fomento. Hoy están conglomerados en su presupuesto créditos tan diferentes como los de la enseñanza, las obras públicas de carácter civil, los trabajos estadísticos y de pesas y medidas, la reparación de obras artísticas, etc., etc. Hecho el presupuesto con fines y métodos burocráticos, es muy difícil conocer con verdadera exactitud, cómo se emplea la suma de **45,64** millones á que asciende el que aún hoy está vigente (el de 1904). Llamándose este Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, todo lo que adecuadamente no le pertenezca no debe figurar en su presupuesto. En las doce secciones en que se divide éste, cada una de las cuales, menos la última, comprende dos capítulos (Personal y Material), la burocracia central y provincial, el Instituto Geográfico y Estadístico (reclamado hoy por el resucitado Ministerio de Fomento) y las dependencias, absorben **4.206.334,40** pesetas. Las subvenciones de todo género otorgadas por este centro suman 968.900 pesetas, y las construcciones civiles 2.302.250. Hay que deducir, por consiguiente, de los 45,65 millones de pesetas á que asciende el importe total del presupuesto, estas partidas, y determinar lo que el Estado ingresa por Instrucción, para poder conocer exactamente el sacrificio que hace por ella.

Un Ministerio de Educación, cortado á la moderna, debiera

ser, ante todo y sobre todo, técnico. Y al tener un sentido esencialmente práctico y científico, debiera reflejarse en los créditos consignados para personal y material, procurando ponderarlos convenientemente. Los gastos de personal en este Ministerio absorben el 79,50 por 100 de los 45,65 millones, y los de material no llegan al 21 por 100. **36,29** millones se gastan en personal y **8,90** en material. El personal de instrucción primaria, secundaria y superior cobra **29,93** millones. El material tiene una consignación de **4,12** solamente. El personal de nuestras Bibliotecas, Archivos y Museos tiene una consignación de un millón de pesetas; las suscripciones, impresiones de obras y adquisiciones de material científico, de 178.500. Aun considerado el material aisladamente, la distribución no es equitativa, ni mucho menos. El material científico y de experimentación de nuestras Universidades tiene asignadas 181.550 pesetas. La adquisición de libros y revistas para las Bibliotecas universitarias, 12.500 pesetas (menos de la que gasta el Ateneo de Madrid en suscripciones); á la enseñanza clínica se destinan 272.500, crédito que en su mayoría está asignado al Hospital de San Carlos, y que contribuye á pagar la Diputación de Madrid. El crédito para material de oficina de nuestras Universidades es tres veces mayor, en cambio, que el consignado para la adquisición de libros y revistas de dichos centros. En nuestros Institutos llamados técnicos la consignación para material no llega á cuarenta mil duros; y de esta cantidad los directores de cada establecimiento disponen de un 50 por 100 para gastos de administración. ¿Se quiere enseñanza práctica, intuitiva, experimental, que haga innecesario el libro de texto? La Universidad, el Instituto y la Escuela son un taller donde el sabio, el maestro, el investigador deben trabajar. Sin herramientas se fomentará el charlatanismo académico, pero no la enseñanza práctica y la investigación científica. Un hombre con el cerebro atiborrado de teorías, pero sin laboratorio, llega á hacerse esclavo de ellas, les presta toda su fe con toda su alma, se transforma de in-

investigador en crédulo primero, y en dogmático después. Es natural que Estado tan reaccionario como el español fomente el *memorismo*, el *dogmatismo* y la *pereza* en estos centros de la cultura y del saber nacional.

Si alguna enseñanza se debe llamar con todo el rigor del sentido técnica, es la que debiera transmitirse en nuestras Escuelas de Artes é Industrias y en nuestras Escuelas de Comercio. El personal de las mismas, que no se recluta ni entre nuestros obreros ni entre nuestros hombres de negocios, tiene una consignación de millón y medio de pesetas, y poco más de trescientas mil el material. La enseñanza de las bellas artes, la profesional y las carreras especiales acusan los mismos defectos de un teorismo escolástico, funesto para el que aprende y para el que enseña, para el discípulo y para el maestro. Una enseñanza hecha con este criterio no puede dar buenos resultados jamás.

Otro vicio capitalísimo de la organización actual del Ministerio de Instrucción pública, vicio de origen, es la burocracia, el funcionarismo, que se infiltra en todos nuestros organismos docentes. La Administración central, con sus 157 individuos, incluso el ministro, recaba para sí anualmente cerca de un millón de pesetas, poco menos que en el presupuesto de Instrucción pública de Francia se consigna para igual servicio (exactamente, 1,24 millones). El presupuesto de Instrucción pública de Francia es cinco veces mayor que el nuestro. El sueldo medio de cada individuo de nuestra Administración central es de 5.329,90 pesetas, bastante mayor que el de los catedráticos de Instituto y de Universidad. Es claro: hecho un presupuesto por la burocracia, ¿no había de ser la más favorecida?

En nuestras Universidades, la burocracia y las dependencias consumen cerca de medio millón de pesetas, poco menos que los gastos de material científico y ordinario. La burocracia de nuestros Institutos técnicos es más cara aún, puesto que cuesta 524.100 pesetas, y es casi tres veces mayor que lo consignado para material científico. Y así respecto de las demás.

Las Escuelas de Artes é Industrias, cuya partida de material científico apenas pasa de 200.000 pesetas (parte del Estado), consumen en oficinas y dependencias 136.000. Nuestros Archivos, Bibliotecas y Museos, que para suscripciones, impresiones de obras y adquisición de material científico disponen de 178.500 pesetas, tienen para oficinas y dependencias 120.300. Así, la burocracia central y la de nuestros Centros docentes absorben del presupuesto de Instrucción cerca de dos millones y medio. Si á esto se añade lo que cuesta el Instituto Geográfico, cuya labor pudiera y debiera ser hecha por los Centros docentes españoles á mutua inteligencia y cooperación, desde la última escuela hasta la Universidad Central, tendremos que el funcionarismo consume **4,21** millones por año, algo más que el presupuesto de nuestra enseñanza secundaria ó superior.

LOS INGRESOS

Lo que anualmente ingresa el Estado por Instrucción pública es lo siguiente:

	Millones de pesetas.
Partida de los Municipios para primera enseñanza.....	23,89
Asignación de las Diputaciones para personal y material de enseñanza.....	2,03
Ingresos de las Universidades (anuario de 1904).....	3,24
» de los Institutos.....	4,22
» de las Escuelas Normales.....	0,33
» » de Artes é Industrias.....	0,06
» » de Comercio.....	0,15
» » superiores y especiales.....	0,24
» » de Veterinaria.....	0,12
Consignación de las Diputaciones provinciales para personal de Institutos, excepto los de Madrid.....	3,14
TOTAL de ingresos del Estado por Instrucción pública.....	37,42
Presupuesto vigente de gastos.....	45,64
<i>Diferencia.....</i>	8,22

El gasto líquido del Estado en Instrucción pública y Bellas Artes es de **8,22** millones de pesetas. Como la burocracia, las subvenciones y las construcciones civiles representan un gasto de 7,48 millones, resulta en realidad que lo que el Estado dedica á fines propios y directos de la enseñanza y educación nacional es la suma de ¡¡¡**740.000** pesetas!!!

Esta disección del presupuesto actual de Instrucción pública demuestra la farsa y la mentira, la falta de fe del Estado español en nuestros problemas educativos. ¡750.000 pesetas para educación pública, y 35 millones para cruces pensionadas y retirados del Ejército y de la Marina! ¡Buena distribución de fondos!

III

EUROPEIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA PRIMARIA

El aspecto económico de una reforma pedagógica de nuestra primera enseñanza ha de estudiarse bajo tres puntos de vista: 1.º ¿Cuánto debemos gastar en instrucción primaria para merecer el nombre de pueblo europeo?—2.º ¿Qué número de maestros debemos tener en relación con nuestra población?—3.º ¿Cuál debe ser el censo de nuestra población escolar en relación con el de los demás países cultos?

En dos categorías podemos dividir los Estados europeos para hacer el estudio de los presupuestos de primera enseñanza: 1.º Estados que gastan más de 5 pesetas por habitante. Y 2.º Estados que gastan menos de 5. Entre los que gastan más de 5 hay 18, que son, rigurosamente hablando, los más cultos. El promedio de lo que estos 18 Estados gastan es de **6,88** pesetas oro por habitante. Entre los que gastan menos de 5 hay 9. El promedio de lo gastado por habitante (España se incluye en este grupo) es de 2,57 pesetas. Lo que España gasta es 1,38 pesetas, poco más que Finlandia y Rusia, menos que Rumanía. Para que España pudiera figurar en la primera categoría, el presupuesto de instrucción primaria debiera ser de

130,72 millones; y en la segunda, en la de los menos cultos, de **46,93**. Para figurar en el promedio del primer grupo, entre Alemania, Francia, Inglaterra, Suiza, etc., habría que dedicar á instrucción primaria cada año 105 millones más de los que ahora se gastan. Para figurar en la segunda, habría que aumentarlo en 20 millones. Como en todo hay que proceder por evolución cooperativa del Estado, el Municipio y la sociedad, en el orden de la enseñanza, el Estado por sí debiera aumentar los gastos de instrucción primaria en **siete millones**, obligando á una carga igual al Municipio y á los particulares. Conquistando el primer promedio, la perseverancia obligaría á luchar por el segundo.

¿Qué número de maestros debemos tener? En las estadísticas comparadas que sobre educación se publican se establece generalmente una relación entre el número de profesores de un país y la población total del mismo. Entre los 25 primeros países del mundo culto, el promedio de la comparación nos da un profesor por cada 286 habitantes, tipo algo menor que el de la Colonia del Cabo, y un poco mayor que el de Austria y Australia. España ocupa, en la escala de 50 países en que se compara el número de maestros con el de la población, el lugar trigésimocuarto, con un maestro por cada 713 habitantes. Los últimos lugares corresponden á países hispano-americanos, con un maestro por cada 2.849 habitantes. El número total de maestros en España es de 26.098. Calculando su población actual en 19 millones de habitantes, para que tuviese un número de maestros igual al de los 25 primeros países del mundo culto, debiera elevarse aquél á **66.434**. Hay que dotar á España de **40.336** maestros más. Y como esto no puede hacerse rápidamente, aun suponiendo buenos los 26.000 existentes, la reforma de nuestra enseñanza primaria requiere como condición indispensable la de nuestras Escuelas Normales, condicionándolas para crear un personal bueno, á la europea. La dotación de nuestras Escuelas Normales, aun siendo tan modesta como la de Hungría, no debiera costar menos de dos millones y me-

dio de pesetas. Como actualmente cuestan aproximadamente un millón, habrá que aumentar esta partida del presupuesto en uno y medio ó en dos, si con la reorganización de las Escuelas Normales se emprendía también la de la inspección de enseñanza, tan necesitada de mejora como lo es la Escuela Normal y la Escuela Elemental.

¿Qué inscripción escolar debe existir? La población escolar de los primeros veinticinco países del mundo culto, en relación con la población total, representa un 17,26 por 100 de ésta. El tanto por ciento de Gran Bretaña es de 17,44, y el de Alemania de 18,08. Según este coeficiente, la población matriculada en nuestras escuelas debiera de ser de 3.279.400 niños y adultos, en vez de 2.205.327. Hay que aumentar la inscripción escolar en un millón de alumnos próximamente. Si pudiésemos registrar un 20,70 por 100 ó un 20,32, como Suiza y los Estados Unidos, nuestra población debiera ser de 3.800.000 inscriptos, en vez de los actuales, ocupando entonces un lugar entre Francia y Austria por la población total inscripta. ¿Cómo lograr que el número de alumnos de nuestras escuelas se duplique? Dando á la escuela una eficiencia social que hoy no tiene; haciendo que penetre en el hogar, ya que éste la rehusa; creando esas instituciones circunescolares y postescolares sobre la base de solidaridad y mutualismo; haciendo de la escuela germen de una sociedad democrática, donde todas las clases se rocen y aprendan juntas á vivir; depositando en ella el manantial vivo de patriotismo y la simiente del espíritu de corporación, que hace las sociedades fuertes y duraderas.

La España urbana y la España rural, en esto de la enseñanza primaria, están á la misma altura. Ambas se muestran desdeñosas para la instrucción primaria. Hay en las 49 capitales de provincia 1.640 escuelas, cuyo servicio importa poco más de dos millones y medio. Con arreglo á la ley del 57, debiera haber 3.073 escuelas, dotadas con 626 millones de pesetas. Madrid gasta en instrucción primaria 668.100 pesetas, y debiera gastar millón y medio. Tiene 289 escuelas, y debiera

tener 545. Barcelona posee 193 escuelas, con una población igual á Madrid, y gasta 323.755,50 pesetas. Valencia, Murcia, Málaga y Sevilla adolecen del mismo mal. ¿No será tal vez ésta una de las causas de la criminalidad urbana y del espíritu anárquico é indisciplinado de las poblaciones españolas?

La lucha contra el analfabetismo.—En 1860 había en España cerca de doce millones de analfabetos. En 1900, este número se sostiene; pero habiendo aumentado en cuarenta años la población en tres millones, el coeficiente de analfabetismo disminuyó. El número de analfabetos entre la población española de más de seis años de edad, en 1900 era de 10.048.407, lo que representa el 54 por 100 de la población total.

El número de niños comprendidos dentro de la edad escolar (entre seis y catorce años) era en 1900 de dos millones y medio. Según este cálculo, el analfabetismo de los adultos es de siete millones y medio, y este número coincide con el de españoles profesionalmente inclasificados. La lucha contra el analfabetismo implica la educación de nuestros adultos, problema admirablemente estudiado por Buisson en Inglaterra, y cuyas medidas serían necesarias en gran parte para España. Hoy cuesta la educación é instrucción de nuestros adultos menos de millón y medio. Organizado convenientemente este servicio, no debería bajar de *cinco millones*.

IV

REORGANIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA

La enseñanza secundaria atraviesa hoy en España un período de honda crisis, aún más honda que la padecida por la Universidad. La enseñanza oficial en nuestros Institutos técnicos está declarada en bancarrota. El número de alumnos que hacen estudios de enseñanza secundaria es próximamente igual que el de hace veinte años. Véase en comprobación el siguiente cuadro:

Cursos.	Enseñanza oficial.	Privada.	Libre.	Número total de alumnos.
1867-1868...	Alumnos 18.903	6.385	3.410	26.698
1878-1879...	Id. 12.734	14.290	4.476	31.500
1901-1902...	Id. 9.289	17.000	6.008	32.297

Nuestras aulas oficiales, en un transcurso de treinta y ocho á cuarenta años, se diezmaron en la mitad. En cambio las de la enseñanza privada se triplicaron y las de la enseñanza libre se doblaron. La enseñanza privada, laica y congregacionista, la enseñanza *industrial*, bajo dos formas, es la rémora más grande para toda reforma seria y fecunda de la educación secundaria. Acaso el ideal sería llegar al monopolio, como sucede en Prusia, pues monopolizarse deben por el Estado, no sólo aquellos artículos de venta segura, como el tabaco, sino también aquellos que, dada su naturaleza, deben estar muy lejos de la codicia individual, para que no se desvirtúen. La educación secundaria, que debe ser donde se nutra el alma de la juventud de *cultura general*, y donde se la den medios para que por sí se oriente en la vida ó en la Universidad, es hoy no más que una antesala de ésta. El Instituto técnico no es nacional, ni mucho menos. Su personal docente, aun á pesar de la *oposición*, carece de solidaridad mental, pues procede de muchos campos. El personal escolar es hijo de nuestra mesocracia. Las aulas del Instituto están cerradas para el pueblo. La mujer y el sacerdote, que son y seguirán siendo por mucho tiempo los elementos destructores del espíritu del progreso en la sociedad española, se forman en seminarios medioevales y en conventos monjiles, de donde arranca precisamente la tendencia á convertir el hogar y sus secretos en ambiente de confesonario y éste en receptáculo de cuchicheo comadresco. El Instituto nacional ha de formarse recabando el Estado el monopolio de la enseñanza secundaria, organizando la enseñanza laica y secundaria de la mujer y secularizando la enseñanza secundaria del clero. Son muy pocos, actualmente, cincuenta y ocho Institutos. Madrid, Barcelona y todas las grandes ca-

pitales debieran tener varios, puesto que, de este modo, la enseñanza industrial no haría grandes estragos. Organizado el internado, el Estado manejaría el arma principal con la que había de ganar la batalla á la enseñanza privada y á la enseñanza libre; pero para esto el Estado ha de contar con un personal apto, con un personal caracterizado por la *unidad de formación*. ¿No sería conveniente establecer en Madrid dos Institutos experimentales con personal escogido y joven entre los 58 Institutos, obligándoles, para orientarse bien, á estudiar en los países más cultos de Europa la organización de la enseñanza secundaria? ¿No serían estos estudios las mejores bases para una ley que diese estabilidad á los planes de estudios, garantía á los métodos, solidez científica á los programas, abnegación y entusiasmo al Profesorado?

Si las desigualdades económicas engendran odios de clase, los desniveles de cultura en una misma clase engendran los odios de profesión, el brutal espíritu de cuerpo que tiende á afirmar fanática, ciegamente, aquel al cual se pertenece, aun negando el valor de los demás. Eclesiasticismo, militarismo y civismo son tres ambientes de cultura profesional muy distintos, que podrían fundirse haciéndolos irradiar del Instituto nacional de cultura.

Para la educación superior y secundaria de la mujer, las Höhere Töchtenschulen y los Lycées de jeunes filles nos dan dos tipos de organización diferente. El tipo original de España hay que crearlo mediante maduro examen. No basta copiar la ley Camilo Sée y consignar un millón de pesetas para establecer 30 ó 40 Institutos para señoritas (Francia gasta en educación secundaria de la mujer dos millones de francos, y en Liceos nacionales y comunales 18,75).

Una buena organización de la enseñanza secundaria puede hacer que ésta se baste á sí misma. Aun cuando el sueldo de los catedráticos es muy pequeño, pues no pasa de 4.000 pesetas (tipo medio), lo que nos urge es dotarlos de conveniente material científico, establecer dos Institutos experimentales en

Madrid, crear pensiones para alumnos pobres é ir aumentando paulatinamente el número de Institutos, no disminuyendo el de los municipales, como hizo Romanones, sino cooperando á su establecimiento. Para todo esto bastará consignar el superávit real que de los Institutos se obtiene, el cual, según el último Anuario, sube de un millón de pesetas.

V

LA ENSEÑANZA SUPERIOR

Bajo este epígrafe se comprenden, no sólo nuestras Universidades, sino también las escuelas especiales, que á la Universidad debieran incorporarse. El mal que padecen unos centros lo sufren también otros. Todo lo que de la Universidad española se diga, conviene también á nuestras escuelas superiores y especiales.

A la Universidad española no basta *reformarla*; hay que *transformarla*, volverla á hacer de nuevo. ¿Y cómo? Determinando el Estado primero una selección en el personal universitario actual, que tenga espíritu universitario, para que él, y solamente él, pueda ser en un centro especial, enclavado en la Universidad, el mentor y el maestro de los maestros del porvenir. La selección arriba y la mutualidad abajo han de coordinar todas las acciones y pensamientos á su fin común único, ultrapersonal. Para eso hace falta tolerancia, la cual se crea con abnegación y espíritu de sacrificio, de humildad. Colaborando todos á un fin común á todos y superior al de cada uno, como individualidad, el personalismo, al mutualizarse, crea el verdadero espíritu universitario, que tendrá personalidad normal y conciencia normal, si las personalidades asociadas la tienen. La personalidad autónoma de la Universidad se forma por transfusión de personalidades libres y no por otro medio: *omne vivum ex ovo*. Ningún padre engendra hijos concretándose á leer tratados de fisiología de los sexos.

Se necesita, además de mutualidad y selección, una triple cooperación: económica, mental y moral. La concepción moderna de la vida ha cambiado radicalmente. Hay que perseguir fines utilitarios como medios precisos para fines desinteresados. Sólo nutriendo bien el estómago puede afluir sangre robusta al cerebro. Y sólo pensando bien, con precisión, con claridad y con viveza puede obrarse bien. La cooperación en la Universidad supone, por lo tanto, tres bases: una base económica, una base mental y una base moral. La económica es condición indispensable de vida. Debe procurarse que nuestra Universidad la tenga propia, independientemente de los ingresos que pueda obtener de sus miembros.

Asalaridar la ciencia, producir á plazo y precio fijo, es desnaturalizar el fin de la Universidad y el mismo fin del maestro. La independencia económica de la Universidades se logra, restituyendo á las que sean dignas de vivir sus antiguos bienes, dotándolas con nuevas fundaciones, procurando atraer la filantropía desbandada hacia estos focos de vida nacional, para que sean como inagotables manantiales de luz y viveros de maestros con vocación. La independencia económica de la Universidad precisa un ambiente que hoy no tiene. Hay que procurar que los centros de población donde se localice aquélla, piensen más y mejor respecto de su importancia. No es la Universidad un anillo de brillantes para fascinar, sino un órgano vivo de mentalidad que necesita alimento. Por eso se impone la fe en la Universidad y en la misión social que cumple dentro de la vida nacional. El espíritu universitario, formado por condensación de individuales espíritus, hecha en el ambiente del espíritu nacional y del espíritu local, adquiere pronto conciencia del valor de la Universidad como factor de vida y engendra necesariamente en los corazones rectos la obligación moral de sostenerla. Una de dos: ó la mente española está enferma de estupidez, que es la peor de las enfermedades, ó es que, comprendiendo el remedio, obra de mala fe, y en ambos casos para esos que chillan tanto sin haber sentido nunca co-

mezón de ciencia y de cultura, la consecuencia es bien triste. La Universidad no debe ser órgano burocrático de semiciencia ni taquilla de percepción de los impuestos del timbre. Su misión es la del *making of the hispanish poeple*. Y para hacer mental, moral y socialmente un pueblo, hay que hacer ciencia nueva por y para los sabios, vida nueva para los hombres y fórmulas nuevas para la sociedad española. El gravamen económico de la Universidad sobre el Estado es casi insignificante. Los gastos de personal y material ascienden solamente á 3,46 millones; y como los ingresos son de 3,24, apenas pasa de 40.000 duros la carga. Los gastos de material científico y de experimentación, clínicas (excepto la de San Carlos), la de adquisición de libros y revistas, son exactamente para el presupuesto actual de 241.550 pesetas, que corresponden, por término medio, á cinco mil duros escasos por Universidad. Con cantidades tan exiguas para material, la Universidad, en vez de ser laboratorio para las ideas y plástico taller para las almas, es vertedero y colector de viejos conceptos y cristalizadas teorías, que masculla el memorismo de nuestros jóvenes en actitud perezosa, soñolienta y escéptica. La Universidad profesionaliza al joven, pero no educa su voluntad ni disciplina su mente.

Sin base económica, la Universidad española no puede tener base mental: *mens sana in corpore sano*. Con profesores cuya nómina está evaluada, por término medio, en 6.000 pesetas (incluyendo derechos de examen), no se puede pensar en europeizar la ciencia, pues ellos claro está que procurarán primero europeizar la nómina, y después de lograrlo, que raras veces es, verán si les conviene sacrificarse por la enseñanza. El pensador moderno y el moderno hombre de ciencia tienen derecho á que la sociedad en que viven y para la que viven, les garantice el *vivere*; que ellos á su vez, espontáneamente, sin pensar en el estímulo del salario, se obligarán á *philosophari*. De otro modo, el *philosophari*, en vez de ser floración espontánea de la *vida*, se torna en falseamiento profesional de ella.

Alemania gasta más de 23 millones de marcos en sus Universidades, y Francia 14 millones de francos. El presupuesto medio de cada Universidad alemana es de un millón de marcos, y el de las españolas de 350.000 pesetas. El Estado gasta en Academias militares cerca de tres millones de pesetas, y en músicas *marciales* mucho más que en laboratorios de experimentación. Ese es el espíritu de nuestra ciencia oficial: ciencia de aparato, ciencia con tendencias á convertirse en fiesta dominguera, no sería institución é íntimo anhelo de conquistar la verdad en el dominio universal y de imprimirle patrio sello y nombre personal.

La Universidad española ha de tener también una cooperación moral y social en la cultura popular; para pretenderlo y conseguirlo, precisa no sólo ideas jóvenes y vivas, ideas fecundas que en el alma del pueblo fácilmente arraiguen; necesita además una profunda simpatía mental por los ignorantes, hija de un desinteresado amor á la verdad y un odio á su ignorancia, que nos obligue á luchar sin tregua contra ella.

Por eso ha de tener también una base moral. Todo campeón de la cultura necesita fe para serlo. Todo apóstol que predica con fe, con unción, persuade. La Universidad española ha de buscar al ignorante, ya que éste se avergüenza de entrar en ella, ó si quiere, no puede porque encuentra cerradas sus puertas.

La europeización de la Universidad en su aspecto económico, para que realice su misión social actual, recaba de las masas populares las mejores inteligencias, que un día serán sus mejores obreros. Para darles el pan del alma y redimirlos de su abyección mental y moral, el presupuesto de la Universidad española requiere un aumento de *cinco millones* de pesetas.

El Estado ha de velar con especial esfuerzo por la Universidad nacional, ya que ella es órgano insustituible de nacionalización y de patriotismo. Debe fijar sus miradas con igual fe y amor, al mismo tiempo, en la escuela y en la Universidad.

* *

Edificios escolares y académicos.—Si la actitud hace la emoción, y el templo grande y austero la íntima religiosidad de aquellos que de intimidad carecen, el edificio escolar en cada aldea, construído según las modernas exigencias pedagógicas, y el edificio académico en nuestras villas y ciudades, han de acusar á la consideración de los extraños que visiten nuestra tierra el factor *cultura*, como el más relevante de todos los de la España nueva. Una escuela hermosa, grande y magnífica imprime respeto, admiración y simpatía aun á los mismos que hoy detestan la cultura ó la creen innecesaria, por no poseerla. El Estado gasta hoy en alquileres de escuelas más de dos millones de pesetas. Francia dedica anualmente á construcciones escolares más de ocho millones. Hasta conseguir el ideal de la escuela norteamericana, que es casa de la *Country*, con terrenos propios y jardines propios, de estas nuevas construcciones, que, á manera de las antiguas abadías de la Edad Media, tenían una sustantividad económica que hacía imposible fluctuar su prosperidad; hasta lograr esto, ¡qué distancia tan larga la que hay que recorrer! Sería indispensable aumentar el capítulo de construcciones civiles en *cuatro millones*, por lo menos, para sentar las bases de esta mejora para el porvenir.

El fomento de las bellas artes.—Si las construcciones escolares representan la manera de pensar y de sentir de nuestro pueblo, respecto á los problemas presentes de la cultura é instrucción nacional, uniendo en emociones vivas de religiosidad á todos los que hoy desconfían del valor social de la ciencia y de la cultura, el arte es el gran elemento de concordia de las almas y de los corazones. Si la ciencia es eminentemente aristocrática y personal en sus obras, al arte es disciplina eminentemente democrática y social en su esfera de acción, sin dejar de ser de noble alcurnia en su origen y por su naturaleza. El valor educativo del arte está reconocido por todos. El arte *hermana y humaniza*. Es la redentora universal é íntima del corazón. El calor de la belleza que una obra posee, se irradia

por igual hacia todos como los rayos del sol, que de igual modo besan el peñasco resquebrajado y estéril, que la flor que se abre á ellos en una mañana de Abril.

El arte, en el presupuesto actual de Instrucción Pública, ni aun cuesta un millón de pesetas (835.367 exactamente). Si á esta suma se añaden 348.000 que se consignan para reparaciones artísticas, tendremos redondeado el millón y, además, un pequeño exceso. A pesar del evidente descuido en que el Estado español tiene los problemas artísticos, el ambiente social les es más favorable que á los científicos, por lo cual primordialmente se debe á ellos. Lo útil y lo bello no obligan por igual. Pero no hay que desconocer la utilidad de lo bello.

VI

LA EUROPEIZACIÓN DEL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Dos factores reclama esta europeización: uno interno, y externo el otro. Se necesitan elementos simultáneamente intercurrentes, de fuera adentro y de dentro afuera.

La corriente de fuera adentro ha de despertar el estímulo dormido en nuestros establecimientos científicos, artísticos y literarios, y en las Universidades. Los establecimientos científicos, artísticos y literarios, con un capítulo en el presupuesto de 436.550 pesetas, no pueden representar, al mismo tiempo que las Universidades, esa acción impulsiva de las iniciativas individuales para la ciencia, el arte ó la industria.

España, país clásico de la pereza, necesita de estos estímulos, de estos cebos ofrecidos á la codicia individual en exposiciones, concursos y certámenes. Las Academias y las Universidades debieran organizar anualmente la fiesta solemne de la ciencia y del arte; en la cual, al mismo tiempo que se hiciesen las grandes consagraciones de las eminencias nacionales, se premiasen los mejores trabajos de nuestros alumnos, de nuestros profesores y también la iniciativa libre; trabajos hechos sobre problemas de palpitante actualidad. Así se aca-

baría de una vez con la ramplonería intelectual de los juegos florales.

Establecimientos científicos, artísticos y literarios, elementos de europeización interna, son nuestros archivos, bibliotecas y museos. Ya conocemos sus defectos capitales. El Estado español consigna, para material científico, revistas, impresiones de obras, etc., etc., poco más de 35.000 duros. La Biblioteca Nacional de París está dotada con 300.000 francos. La adquisición de obras extranjeras estimula el conocimiento de las lenguas vivas, obliga á muchos lectores con voluntad á ponerse en condiciones de leerlas directamente, y difunde con rapidez *adentro* la cultura que, á oleadas, de fuera nos envían.

El factor externo de europeización es el establecimiento de escuelas científicas en las capitales más adelantadas de Francia, Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos. Estas escuelas científicas, la Comercial de Liverpool, ó Nueva York ó Londres; la Industrial, de Manchester; la de Estudios sociales ó jurídicos, de Berlín; la de Industria siderúrgica, de Düsseldorf ó Pittsburg, etc., etc., corresponderían á las que Francia y Alemania poseen en Italia, Grecia y Egipto. Las naciones nuevas crean Escuelas nuevas en los países viejos, para estudiarlos mejor. Las naciones viejas, como España, debieran establecer escuelas nuevas en los países nuevos, para rejuvenecerse. La formación de nuestro futuro personal científico y técnico, hecho de este modo, nos aseguraría una rápida orientación, cuerdamente sistematizada, sin los peligros y dificultades que hoy se presentan á la iniciativa libre del pensionado. El que esto escribe habla por experiencia.

Es indudable que si en el Ministerio de Instrucción Pública se estableciese un Negociado de Informaciones y un Consejo de Educación, organizado en forma distinta del de Instrucción Pública, y la acción social del Museo Pedagógico fuese más requerida y mejor conocida y difundida, este Ministerio habría dado un paso más, de la burocracia oficinesca á un tecnicismo de administración académica, verdaderamente europea.

VII

CONCLUSIÓN

Los gastos que según este trabajo deben consignarse para comenzar la mejora de nuestra educación nacional, ascienden en números redondos á unos 25 millones de pesetas. No es mucho gastar en pro de las generaciones del porvenir, cuando ellas son las que han de pagar el precio de nuestra derrota, de nuestro desvarío y de nuestra occidentación. Hay que infundir á nuestros jóvenes la creencia de que lo más grande de nuestro pueblo, ni son las leyendas de la historia, ni las mezquindades de la realidad presente. La España más grande es la España del porvenir. Y los hombres más grandes del porvenir son los niños más niños y los jóvenes más jóvenes de hoy. En los libros de lectura de las escuelas anglosajonas se les dice á aquellos muchachos: «Tu lugar, hijo mío, es el primero. Allí donde millones de hombres se detienen para descansar eternamente, comienzas tú á caminar. En la cumbre de la montaña hay grandes terrenos sin dueño. Los mejores puestos del mundo están aún vacantes. En todas partes hay demanda de inteligencias de carácter. El precio de esta mercancía está en alza». Para crear una España grande, fuerte, hermosa é inteligente, una España á imagen y semejanza de Palas Atenea, hay que infundir ideales de grandeza, de hermosura, de fortaleza y de inteligencia en nuestra juventud. Juventud que mira con avidez las lejanías del porvenir, tiene fe en el progreso, marcha hacia él. Juventud que no se sustantiva, que es un accidente de la vejez, muere antes que la vejez misma. Dejémosla soñar. Estimulemos su bravura, aplaudamos su rebeldía mental. Que ella se plasme á sí misma en las fórmulas del vivir nuevo, ya que los viejos moldes están triturados por la crítica y por la experiencia.

Alimentemos su fe en el progreso. Alimentemos sus sueños, que si no *sueña hoy viviendo, mañana vivirá soñando*. La

E. M.—Diciembre 1905.

Historia de España que aquí se hace es la historia epidérmica de España. Esa epidermis se agrietó. Tiene enormes excoriaciones. Bañémonos con amorosa inmersión en el mar de los nuevos ideales, que el agua que en ellos fluctúa es caudal de tradición fundida al calor de un sol inapagable.

«El niño, según un pedagogo americano, es el sol. Démosle una posición central, dice, y se hará en la ciencia social una revolución semejante á la que hizo Copérnico en la Cosmología.» El niño para nosotros es un angelito que puede vivir en este mundo y llegar á ser un hombre, pero que vivirá mejor en el otro. Para el pueblo americano el niño es el principal tesoro de la raza. Para el pueblo español, el niño es una visión celestial. *Nich in erster Linie das Land ihrer Vater, das Vaterland, sondern das land der Kinder, das Kinderland.* La patria primordial no es la tierra de nuestros padres, sino la de nuestros hijos. No es la patria *leyenda* historiada guardada en la memoria, sino *realidad* historiable, que el entendimiento y la voluntad han de forjar. La patria española será grande si nuestros hijos lo son. Respetemos, amemos y cultivemos la juventud española, este jardín de almas inmaculadas é inculpables, esta generación que no mató á Meco, porque no sabía ni sabe manejar armas de hoja de lata, ni jugar á los soldados. Respetemos y amemos la juventud para que ella ame y respete. Su amor y el de los ideales *suyos* la hará grande.

ELOY L. ANDRÉ

MOTES Ó APODOS

Los motes ó apodos son de suma importancia en el estudio de un idioma. De ellos nacieron la mayor parte de los nombres y apellidos, cuyo estudio ha ocupado á muchos escritores, que han impreso libros sobre este particular. Conocido es el de Godoy y Alcántara sobre los apellidos castellanos. Puede decirse que se reduce á una lista por siglos y categorías de una buena cantidad de apellidos, cuya etimología, cuando pretende investigarla, no aparece en general muy clara. Pero, sobre todo, no se halla en él idea psicológica de ninguna especie. Y, con todo, lo más curioso de apellidos, nombres y motes es lo que de ellos se desprende para el estudio psicológico del pueblo que los formó. En este particular, los motes son todavía más importantes, por ser, digámoslo así, los nombres en su primera edad, cuando aún están frescos, tiernecitos y flamantes.

Si se pudieran reunir todos los apodos que hoy se emplean en toda España, formarían un caudal de vocablos tan abundante como el del Diccionario castellano, y aún más, porque hay muchos motes que sólo se emplean como tales y no son del uso ordinario del habla.

Lo más gustoso, sin embargo, y á la vez lo más instructivo que habría en esa lista, sería ver como en un cuadro el genio poético y filosófico de nuestro pueblo.

Y nótese que ahí es un grano de anís el ver de una manera tan clara y pintoresca el colorido de la fantasía y la penetración de la inteligencia de un pueblo.

Pero como los españoles tenemos otras cosas de más tomo en que entretenernos, y gracias que no haya hecho asomar en mis lectores la risa á los labios al ver que escribo un artículo sobre cosa tan baladí como son los motes, tendré que contentarme con los pocos recogidos por mí, aguardando que mis amigos, ó los que por estas cosas se tomen algún interés, me vayan enviando listas de motes fehacientes y verdaderos, de cualquier parte que sean.

Poesía y filosofía he dicho que encierran los apodos. Son obra natural, espontánea del pueblo. Pero el pueblo no habla; hablan los individuos que lo forman, y no cualquier hijo de vecino es quién para inventar y poner un apodo, sino los listos, los chistosos, los chuscos.

Ingenio es menester para dar con un mote que venga á pelo, que choque y dé golpe. Y á fe que en España todo eso abunda como en ninguna parte. ¿Cómo concibe el chusco que inventa un apodo el carácter ó la facha exterior de la persona á quien se lo aplica? Como otra cosa á las veces muy diferente, pero que tiene con ella un punto de contacto. La metáfora interviene, pues, aquí, y el chusco da gallarda muestra de su penetración y de su fantasía: es un verdadero filósofo y un verdadero poeta. Filósofo, porque tiene ingenio para saber coger en la persona el rasgo más saliente que le caracteriza; poeta, porque en su fantasía surge por la metáfora la imagen de otro objeto que remeda ó pinta ese rasgo saliente.

Los ejemplos que voy á poner están tomados del natural: son apodos recogidos en Tudela de Navarra, y á mis instancias, en la tertulia de mi buen amigo el canónigo D. Federico Pérez.

Es un individuo que siempre está apurado, no por negocios que carguen sobre él, sino porque tal lo lleva su carácter nervioso y vivo: llámanle *Agonía*. Échese á discurrir quien quiera cuál es el trance más apurado de la vida, y no hallará otro que aquel en el que ella se acaba. Emplear un sustantivo por un adjetivo dicen los retóricos que es cosa galana y que da

fuerza y novedad á la expresión. El chusco tudelano que inventó el mote no entendía de retóricas; pero dió en lo más poético y filosófico.

Pescador en el Ebro es el patrón y casero de mi amigo D. Federico: se llama *Anguilica*. Otro, bastante goloso, ó como allí se dice, laminero ó lambinero, se llama *Bizcochada*, nombre dado á las natillas, encima de las cuales van algunos bizcochos. ¿Queréis motes poéticos, gráficos, chistosos? *Batecristos*, *Carra-cuca*, *Caga-tieso*, *Caga-en-l'aire*, *Cag-ansias*, sinónimo de *Agonía*, pero más castizo y más gráfico. *Cardenillo* es uno de mal genio: y aquí tenemos todo un cuadro, que no es fácil pintar ni con el pincel ni con la pluma. ¿Será el efecto del cardenillo pintado en un envenenado? *Veneno* es otro apodo que vale lo mismo: todos conocen al *capitán Veneno* de Pedro de Alarcón. *Cagarruta* es un hombre pequeño: advierto que así se llaman los granillos del excremento del ganado lanar. *Carrañé* es otro de mal humor; *encarrañarse* vale enfadarse. Diminutivo de otro excremento es el apodo *Carajucho*. Muchos y diversos pasos debe dar en sus asuntos el llamado *Cagateclas*. Pequeños son *Currusco*, *Currutaco* y *Curruto*; en todas partes mete la cucharada *Cucharón*, é hinca el diente el llamado *Diente*. ¿Es uno amigo de hacer la corte á gentes de cuenta? Le llaman *Estira-levitas*, tan gráfico como *Colín* por adulador, que menea la cola tras otro, como el perro. Optimista es *El Dichoso*, de aspecto quijotil *El Seco*, cerduno *El Cucho*, zanquilargo *El Guitarro*. Ello mismo lo dice cómo serán *El Negro*, *El Patán*, *El Zorrico*, *El Abogado*, *El Curto*, *El Potra*, *El Gatico*, *El Chafó*, *El Chilín*, y lo mismo *Barricate*, *Brazos-Cortos*, *Carabina*, *Carpa*, *Casaca*, *Calzones*, *Cazuelo*, *Cazuelica*, *Carrasca*, *Cavila*, *Cogote*, *Carrizo*, *Mortero*, *Manazas*, *Madero*, *Malcarao*, *Mosquito*, *Palomo*, *Pajuela*, *Peladilla*, *Pimentón*, *Piñica*, *Pingo*, *Putica*, *Raboso*, *Raspa*, *Rata*, *Rana*, *Ratilla*, *Tropezones*, *Zaragata*.

Mano-e-hierro pudiera ser del corral de Monipodio. *Mascarrabias* es un rabieta que tiene que mascarlas. Nos parece ca-

lificativo tan sencillo y tan vulgar, que nadie repara en él. Y, sin embargo, es expresión de lo más pintoresco que se concibe. Buscadle equivalente en francés, ó en latín, ó en griego. Cada pueblo tiene su temperamento poético, y no es muy san-dio el pueblo que tales expresiones inventa. Fulano suele presentarse con tanta prosopopeya como un navío de alto bordo: llámanle *Navío*. *Mata-ratas*, *Mata-burras*, ¿se aclararán por aquel dicho: «Por un perro que maté, me llamaron *Mata-perros*»? ¡Qué ha de matar el infeliz ni una burra siquiera, si no es capaz de matar una rata! Tan irónicos son estos motes como el de otro á quien llaman *Mata-curas*, que suele matarlos de pico, y nada más. *Mal-año*, *Mil-duros*, *Merendón*, *Paticas-cortas*, *Pisa-flores*, que es harto más bonito que pisaverde.

Hay motes que, mirados con las delicadas lentes de las conveniencias sociales, son de lo más feo y vitando; pero no dejan de ser de lo más gracioso. Apunten los suscriptores y los redactores de la revista internacional *Criptadia*: *Pedo-lobo*, *Pichorrín*, *Pijota*, *Pijorro*, *Cachurrín*, *La Cachorróna*, *Minguica*, *Picha-rotta*.

De carácter farisaico es un tal *Serva-mandata*; tan vivo de genio como *Agonia* y *Cardenillo* es *Solimán*. Parlanchín que menea sin cesar la sin hueso es *Taravilla*; un para poco es *Tararo*, y para menos *Tararura*. Muletilla ordinaria suya debía de ser ¡*quién sabe!*, cuando á otro le llamaron *Quisabe*, donde tenemos la etimología de *quizás*, antiguamente *qui sab*. ¡*Por vida de!* es otra muletilla que originó el mote *Re-por-vida*, y sangre sosa debía de tener el llamado *Sangracha* y el *Chan-chan*, y demasiado encendida el *Sopetón* y el *Rabiau*.

De un asiduo á los cultos del Corazón de Jesús es el apodo muy moderno *Reinaré*. Diminutivo de pito es *Pitito*, que los muchachos hacen con dos pedacitos de caña y un hilo para pitar ó echar pitidos.

De las patas hay motes gráficos: *Patán*, *Pat-araña*, *Pato-lea*, *Patirracó*, *Paticas-cortas*, *Paticas-verdes*, *Patas-verdes*. Del pelo y pelar, pelear: *Pela-panes*, *Pelacho*, *Peladilla*, *Pela-*

morros, Pelucón. Chorreta, Chafarreta, Churumbela, Chirim-bolo, Cherre, Churri-pample, Chirri, Chorche, Chorrio, Chirpi, Zarambote, Zamacuco, Zampas, Zaragata, son de origen euskérico.

Pintorescos son *Esgarra-manzanos, Morrocuto, Tripota* y, sobre toda ponderación, *Tripa-triste*, que se refiere al hambre.

A las mujeres se les da el mote de sus maridos, mudándoles la terminación en *a*: *Corazones* es el mote de uno; á su mujer la llaman *La Corazonas*, y así *La Coscorra* de *Coscorro*, etcétera. Pero otras lo tienen propio: *La Trona, La Mari, La Coronada, La Hurona, La Canóniga, La del ancho, La Gorrióna, La Murilla, La Vinagre, La Pelos, La Gimia, La Ciela, La Ochava, La Perrandina, La Cachorróna, La Resalada, La Rico-pelo, La Colé*, etc.

No faltan motes fundados en un chusco equívoco. Llegó de la aldea una vendedora de pollos, y le dicen: Ahí en esa casa le comprarán. Son gentes que vienen de Madrid á veranear. Pregunte por *Doña Jovita*. Llama á la puerta la buena mujer, le abren y al subir se da de manos á boca con una señorona de tomo y lomo. Iba á preguntarle si era *Doña Jovita*; pero parecióle demasiada mujer para nombre tan chico, y le dice: ¿Es usted *Doña Jova*? El nombre *Jova* ya no hay quien se lo quite á la jamona madrileña.

Todos los motes apuntados son de Tudela, donde no habrá hombre ni mujer, chico ni chaco, que no tenga el suyo. Pero otro tanto sucede en las demás ciudades españolas, y mucho más en los pueblos y aldeas.

En Calatayud, á la otra vertiente del Moncayo, el dialecto es el mismo que en la merindad de Tudela: el aragonés; pero más cerrado y con vocablos más regionales. Mi excelente amigo el conocido novelista de costumbres aragonesas D. Juan Blas y Ubide, que entre el ejercicio de la abogacía no descuida el culto á la literatura, me obsequió este verano con un rico tesoro de palabras, frases y motes, por él recogidos en aquella ciudad para servirse de ellos en sus novelas.

Voy á confirmar lo expuesto hasta aquí con esos motes hoy vivos en Calatayud; y para que se noten mejor las tendencias psicológico-poéticas de los bilbilitanos, los ordenaré por clases. Hay motes tomados de objetos inanimados, otros de defectos corporales, otros de cualidades morales, otros de plantas, otros de animales, otros de oficios, otros de regiones y pueblos, otros cuyo significado es bastante obscuro, y otros, finalmente, tomados de todo el diccionario é inclasificables.

DE OBJETOS INANIMADOS

Chaqueta, Coronica, Medio-almú, Pitos, Silleta, Chime-neas, Tablares, Bomba, Perniles, Alforjas, Pitón, Pitorro, Botijo, Candiles, Cascarrías, Cataplasma, Chavo-ó-hilo, Bolsa-de-hierro, Pizarrines, Mota, Cuaderna, Cerillicas, Cerote Chupilla, Porrón, Puchero, Coscurro, Punzas, Cachirulo, Boto, Botitos, Sartenes, Madera, Candelas, Tijeras, Zurriago, Sarro, Puntales, Guitarro, Bolas, Pelotas, Bolsicas, Banderica, Mostillo, Bombarda, Ratonera, Camisilla, Terriza, Martillo, Manta, Huevete, Morcillica, Fregadera, Torretas, Calzones de yesca, Mitra, Coscarana (nuez huera), Cornijales, Cuartico-especias, Cañete, Callejica, Casillas, Goma-seca, Malalana, Gotera, Gatera, Manchas, Casquina, Chocho, Brozas, Cache (Cacho), Gazote de gamon, Chorré (chorro), Garamaya, Chichetas (de chicha), Colodro, Chicherre (chicha quemada ó *erre* en eúskera), Zaraballa, Chirro, Chumina, Cachupico, Chorrillas, Cachupo (pedazo de tronco), Cachacho, Ciclón, Penteras, Reino, Duende, Cazolón, Chiripa.

DE PLANTAS

Ciruelo, Berros, Melón, Cebollas, Calabacines, Mielga, Moscatel, Borrajas, Clavel, Cañamones, Patata, Ceparoya, Pílongo, -a, Parra, Seta, Cabecica de ajo, Cabeza de pepino, Chiles (pimientos), Carrasco, Mora, Lapazas.

DE ANIMALES

Caracoles, Gato, Gurrión, Pajarito, Cuervo, Zorra, Pollo, Gallo, -a, Cuco, -a, Mirlo, Cigüeña, Ratón, Tábano, Chorlito, Mosca, Venau, Culebras, Chincho, Bicho, Pichona, Cordericos, Ratica, Polilla, Oveja, Gusano, Rata, Nutria, Cabrito, Pulga, Rana, Abeja, Lobo, Pájaro, Burras, Güina (ó fuina), Potra, Chocha, Zarandilla, Perdigano, -a, Conejo, Zorrilla, Cucho, Garra-miau (gato), Cardelinos, Mosquirre, Bichocho, Chites, Rabosa.

DE OFICIOS

Estudiante, Capellán, Alguacil, Zagal, Gaitero, -a, Brujo, Zapatera, Campanero, Badajero, Farolero, Bolero (mentiroso), Reyecillo, Monje, Fraile, Monago, Sacris (sacristán), Capitán, -a, Payaso, -a, Regador, Santero, -a, Tiple, -ón, Corneta, Cafetero, Monjero, Macera, Señorito, El rey, Botero, Saca-cuadras, Pañero, Obispo, Curilla, Ratonero, Diablo, Letrado, Confitá-moscas, Pregonero, Zagalón, Realista, Gitanillo, Piloto, Picón, Moricos.

DE REGIONES Y PUEBLOS

Vetos, Lumpiaque, Castillica, El turco, El ché (valenciano), Polaco, Cartagena, Zaragoza, Provincial, Villalobos, Morosano, Perules (del Perú).

DE DEFECTOS Y CUALIDADES CORPORALES

Bizeco, Cojo, Zurdo, Manco, Royo, Canoso, Largo, Viejo, Feo, Chepa, Manazas, Manitas, Ojitos, Mocos, Dientes, Cojogodoño, Morreto, Moquito, Pardillo, Rojo, Cabezota, Narigones, Patas, Carota, Pelos, Galano, Picha, Canelo, Garrillas, Caspa, Blanco, Jibeta, Robusto, Garrido, Regañau, Peludo,

Maneta, Colorau, Chiquitín, Patillas, Tripa-larga, Mala-cara, Culo-de-goma, Cara-de-culo, Cinco-arrobas, Pelo-malo, Cabeza de barandán, Morros, Negreta, Oreja, Cabecica, Mala-boca, Pelón, -a, Caga-blanco, Peli-blanco, Empalmado, Orejas, Blanquillo, Negrillo, Negro, Moreno, Cetrino, Paticas, Verde, Anciano, Manota, Gordo, Cabezona, Calvo, Garrancho, Rajau, Carrillo, Cana, Cacau (cagado), Patés (de pata), Pelete, Pataco (de pata), Cagacho, Peluches, Pichorrín, Picha, Tetillo, Cagachas, Carajilla, Blinca-pozos, Tocatas (paliza), Traga-lamas, Chata, Gambeta, Cholas, Mamau, Guarro, Manjunto, Menina.

DE CUALIDADES MORALES

Pela-pobres, Lame, Curda, Chispa, Rasca-miajas, Manso, Mata-abuelas, Zancocha, Muermo, Chulo, Sueños, Zarrias, Zangolotino, Carca, Mata-moros, Fachenda, Tabacón, Corremundo, Loco, Santo, Machaca, Mata-perros, Roba-masas, Milhombres, Roba-pellejos, Roba-carneros, Mata-curas, Azotacristos, Arroja-cristo, Empenta-salves (empentar es empujar), Come-cochinos, Cavila, Licos-pechos, Loque-zoquete, Pintolique (que la pinta), Mano-güisa, Zámpara (de zampar), Zampias (ídem), Cucarro (que cuca), Motorro (morrudo en eúskera), Jalaco (adj. de jalar, jalear, aficionar en eúskera), Cachacho, Locarra, Borde, Marica, Maruso, Mal-pica, Marión, Machaca, Remacha, Traga-huesos, Mata-lamba, Traga-buques, Caga-lesnas, Tene-moscas, Pica-moras, Traga-bolas, Batecargas, Contento, Mucho, Piculín (que acusa), Saca-cuadras, Confitamoscas, Mala-boca.

MOTES DE PUEBLOS

Torrijo.—Los belloteros.

Vijuesca.—Los tocineros.

Aiñón.—Los huecos.

Cervera.—Los de la abubilla.

Villalengua.—Camuesos.

Sediles.—El cuco.

Terrer.—Llegar y meter.

Ateca.—La puerta abierta.

Daroca.—Puta ó loca.

Ricla.—Los cañiceros, ajeros.

Campiel.—Melocotones.

Morata.—La del Conde.

Torres.—El tío Pepe Roque y la ballena.

Maluenda.—Mucho mantel y poca merienda.

Castejón de las Armas.—El de las cerezas.

Castejón de Alarba.—El de los ricos.

Chodes.—Se prohíbe repicar y andar en la procesión.

En toda España reza el refrán que no se puede á un tiempo repicar y andar en la procesión. A los de Chodes, pueblo cerca de Morata de la Ribera, ó del Jalón, se les prohíbe, porque son los únicos que pueden hacerlo. El conde de Morata edificó de tal suerte el pueblo, que forma una sola plaza y no grande. Puede tirar de la cuerda de la campana el sacristán y no salirse de la procesión.

Las causas de la imposición de los apodos son diversísimas. Los que significan defectos corporales ó un miembro del cuerpo, que por alguna razón caracterizaba al individuo, no ofrecen dificultad. Llamar á uno bizco, ó bizconde, como suele decirse por equívoco malicioso, es aplicarle de ordinario un apelativo, con lo cual queda convertido en nombre propio. Hemos de pensar que el hombre siempre ha sido el mismo, y que por consiguiente tal fué el origen de los nombres propios. Y no sólo de los propios de persona, sino de lugares y de objetos, cualesquiera que ellos sean. Proceden, pues, los nombres de los calificativos, ó llámense adjetivos. Los vocablos, efectivamente, sólo expresan un concepto de las cosas; es decir, un modo de ser, una apariencia, una cualidad genérica, la cual puede aplicarse á todos los objetos que la poseen. Cojo, zurdo, royo, peli-blanco, guarro, galano, son adjetivos que sólo

expresan una cualidad. Pero aplicándose de ordinario á una persona quedan convertidos en mote, y luego en nombres. Carrillo, Cana, Pelete, Cabezota, Dientes, son nombres apelativos, que por el mismo medio vienen á ser apodos y nombres y apellidos personales. Pero de la misma manera llegaron á ser nombres apelativos: fueron antes expresiones comunes aplicables á muchos objetos, fueron calificativos. No expresa el vocablo *carrillo* la esencia, ni siquiera el conjunto de cualidades esenciales, á modo de descripción, del miembro corporal así llamado; sólo indica una cualidad del *carrillo*, la de poder girar y moverse como un carro: carr-illo es un carr-ito, un diminutivo de carro. Otro tanto sucede con el vocablo carro, que los latinos tomaron de los Aquitanos, que hablaban eúske-ra, como iberos que eran. Carr-us viene del eúskaro e-karr-i llevar, da-kar-t yo llevo, da-kar-zu tú llevas, na-kar-zu tú me llevas. Del llevar se dijo carr-us lo que lleva. Pero kar raíz de llevar sólo indica una acción, un modo de obrar de las cosas. Manota es otro apodo, sin duda porque el así llamado tenía una mano grande y deforme. Pero, á su vez, mano, del latín manus, se dijo por ser extendida y servir para medir, que no es más que extender una cosa, la medida, sobre otra, como el pañero, que extiende su vara sobre el paño una ó más veces según las varas que le pidió el comprador. Ma-nus vale la extendida, como ple-nus lo lleno, y dig-nus lo señalado, de ma-extender, medir, pl-, pl-us, llenar, dic-ere señalar, decir. Y así la luna, medida del tiempo, es mēna en godo, alemán Mond, lituano ménu, griego mēn, latín Mena menstruationis dea, como mēnē en griego, y men-s-is més, mens-s-truus. Extender y medir es en sánskrit mâ-mi, mi-mê, la medida ma-tram, el me-tron griego ó metro, lo que mide, como ara-trum lo que ara, el arado, en latín mê-tare, mê-tiri, de donde medir, en eslavo mê-ra y en lituano mē-rà es la medida, ma-túti medir, en griego mî-me-omai imitar, mî-mos remedador, de donde mímica, habiéndose dicho el remedar del medir, por comparar é igualar dos cosas, como nuestro vocablo remedar viene de

re-imitari volver á imitar, comparar, medir. El nombre mano fué, pues, antes un adjetivo, lo extendido, como lo son lleno y digno.

Los motes que indican cualidades morales son también adjetivos ó nombres concretados en un individuo. Loco, Santo, Curda, Chispa; Cavila, ó tío Cavila, el que cavila mucho: es un verbo lo mismo que Lame, Rasca-miajas, Pela-pobres, Caga-lesnas, Traga-bolas, ó que cree las exageraciones y mentiras. La metáfora campea aquí de una manera maravillosa. ¿Qué quiso decir el chistoso que inventó el mote de Caga-lesnas, y el de Traga-buques, y el de Confitas-mostas, y el de Azotacristos, y el de Mata-abuelas? No conozco ingenio entre escritores y poetas que tan alto hayan rayado como el obscuro y desconocido autor de tan ingeniosos apodos.

No es menester ir á Andalucía para hallar en España andaluzadas, ni sal, ni gracia, ni poesía. Aragón es el polo opuesto de Andalucía. Pocos poetas ha criado, porque el carácter de los aragoneses es muy serio y enemigo de toda mentira y exageración. Pero, por lo mismo, es muy realista y tan fogoso como el que más. Los escritores aragoneses no descuelan por las obras de puro fantasear; pero son vigorosos, exactos en sus metáforas, y de un colorido y nervio que los hace poetas de otro género. Prudencio, Quintiliano, Marcial, los Argensolas, el gran fabulista riojano, el gran filósofo bilbilitano Gracián, el historiador Zurita, son de esta cepa, de la misma que los guerreros de Numancia, y de Calahorra, y de Zaragoza, de la misma que el anti-papa Luna, y que el fabricante de la campana de Huesca, y que los magnates de aquel reino.

Los motes de oficios y clases sociales han originado muchos apellidos: Botero, Monje, Fraile, Alguacil, Obispo, Picón, Capitán, etc.

Y no menos los de plantas y animales, donde la metáfora y el genio poético de los españoles es muy digno de notar: Ciruelo, Parra, Carrasco, Mora, Cuervo, Gallo, Lobo, Zorrilla.

El apólogo, de origen indiano, parte del principio antropológico, tan innato en el hombre, que quiere atribuir á los demás seres sus propias cualidades. El hombre no conoce las cosas del mundo exterior sino en cuanto halla en sí algo que sea común con ellas. Sus facultades aprehensivas son anteojos que colorean los objetos del color que ellos mismos tienen. Mira á los animales con el anteojo antropológico, les atribuye sus propios sentimientos y fantasea una ética animal, paralela á la ética humana. El león es noble, la gallina cobarde, la liebre tímida, la hormiga diligente, la abeja laboriosa, el toro valiente, el perro fiel, el murciélago alevoso, el tigre encarnizado, el sapo vil, la serpiente prudente, la paloma candorosa, el zorro artero, la cabra caprichosa, la cotorra parlera, el potro insolente, el asno estúpido, el pavo vanidoso, la oveja mansa, el gallo orgulloso. En hecho de verdad, toda esta ética, con los apólogos que en ella estriban, es una ética fantástica. Las pasiones no menos radican en el alma racional que en la parte sensitiva del organismo. Pero el hombre es poeta por instinto, y humaniza cuanto le sale al paso.

Una de las riquezas poéticas del castellano tiene aquí su origen. Apenas habrá animal que no haya servido de punto de comparación á los españoles para concebir las cualidades morales humanas, que de suyo eran tan difíciles de expresar por lo complejas y abstrusas. No creo que haya idioma alguno cuya penetración y fantasía puedan parearse, ni aun de lejos, con la penetración y fantasía de nuestro pueblo. Algunas expresiones parecidas se hallan en todos los idiomas; pero tantas y tan bien apropiadas creo que en ninguno. ¿Hay términos franceses ó latinos, ingleses ó griegos, que pinten y respondan á nuestros verbos *azorarse* como la garza perseguida por el azor, *amilanarse* como los pajaritos á la vista del milano, *aconcharse* como la tortuga ó el caracol, *aturdirse* como el tordo, *encabritarse* como el cabrito, *alebронarse* ó *alebretarse* ó *alebrarse* como las liebres, *emporcarse* como el puerco, *avisparse* como la avispa, *ratonarse* como lo comido de ratones,

emperrarse como el perro, *atortolarse* como la tórtola, *pavonearse* como el pavo, *encapricharse* como la cabra que se encarama, *acurrucarse* como la curruca, *enviperarse* como la víbora, *entigrearse* como el tigre, *agazaparse* como el gazapo, *achicharrarse* como la chicharra con el calor, *amoscarse* como el molestado de las moscas, *cotorrear* como la cotorra, *gatear* como el gato, *serpear* como la sierpe, *serpentear* como la serpiente, *culebrear* como la culebra, *culebrinear* como la culebrina, *gallear* como el gallo, *engatusar* como el gato, *hormiguar* como el sitio lleno de hormigas ú hormiguero, *desasnar* como el estúpido que deja de ser asno, *apolillarse* como lo roído de la polilla, *caracolear* dando las vueltas del caracol, *mariposear* como las mariposas, *mosquear* como moscas, *potrear* como el potro, *podenquear* como el podenco, *torear* como el toro, *andar aperreado* como el perro, *ratear* como la rata, *aborregarse* el cielo como establo lleno de borregos, *acaballar* ó *encaballar* montado como jinete en el caballo, *chinchorrear* como el *chinchorrero*, que es tan molesto como la *chinche*, *escarabajear* como el escarabajo, *garrapatear* como la garrapata, *berrear* y *emberrenchinarse* como el verraco, *chotear* como el choto, *patear* como el pato, *babosear* como la babosa, *zanganear* como zángano, *agusanarse* como lo lleno de gusanos, *trasconejarse* como el conejo, *zabullirse* como el sapo (*zabu* en eúskera, *zabuli* revolcarse como *zabu*), *erizarse* como el erizo, *achuchar* como al chucho, *desperdigarse* como los perdigones?

En España no parece sino que todos somos zoólogos, y que vivimos en un parque zoológico. Fulano es un chinche, es muy zorro, es un gallina, un puerco, un puerco-espín, un pavo, un asno, una sabandija, parla como un chorlito ó como una cotorra, es un avestruz, un borrego, un moscón, una mosquita muerta, un toro, un pichón, una mariposa, un cernícalo, una víbora, un rata, corre más que un galgo ó que una liebre, es más tratable que una paloma sin hiel, canta como una calandria ó como un jilguero, es más listo que una ardilla, más tragón que un tiburón, más intratable que un potro, más escu-

rridizo que una anguila, come como una sanguijuela, tiene más conchas que un galápago, tiene el genio de un toro, se menea más que una lagartija, salta como un gamo, es más cruel que el tigre, no es rana, no morirá de cornada de burro, no se apea del burro, es más pesado que las moscas, lloriquea como un becerro, engorda como un tocino, brama como un toro, es un pollo ó una polla á pesar de sus treinta abriles, tiene un pico de chorlito, unos ojos de besugo, una nariz aguilena, unas orejas de asno, unos pies como pezuñas, un cuello de cisne, unas uñas de cernícalo, más pelo que un oso, es lince como él solo, es muy patudo y muy ganso, viene hecho una merluza, es todo un zángano, tiene un genio de hiena y un cuello toroso, es más bruto que un mulo y más terco que un macho, no sabe más que un buitre, se viste como el grajo de plumas ajenas, se infla como una rana, cacarea sus cosas como la gallina, se le va la cabeza ó le duele como á una cabra, es un puerco y un cochino y un gorrino de sucio, tiene malas pulgas, gruñe como un cerdo, es necio como un pollino, es una tarasca, un renacuajo de chico, un buey Apis de gordo, un tórtolo de cariñoso, un camaleón de mudable, adelanta como el cangrejo, se pega como una lapa, allega como una urraca, está hecho un bacalao, gorronea como un gorrión, anda de golondros como una golondrina, duerme como un lirón, es más feo que un mico, más vivo que una comadreja, más blanco que un armiño, de más monerías que un mono; es, en fin, un animal por los cuatro costados, con rabo y todo.

Los apodos tomados de objetos inanimados son más difíciles de aclarar. Algunos son tan metafóricos como los anteriores y se refieren á cualidades corporales ó morales. Medioalmú se dijo de uno que era pequeño, Botijo del que era tan gordo como un botijo, Cataplasma del pesado, tardo y molesto, Cascarrias del sucio ó del cansado en su trato ó del quisquilloso, Cerote del tímido, Porrón del gordinfla, Mostillo del pegajoso y dulzachón en su trato, Morcillica del larguirucho, Coscarana del huero de cascos, Fregadera del sucio y descui-

dato, Callejica del corretero y callejero, Mala-lana del que presto se sube á la parra, Chicherre del que se enfada y arde por un quítame allá esas pajas, como Calzones-de-yesca, Peteneras del alegre, Duende del entrometido, Ciclón del vivo y furreña. En esto se ha seguido el tenor que han tenido los españoles en la derivación de vocablos por medio de la metáfora, y en el empleo metafórico de las cosas en refranes y frases hechas, donde podríamos señalar un tesoro tan rico y poético como el zoológico que hemos indicado.

Otras veces el mote se refiere á una muletilla del individuo, ó á un caso particular, cuya historia se conserva entre las gentes del pueblo, ó no se conserva. ¡Cuántos motes no pasan de padres á hijos olvidándose el motivo que los originó! Tal es la fuente de muchos apellidos, y la razón del *de* ó de la silbante en los patronímicos castellanos. *Juan de Diego* es un Juan hijo de Diego, *Láinez* es *el de Lain*, *Pérez* *el de Pero* ó Pedro, *López* *el de Lope*. El hijo del rey Silo se llama en un documento de su época *Siliz, el de Silo*. *Márquez* es el hijo de Marco, *Alvarez* el de *Alvaro*, *Domínguez* el de *Domingo*. Pero de los patronímicos, y en general de los apellidos, habría que tratar por separado.

Los apellidos son motes que por su antigüedad han perdido ya la razón de su significado. Por eso el pueblo, que gusta de llamar las cosas por sus nombres, quiero decir, no á ciegas, sino por nombres que les convengan, no hace caso de los apellidos é inventa motes de continuo. Los apellidos ahí se quedan para el *Registro* y para la sociedad, que vive de convencionalismos y rutinas. El pueblo no vive como ella de sangre gastada hasta tomar ese tinte azul, de que se paga la nobleza; vive de sangre fresca, bien roja y bullente. Y así como no quiere vocablos de extranjis, que para él es letra muerta, aunque vengan de Roma y Atenas, porque los considera como pelucas y otros armatostes postizos, y como tales los trata, estropeándolos cuando se ve precisado á tomarlos en sus labios, así tampoco hace caso de apellidos, ni nombres, si no son de su hechura y pintan al individuo.

No faltan eruditos que menosprecien toda esa vida, todo ese realismo, toda esa verdad que encierra lo popular, y que prefieran lo que se llama de buen tono, correcto, atildado.

De gustos no disputaremos. Yo tengo por de mejor tono, por más correcto y atildado, el árbol que comienza á echar sus frutos, el joven de quince á veinte años, el modo de decir que espontánea y naturalmente nace en labios del pueblo y que tiene su arraigo en el idioma tradicional y propio, porque ese árbol, ese joven, ese decir, son brotes naturales llenos de savia y de vida. Los viejos robles son mejores para quemados en invierno, que nos den calor; los ancianos son más de respetar y oír como consejeros; los vocablos de la veneranda antigüedad, para leer los autores que los emplearon y para estudiar la psicología de los pueblos que ya pasaron.

Por eso á otros causará risa; á mí me sabe á poco el siguiente cuento que trae Polo y Peyrolon, que ni siquiera lo es, porque yo mismo lo he presenciado, *mutatis mutandis*, y lo habrá presenciado cualquiera que sea un poco observador de las costumbres populares. Reunidos en cierta ocasión los cofrades de San Roque en la casa rectoral del pueblo de Tramacastilla para celebrar una junta, quiso el párroco cerciorarse de la puntual ó escasa asistencia de los asociados, y al efecto tomó el libro de los cofrades y fué leyendo, uno por uno, sus nombres y apellidos. La sala estaba llena, y nadie, sin embargo, decía esta boca es mía.

—Hombre, muchos faltan—observó el señor cura, dejando de leer.

—¡Ca! No, señor—contestó el maestro de escuela.—Déme usted ese libro.

Nada comprendió el párroco, pero obedeció.

—*Cuquita*—voceó el maestro, principiando la tarea.

—Presente.

—*Góticaaceite*.

—Presente.

—*Mediamisa*.

—Presente.

—*Perotes*.

—Presente.

Y al punto contestaron, uno tras otro, á sus respectivos apodos, los que momentos antes permanecieron mudos al oír sus nombres y apellidos. No es cuento el que muchos ignoren su apellido: es un hecho que yo he tocado con las manos. Los apellidos son nombres muertos que yacen en el *Registro* y con los que se entretienen las personas de sociedad. El pueblo no gusta de autopsias ni de manipular cadáveres: quiere nombres vivos, que son los motes por él dados, y muy bien dados.

JULIO CEJADOR

¿LIBERTAD, Ó SERVIDUMBRE?

Cuanto más trata uno de penetrar en el secreto y en las leyes de la vida, parece que es capaz de conseguirlo cada vez menos. Es ella tan heterogénea y complicada, que no se suele acomodar á nuestros conceptos, por lo regular simples y constantes. Nosotros nos empeñamos en encerrar el mundo en el cerebro nuestro, donde no cabe sino una parte infinitesimal de él. Por eso nos vemos rodeados de tantas sorpresas y de tantísimas antinomias aparentes. No hay orden alguno donde no las hallemos. Los sedicentes *intelectuales* son, generalmente, los mayores y más frecuentes víctimas de ellas. Entre su pequeño mundo mental y el amplísimo y fértil mundo de las cosas, se producen á cada paso innumerables contrastes, que ellos, las pretendidas y arrogantes sumidades científicas y pensadoras, resuelven casi siempre en favor de sí mismos y en detrimento de las exigencias reales. La lógica del filósofo y la lógica corriente y vulgar no suelen coincidir, y el filósofo salva muy á menudo las discrepancias entre la una y la otra, dando la patente de acertada á la suya. Es lo que representa multitud de veces la oposición, á que oímos aludir á todas horas, entre la razón y la experiencia, entre el ideal y la realidad, entre lo que debe ser y lo que es. El pretendido pensador ó filósofo desdén entonces la «burda» trama de la vida, por impura, por grosera, por caprichosa, y tiende á refugiarse en la ebúrnea torre de su encastillamiento intelectual, donde ve el orden real entero de muy otro modo y sometido á muy otras leyes que las que de hecho advierte que le dominan ahora.

Quizás no se pudiese encontrar materia alguna en que tan al vivo se presente la antítesis de que se habla, como la referente á la libertad de la persona. Es ella una de las cosas que nos tocan más de cerca y más íntimamente, cuya presencia ó ausencia y cuyos efectos sentimos indefectiblemente, con toda el alma, y en donde con facilidad suma propendemos á tomar-nos á nosotros mismos como medida y criterio de todos los demás individuos, de sus necesidades, sentimientos y aspiraciones. Lo que á cada uno de nosotros nos pasa se lo atribuimos también á los demás, aun sin percatarnos de que lo hacemos así; los deseos, protestas, rebeldías, apetitos que experimentamos nosotros, creemos que han de experimentarlos todos de la misma manera. ¿No estamos viendo de continuo que quienes, por ejemplo, se alzan interior ó exteriormente contra tal ó cuál forma de lo que tienen por «tiranía» quisieran que los demás hiciesen otro tanto que ellos, y les motejan de cobardes, pusilánimes, esclavos, etc., cuando ven que proceden de otra manera? ¿Y no vemos, asimismo, que los que se hallan á gusto con la por los contrarios denominada «coyunda» de la servidumbre, ya espiritual, ya corporal, censuran á su vez á éstos, calificándolos de «exaltados», de «radicales», de «ilusos», que aspiran á implantar un imposible? Hay quien se desgañita gritando ¡viva la libertad!, y quien, al revés, siente con toda su persona la necesidad de la esclavitud, y pronuncia repetidamente á pleno pulmón el consabido ¡vivan las cadenas! Unos y otros pretenden arrastrar consigo á todo el mundo y atraerlo al campo de la verdad y de la dicha. ¿Dónde se hallarán éstas, cuando se quiere llegar hasta ellas por caminos diametralmente opuestos? Lícito ha de ser dudarlo.

La historia está tejida en grandísima proporción, si es que al cabo no lo está exclusivamente, por el choque y el predominio alternativo de las dos fuerzas mencionadas. ¿Cuál de ellas ha hecho y está haciendo más por lo que se llama progreso y felicidad de los hombres? ¿Con cuál de las dos se hallan éstos más en deuda: con la opresión, la coacción y la ligadura, ó con

su contraria la libertad, la espontaneidad y la autonomía absolutas? Lo probable es que no pueda darse contestación satisfactoria á esta pregunta mientras se halle así formulada, en disyuntiva forzosa. Valdría tanto como preguntar cuál sea la fuerza única rectora de la vida social, si la tradición conservadora ó el progreso propulsor; ó como preguntar cuál de las dos hojas de unas tijeras es la que más corta, ó si la forja de un objeto es debida al martillo ó al yunque.

Pero los hombres no suelen atenerse á reflexiones de esta índole, y menos acaso que ningunos otros los intelectuales. Miran únicamente hacia su persona, á sus concepciones y voliciones, y constituyéndose en criterio y medida de todos los demás, aplican á éstos lo que tan sólo debería aplicarse cada uno á sí mismo. Si alguien se siente independiente y rechaza toda sumisión, sea ella la que quiera, entona sus himnos á la independencia y aspira á convertirla en doctrina de aceptación absoluta. No se hace cargo de que el estado de espíritu de los otros puede muy bien ser distinto del suyo, y consiguientemente, que gran parte de ellos, ó todos acaso, encuentren descabellada la idea de la total autonomía, y preferible la de la imposición coercitiva, más ó menos acentuada é intensa. Aparte de que son poquísimas las gentes que se hallan en disposición de inspeccionarse á sí mismas y de mirar también hacia afuera, fijándose en lo que ven para desentrañar su significado y valor y formar conceptos, juicios y planes verdaderamente personales. La gran mayoría de los mortales vive al día, sin pizca apenas de autodirección, dejándose arrastrar por la corriente de concepciones é ideas que se encuentran ya elaboradas (lo que les ahorra el doloroso trabajo de pensar por su propia cuenta), obedeciendo ajenos mandatos y pidiendo á voces, cuando en alguna cosa carecen de ellos, que alguien les trace normas de conducta que les sirvan de guía y les saquen de apuros, porque ellos, por sí solos, ni saben trazárselas, ni siquiera se les ocurre que puedan tener capacidad para ello. La situación de alma de semejantes personas es tal, que en vez

de revolverse contra la esclavitud, no saben vivir sin ella y la piden con todas sus ansias. «Yo quiero ser esclavo, y mi vida, ni quizás tampoco la de nadie, no es posible sino en ambiente de esclavitud», viene á decir, de manera más ó menos clara, casi todo el mundo. Sólo un puñado de individuos, insignificantísimo por su número, aun cuando no por su calidad, sienten y se producen de otra manera. Son los rebeldes, los descontentos, los críticos, los inventores, los revolucionarios y agitadores de todos los tiempos y de todos los órdenes de cosas, los libertarios de toda especie, pudiéramos decir, los cuales, á su vez, y aun cuando no quieran, viven sujetos á mil formas de servidumbre.

Esta nos envuelve por todos los lados. No hay manifestación alguna de la vida donde ella no asome la cabeza y se apodere de nosotros. Para la vida corporal parece que no cabe ni siquiera duda. Pero en lo que toca á la vida espiritual acontece lo mismo. Las que consideramos como expresiones sociales más excelsas de esa vida, la religión, la ciencia, el arte, la educación, el gobierno, esferas son donde la esclavitud hace de las suyas como en su más propio elemento de acción.

Se ha dicho que los grandes pensadores no pueden menos de ser herejes, y es muy verdad. No es fácil que abduquen de su personal criterio religioso para entregarse incondicionalmente y sin más examen al que otras personas, bien individuales, bien sociales, como una iglesia, verbigracia, quieran imponerles. A los espíritus agitados, que todo lo someten á crítica, no les satisface más credo sino el que cada uno se forma para su uso privativo. Les suelen inquietar mucho ¿cómo no? las cuestiones religiosas, singularmente aquellas que tocan á materias trascendentales y de comprensión difícil ó imposible para los hombres; pero si alguna solución tienen para las mismas, esa solución es hallada por virtud de propio esfuerzo mental, en vez de recibirla ya elaborada por otros, conforme pasa muy á menudo. Estos tales no se amoldan á ser fieles ó prosélitos de ninguna confesión ó iglesia, lo que equi-

valdría á convertirse poco más ó menos en unidades componentes de una grey sumisa y esclava de dirección y voluntad ajenas. Sintiéndose interiormente libres y dueños de sí mismos, les es imposible soportar el dominio de nadie. Son ellos los que á sí propios se dominan y se dan la ley religiosa á que han de atenerse. Ejercen verdaderamente de autónomos en este orden. Se les podría denominar anarquistas religiosos. ¿Han sido nunca otra cosa los altos entendimientos, los grandes filósofos, los grandes místicos, los más hondamente religiosos de todos los hombres? ¿Lo han sido tampoco los fundadores de religiones, iconoclastas de las ya fundadas, rebeldes, insumisos, revolucionarios empedernidos é irreducibles?

Si todos gozáramos realmente de libertad religiosa, todos seríamos fundadores de una religión: de la nuestra. Las religiones serían tantas como los individuos. Nadie tendría sometido á nadie por esta causa, ni estaría tampoco sometido á nadie. Se daría una república religiosa, de verdad libre, sin leyes exteriores obligatorias, con tantas leyes internas como individuos autónomos hubiese. Y á esto es á lo que se tiende, después de todo, cuando se pide la libertad llamada de conciencia y de cultos, pues con ella se busca la proscripción de todo constreñimiento en esta esfera y la garantía del autodomínio absoluto para todo el mundo. Desde la pretendida unidad religiosa, que se producía por fuerza más bien que por acuerdo espontáneo, en donde las gentes habían de prestar acatamiento, quisiéranlo ó no lo quisieran, á un determinado credo, hemos venido á parar á una situación de variedad grandísima, en que se profesan multitud de religiones dentro de cualquiera círculo social, y en donde los individuos pueden, sin estorbo, adherirse á la que mejor les plazca.

Pero estamos aún muy lejos de haber llegado al límite de este proceso, límite que ni siquiera columbramos. No nos impiden los gobiernos, como otras veces, que comulguemos en esta ó la otra religión; pero hay circunstancias que no nos

consienten ser de hecho libres en materia religiosa, por cuanto casi todos vivimos aquí de prestado, entregándonos á la dirección y á las enseñanzas de ajenas personas. Tenemos libertad para constituirnos en la servidumbre de tal ó cuál señor; no la tenemos para entregarnos á nosotros mismos, para disponer de nosotros, formándonos nuestra religión particular. Porque ¿cuántos de nosotros somos capaces de fundárnosla, ni jamás se nos ha ocurrido tratar de hacerlo? Nos contentamos con exigir, á lo sumo, que nos dejen pertenecer al gremio religioso que más nos guste, pero siempre á un gremio, á una grey ó rebaño. Es un verdadero alistamiento en el banderín de enganche A ó B, donde á nadie se obliga directamente á sentar plaza; pero el que la siente por su voluntad se compromete á servir á las órdenes de algún jefe, de quien queda esclavo. Solamente hasta aquí es adonde llegan en su interpretación del *nihil tam voluntarium quam religio* la casi totalidad de quienes lo pronuncian. Y, francamente, jamás ha podido decirse de ningún soldado que haya sido libre: los soldados no disponen de sí propios, no se pertenecen; pertenecen á quien los manda, sea Cristo, Mahoma ó Napoleón. Y como los militares no forman parte del ejército sino corporalmente, sin haber penetrado en él, en su sustancia interna, ni haberse identificado con su espíritu y con sus fines, porque esto es cosa reservada al que lo levanta, lo mueve y lo dirige, de la propia manera los fieles de las religiones no son religiosos de ellas, contentándose con formar corporalmente en el seno de las mismas y con gustar sus despojos exteriores, su cáscara: los sacramentos, las ceremonias de toda clase, el culto externo. Por eso se atreven á llamarse, verbigracia, «buenos cristianos» los que se limitan á cumplir con la exactitud más rigurosa las prescripciones eclesiásticas; pero como el soldado cumple las de la ordenanza, hasta farisaicamente muchas veces, sin ahinco, porque hay obligación de hacerlo, con el alma en otra parte, sin tenerla removida por el ardor ni atravesada por el dardo de la amargura, el amor, el anhelo infinito...

Enteramente lo mismo acontece en los otros órdenes en que se proyecta nuestra conducta. Apenas hacemos nada sino por rutina, por tradición, por imitación, renunciando á buscar por nosotros mismos las soluciones y las reglas del obrar, para entregarnos atados de pies y manos al arbitrio más ó menos discrecional de otras personas. ¿Cuántas de éstas merecen realmente el dictado de originales? ¿Cuántas agitan con libertad su espíritu y vuelan con sus propias alas, sin andadores ni guías? La pereza mental y el misoneísmo nos dominan á todos, lo que quiere decir que todos estamos ligados y esclavizados por influjos extraños. Más nos place, de ordinario, encontrar hechas las cosas que no hacerlas; más aún que descalabazarnos en buscar nuevos procedimientos, repetir y utilizar los ya inventados. Como no fuese por el impulso de la necesidad, que nos está agujoneando á todas horas, poco podría ser lo que nos aventurásemos en persecución de mundos desconocidos.

Mucho es lo que se preconiza la independencia de espíritu en buen número de cosas, y lo que se protesta y grita contra la sujeción. Se trata de ahuyentar el espectro del *magister dixit* en la enseñanza, signo de esclavitud mental. Se proscribía á menudo, por razón idéntica, todo dogmatismo, sea científico, artístico, ético, político ó religioso. Se pretende dar de mano á las fórmulas hechas de toda clase, verdaderos cuerpos muertos, para que cada uno se entregue en todo caso á la labor de perseguir por sí propio la norma ó la solución que busca. Nada de credos cerrados, de preceptivas, de organizaciones imperadoras, de textos, de leyes y constituciones, de estatutos, de evangelios, todo lo cual supone sacrificio de la individualidad libre é independiente, en aras de la voluntad ó los intereses de otros. Basta de catecismos, de prontuarios y epítomes, de códigos comentados ó sin comentar, de reglamentos, bandos y autoridades que nos digan lo que debemos creer, saber y obrar, porque tales cosas, para no ser siervos de nadie, hemos de averiguarlas nosotros mismos, cada cual á su

modo y según pueda. La ética, la religión, las ciencias, las artes, las industrias, los oficios, la educación, el aprendizaje, habrán de ser individuales puramente y siempre nuevos, so pena de sufrir unas personas el yugo de otras y de perder, por consecuencia, las primeras su libertad. Desde el instante en que recibamos lecciones, doctrinas, reglas procedentes de otros, quedamos entregados á ellos, perdiendo el autodomínio. Enajenamos la personalidad nuestra, lo más íntimo y privativo, para rendirnos ante un ídolo ó un amo. Las fórmulas desprovistas de sustancia para el que las recibe y cumple vuelven á recobrar su imperio. Solamente podría darse el dictado de hombres libres á los que no hicieran caso alguno de ellas, á los que rompiesen en absoluto con toda convención social, con toda costumbre, con toda tradición, con todo lazo, incluso los lazos de familia y de convivencia; á los que no recibiesen el menor auxilio directivo de nadie y aplicasen el reactivo de la crítica á todo producto que encontraran ya formado, fuese el que quisiera.

Pero el llegar hasta aquí parece imposible. Traería ello consigo, probablemente, la disgregación de toda la vida social, la que, por lo tanto, se alimenta de la esclavitud de todos y es incompatible con la libertad de los hombres. Uno de éstos que pretendiese guiarse siempre por su sola razón y por sus impresiones y juicios personales, habría roto desde el primer momento sus relaciones todas con los otros individuos. No le sería dado ni aun comunicarse con éstos, porque el lenguaje de que se sirviera por fuerza tendría que ser convencional, recibido de otros, constituido por un conjunto de fórmulas y reglas aprendidas y de las cuales haría uso sin haberlas inventado, como se hace uso de las monedas que pasan por la mano de uno. Y lo que con el lenguaje, pasa con mil otras cosas.

La esclavitud se presenta como inexcusable condición de la vida. Aun los que presuman de más libres, son esclavos. Y es muy de notar que los éxitos sociales están, al parecer, en razón directa del grado de esclavitud existente. Toda agrupa-

ción social bien organizada y disciplinada tiene seguro el éxito, como las de mala organización y poca ó ninguna disciplina van á un fracaso inevitable. Mas sabido es que la organización y la disciplina representan sumisión y *capitis diminutio*, tanto más acentuadas cuanto mayor sea la intensidad de aquéllas. No habrá habido muchas sociedades que hayan logrado tanto predominio en el mundo como la Iglesia católica, y ya se sabe lo vigorosa que es su organización, lo férreo de su disciplina, lo incondicionalmente que exige á sus fieles que abduquen de su propio criterio y se entreguen rendidos y sin voluntad á la dirección de sus pastores y guías, igual que luego éstos lo han de hacer con respecto á sus superiores jerárquicos, y todos ellos con respecto al Papa, jearca supremo. Sin la dureza y la intolerancia, sin las definiciones dogmáticas cerradas, invariables, indiscutibles; sin las excomuniones y persecuciones de herejes, de relapsos, de insumisos, ¿qué suerte hubiera corrido la Iglesia católica? Admitido en ella el libre examen, la discusión libre, la crítica libre de sus cánones, de sus dogmas, de sus enseñanzas; respetada y no comprimida la personalidad de los individuos y el derecho de cada uno de ellos á formarse su credo propio y su iglesia privativa, la Iglesia católica no hubiera podido ser la fuerza social que ha sido en el curso del tiempo, ni aun quizá hubiera logrado mantenerse en pie. Las herejías y rebeldías, respetadas y toleradas, habrían originado en su seno tal efervescencia, tal exceso de movimiento, de crítica, de vida, que no hubiera tenido consistencia bastante para resistirlo, y se habría disgregado ó habría persistido lánguida y anémicamente, sin que se notara apenas su existencia. Porque ella misma lo comprende así y ve dónde se halla el peligro, se resiste á mudar de táctica y de conducta, y no quiere oír hablar de libertad é independendencia, ni consiente en su gremio más que esclavos incondicionalmente sometidos, esclavos espirituales, aunque también corporales, como testifica de ello la antigua «unidad» religiosa, con su intolerancia y su merma de derechos en los infieles y en los herejes. Jamás ha podido sufrir

la Iglesia una herejía. Las ha perseguido sin contemplaciones. La herejía representa heterodoxia, y la heterodoxia significa independencia de espíritu, como la ortodoxia significa servidumbre. Declararse ortodoxo, hijo sumiso de la Iglesia, fiel creyente en cuanto ésta enseña y practicante incondicional de lo que manda, es ser «un buen católico»; pero ¿es ello, acaso, ser persona, y persona dotada de los atributos que se suele decir que la constituyen, entre ellos como fundamental el de la libre independencia?

He dicho que en otras esferas sociales acontece lo mismo. La eficacia de toda agrupación social depende del grado de esclavitud de sus miembros. Escuela científica sin adeptos, ó que aun llamándose tales no acepten las doctrinas del fundador en toda su literal pureza, permitiéndose criticarlas, añadirles, rectificarlas en todo ó en parte, no logrará mucho arraigo. Hay que abrazarse á la bandera del jefe, y seguirle con los ojos cerrados, y jurar en su evangelio, y defender á todo trance sus enseñanzas; en cuanto se disienta de él empieza la crisis de la escuela, y por lo mismo la debilidad. Esto ha pasado, v. gr., con el marxismo, que en tanto ha sido fuerte en cuanto ha tenido su Biblia, sus definiciones dogmáticas y sus concilios, que declaraban heterodoxos á los rebeldes y les imponían el dilema de la sumisión ó la expulsión. Por esta causa y por otras parecidas han dicho muchos del marxismo que era una religión y una iglesia. Tan luego como ha empezado á haber herejes en el socialismo marxista, se ha hablado, con razón, de la «crisis» por que éste atraviesa, y se ha vaticinado su decadencia y su muerte. La cual no sobrevendrá mientras haya quien sostenga el credo íntegro y declare excomulgados á quienes no lo acaten.

«¡Pobre humanidad—podrá argüirse, y con razón,—si estuviera condenada á vivir á este precio! Sus energías todas vendrían á quedar petrificadas, anquilosadas, inactivas, por compresión violenta. Un estancamiento mortal sería inevitable, y con el estancamiento la ruina. Menos mal que hay quien lo

impide. Gracias á los heterodoxos, á los herejes, á los descontentos, que de vez en cuando remueven las aguas cenagosas, abren un boquete en el charco para darles salida y hacen penetrar nuevos torrentes purificadores.»

Efectivamente, hacen falta esos agitadores, revolucionarios, anarquistas, que ahogándose en el pantano, al buscar salvación y pedir aire para respirar, todo lo trastornan y no dejan títere con cabeza. Esos suelen ser los propulsores del progreso y de la nueva vida, los inventores de nuevas formas, los fundadores de instituciones nuevas, los espoleadores de la humanidad fatigada é indolente. En cosa alguna hubiera quizá dado un paso ésta á no ser por ellos. No es otra la razón de que muchas personas de estudio, sociólogos, historiadores, psicólogos, filósofos, piensen y declaren que los grandes hombres, los héroes, como los llaman algunos, son los verdaderos sujetos de la Historia, y que á ellos exclusivamente es á quien se debe que marche el mundo. Y lo cierto es que si esta concepción aristocrática de la vida social, que por el momento nos es imposible discutir, no representa por completo la verdad, debe de acercarse un tanto á ella. Si el tren de la vida social necesita para ir adelante de dos fuerzas que se contrapesan y auxilián, aun cuando parezcan contrarias, el motor y el lastre, el ansia de mejoramiento y la acción gravitadora de la tradición, una de esas fuerzas está representada por los innovadores, los caudillos arriesgados, los despreciadores de las reglas hechas y los caminos trillados, los exploradores de horizontes nuevos y de nuevas vías.

Mas no se puede olvidar la otra fuerza, como á menudo pasa, por parte sobre todo de aquellos á quienes les embriaga el «heroísmo» y la «superhombría». Como no hay esclavo sin señor, tampoco es concebible el señor sin el esclavo. Son términos que se atraen y complementan. De suerte que para que exista una «moral de señores», un modo de acción para los escogidos, forzosamente tiene que existir también otra moral que forme juego con ella: el modo de obrar de la masa, modo

de obrar ciego, encarrilado, regulado en todo, tradicional, rutinario, sin osadías ni riesgos.

Pero rutinario y todo, inmensamente inferior al otro si se quiere, no es menos indispensable que él. No podemos ser todos capitanes de barco: también hace falta la tripulación y los pasajeros, que se dejen mandar y guiar. Si fuésemos todos novadores y fundadores, la innovación, invención ó fundación de cada cual no duraría sino cuanto él durase. Huyendo de toda esclavitud, no aceptaríamos nada de nadie. La continuidad de la Historia quedaría rota. Cada hombre tendría por fuerza que comenzarla de nuevo. Nos consideraríamos humillados, heridos en nuestra libertad é independencia, que cuidaríamos de conservar muy celosos, desde el instante en que de cualquier manera nos guiase alguien distinto de nosotros mismos, desde el momento en que defiriésemos á las enseñanzas, las indicaciones ó los consejos de otra persona, cuanto más á sus órdenes. El libre, para serlo de verdad y completamente, no es de nadie: sólo puede ser de sí propio. Esto sí que sería un tejer y destejer continuo. No podría hablarse de herencia social, de tradición social, artística, científica, religiosa, industrial, trabas inadmisibles. ¡Calcúlese qué progreso científico ni de ninguna otra especie podría haber de esta manera! ¿Han pensado bien en ello los que tan frecuentemente están pidiendo libertad é independencia, no ya tan sólo para sí, sino para todo el mundo?

Resulta, pues, según parece, un elemento inexcusable el de la sumisión y la organización. Cuanto mayores sean éstas, más eficacia y poder alcanzarán las invenciones. Cuando una novedad, sea del orden que sea, encuentra adeptos, es decir, esclavos, ya tiene asegurada la vida, mientras no la abandonen. Y su dominio será más indiscutible y rápido cuanto más incondicionalmente la abracen y se sometan á la voluntad del inventor ó de quien le represente. Sólo subyugando inteligencias, corazones, voluntades, llegan las herejías, las heterodoxias, los atrevimientos, perseguidos en un principio, á conver-

tirse en verdades respetables sostenidas por una minoría cada vez mayor, y á gozar por fin del predominio absoluto é indiscutible, como verdades de sentido común y de clavo pasado. Y sin esto son rayos de luz, á veces potentísimos, pero que se extinguen al momento, sin dejar huella. Cuando nos quejamos, verbigracia, cosa que de vez en cuando hacen los periódicos, de que ciertas laudables iniciativas de los gobernantes ó de los genios no encuentran ambiente en la masa social, la cual las recibe con indiferencia, cuando no hostilmente, ¿qué hacemos sino formular protesta porque la masa dicha no se deja domeñar, y prefiere mantenerse independiente?

Quizá en ninguna otra cosa ni relación se vea tan claramente lo que antes se dice, esto es, que la eficacia de las instituciones, fuerzas y factores sociales depende de la organización y la servidumbre borreguil, como en lo que atañe á los partidos políticos. Serán fuertes, y adquirirán preponderancia y dominio, ora dentro del gobierno, ora fuera de él, en la oposición, los que sepan conservar la disciplina. De otro modo no les hace caso nadie, si es que pueden siquiera subsistir. Pero la fuerza de los mismos, más aún que del número de afiliados, proviene de la cohesión que entre ellos exista, dependiente ante todo de la autoridad del jefe y del grado consiguiente de sujeción en que les tenga. Los partidos con jefes muy autoritarios son los más disciplinados y poderosos. No hay en ellos sino una sola voluntad, que puede mover como le plazca á los adeptos. Si alguno se rebela ó desobedece las órdenes del jefe, se le expulsa ó se le castiga de cualquier otro modo. Ocurre lo mismo que en el ejército. Y desgraciado de aquel ejército donde los soldados ó los oficiales sometidos al general en jefe pudiesen discutir las órdenes del mismo, criticarlas y negarse á cumplirlas. En el ejército, como en el partido (como en la escuela científica, como en la confesión religiosa), no puede haber más que una cabeza que guíe á las demás y les imponga, quieran ó no, su criterio. Muchos de los subordinados podrán no hallar acertadas las disposiciones y

resoluciones del jefe, y hasta podrán permitirse censurarlas *sotto voce*; á pesar de todo, tendrán que acatarlas, deponiendo su propio juicio en aras de la victoria, imposible de otra suerte. No parece posible que haya partidos, ni ejércitos, ni iglesias, sino con esta condición. En cuanto los afiliados ó alistados se sientan hombres libres, esto es, en cuanto se sientan jefes y dueños de sí mismos, y no quieran plegarse ante los mandatos ajenos sin otra consideración que porque proceden de la autoridad legítimamente establecida; en cuanto se permitan darse cuenta de la racionalidad íntima del mandato, para cumplirlo si lo estiman prudente, y no cumplirlo en el caso contrario, desde ese momento la agrupación social en que tal cosa suceda está condenada á morir, y á morir muy pronto. Aquí está el gran peligro para esos partidos contemporáneos formados á modo de una colonia de grupos políticos independientes, de procedencia y origen muy diverso, con programa propio, en que la mayor parte de los afiliados aspiran á la jefatura ó, al menos, á ejercer su acción como cabecillas sobre un coto redondo ó un puñado de amigos; partidos compuestos de retazos de otros partidos, y que pudiéramos decir que son acéfalos, porque el jefe (que á veces no lo tienen único, sino dual, ó trino, ó un directorio ó comité) no dispone de autoridad, ó la que le han conferido es efímera y condicional. Aquí está el peligro, de igual modo, para los partidos que se llaman democráticos y que pretendan realmente serlo. Tratan de unir dos cosas incompatibles. En cuanto partidos, tienen que ser autoritarios, autocráticos, rebaños de carne humana; en cuanto democráticos, han de rechazar la esclavitud bajo todas sus formas, y, por consecuencia, tienen que dejar de ser partidos. De aquí la posición singularmente difícil de los que los defienden y pertenecen á ellos. Si algún afiliado se engalla y hace de las suyas, sin atenerse al programa del partido, á las conveniencias de él, á las órdenes del jefe, los demás piden á éste «un acto de energía» para con el remiso, y le apellidan débil é inepto para el cargo cuando no lo hace así; por el

contrario, si el jefe se comporta como tal y ahoga toda rebel-
día ó desobediencia, se le moteja de «insoponible», de «des-
pótico», «antidemocrático» ó «iliberal». Advirtiéndole que algo
de esto tiene que pasar en todos los partidos políticos, porque
todos son y quieren ser más ó menos democráticos. Si las cues-
tiones políticas no fuesen, como se suele decir, «materia opi-
nable»; si tuvieran carácter dogmático, como ocurre en el or-
den religioso, entonces los preceptos ú órdenes del jefe ó de
las asambleas de un partido tendrían derecho á exigir la obe-
diencia y la sumisión incondicionales, por lo mismo que los
dichos jefe ó asambleas hablaban en concepto de órganos de
la verdad absoluta é indiscutible. Pero no siendo así; recono-
ciendo, por el contrario, la propia falibilidad y la consiguien-
te equivocación posible, ¿en qué ha de poder apoyarse un jefe
de partido, aun el del más reaccionario y absolutista, para
exigir de sus subordinados una adhesión y una obediencia cie-
ga á las decisiones que le plazca tomar?

Sin quitar punto ni coma, es aplicable cuanto acabamos
de decir á esa potente organización política que se llama el
Estado. Siempre ha venido aquí puesto el problema de concii-
liar la libertad con la autoridad y con el orden, sin haber po-
dido lograrlo. Porque el orden y la autoridad, ó lo que es lo
mismo el Estado, imponen esclavitud, anulación más ó menos
completa de la personalidad libre del súbdito, cuya condición
social expresa bien claramente la palabra con que se le nom-
bra. Un hombre libre de verdad y de verdad independiente
tiene que aborrecer al Estado, que con su organización coer-
citiva pone trabas por todas partes al desplegamiento libre de
su personalidad. Quien dice Estado, dice por fuerza esclavi-
tud, y la esclavitud estorba la libertad. Porque eso de que
bajo la ley y con la ley es uno más libre que sobre ella y sin
ella, es una tan antigua como bonita paradoja á que se aferran
como á buen escudo salvador los dominadores y también mu-
chos de los dominados que piensan salir así airosos del apuro
en que se encuentran metidos. Pero las paradojas suelen encu-

brir pobreza de razonamiento; y cuando á veces se las desentraña, advierte uno lo vacío de su fondo. Son á menudo recursos ingeniosos para escapar del compromiso mental en que uno se ve, pero nada más. Y eso ocurre ahora. Las leyes políticas, como en general todas las leyes, no dan la libertad ni la favorecen: la ahogan. Las leyes representan la voluntad más ó menos arbitraria de los que mandan, y son para los sometidos á ellas la imposición de juicios ó criterios extraños á que tienen que deferir, quieran ó no, prescindiendo de su criterio propio. La ley supone para los de arriba un cálculo previsor de la futura conducta de los de abajo, y para estos últimos una regla de que no pueden impunemente separarse. Hay aquí una sustitución de la personalidad propia del súbdito por la personalidad del legislador, soberano ó autoridad. Y esta sustitución implica innegablemente ligadura y servidumbre de un lado, y preponderancia, dominación, del otro. Por eso protestan y han protestado los libertarios de todos los tiempos contra la existencia del Estado, que desean abolir para ser libres; y por eso también los mismos defensores de su existencia han querido trazar con exactitud los límites dentro de los cuales ha de contenerse su acción para no comprimir demasiadamente la libertad y la individualidad de sus miembros.

Pero sin el Estado, es decir, sin algún Estado, sea éste ó el otro, organizado de tal ó cuál manera, despótico ó liberal, ¿se podrá vivir? ¿Habrá manera de que todos los hombres hagan únicamente su voluntad, sin atender nunca las prescripciones, indicaciones ó consejos de alguna ó algunas voluntades ajenas? Esta sería la situación de anarquía completa, la total independencia de cada uno frente á los demás; total independencia, que acaso llevara consigo la ruptura de toda relación con el prójimo, porque el estar ligado con ellos, aun cuando no sea por constreñimiento autoritario, aunque sea por voluntad propia, supone obligación, miramientos, atenciones, y toda obligación arguye servidumbre. Aun proscritas las autoridades propiamente dichas y las leyes ó mandatos provinientes

de ellas, ¿quedaría proscrita la esclavitud que envuelve el Estado, quiero decir, el simple hecho de la convivencia social?

Creo que es preciso llegar más adelante todavía. Como queda dicho, cada uno es dueño de fundar una religión para su privativo uso, y aun sería el ideal que la fundase y que al morir él acabara también la existencia de su religión. Todo lo que no sea esto es carecer de libertad religiosa. Pero la mayoría de las gentes renuncian de buen grado á esta libertad que les corresponde y se constituyen en siervos voluntarios de cualquier religión ya fundada y dirigida por otros. El fundarse uno su religión supone un esfuerzo que no todo el mundo está en disposición de hacer; bien por el contrario, lo que anhela es que le presenten credos religiosos ya concluidos, para prestar su adhesión y rendirse ante el que mejor le plazca. «La religión, que la funden, sostengan y defiendan otros, se dirán las gentes allá en sus adentros; á nosotros sólo nos toca comulgar con lo que nos den sus sacerdotes y legítimos ministros. Ellos son los que deben elaborar las doctrinas y resolver las dudas; ellos, los doctores de cada iglesia, se tomarán el trabajo de pensar por nosotros, ahorrándonos esfuerzo.» Y en verdad que si no fuera así, y nadie defiriera á las enseñanzas religiosas ajenas, poquísimos individuos podrían tener religión. Hace falta, para que nadie carezca de ella y todos satisfagan la necesidad que la religión implica de explicarse en alguna forma el misterio del mundo, hace falta que haya, por decirlo así, fabricantes y comerciantes de religiones que ofrezcan á los que no la tengan un yugo religioso donde quedar aherrojados por su voluntad propia, que defiendan la pureza y la ortodoxia del alimento espiritual que suministran después á quienes no han tenido parte alguna en su elaboración, y que lo sostengan contra los ataques y la competencia de los adversarios.

Pasa lo mismo en el orden político. Si cada uno se fundara su propio Estado y se diera sus propias leyes, normas de su actividad, y se constituyera en autoridad y soberano de sí mis-

mo, podrían estar de más para él todas las leyes que otras autoridades ó soberanos externos pretendieran imponerle. Mas no es así. No es capaz el hombre de vivir sino en comunión con sus prójimos, no es capaz de vivir sin Estado; y no pudiendo todos nosotros encontrar con nuestro solo esfuerzo y nuestras solas luces el pequeño Estado dentro del que hemos de guiar voluntariamente nuestros pasos, nos encomendamos á la dirección de alguien que mantiene y rige un Estado grande, cediéndole en buena parte los fueros de nuestra personalidad libre. Los soberanos y las autoridades políticas y administrativas son como fabricantes y comerciantes de Estados que ofrecen su mercancía esclavizadora á quienes no saben pasarse sin ella. Y los compradores se creen libres para acercarse á tal expendedor de específicos políticos ó á tal otro, á este dispensador de leyes ó al de más allá; mas no piensan que puedan prescindir de todos. Sin Estado, y Estado autoritario y coactivo, que les esclavice y oprima de mil modos, no saben vivir. Todos cuantos creen necesario el Estado de que se trata, que son la gran mayoría, y cuantos creen necesario el Estado en general, ya tenga un carácter y una forma, ya otra distinta, todos piden la esclavitud humana y gritan á grito pelado: ¡vivan las cadenas!

¿No tienen mucha razón al hacerlo así? ¿Cuál hubiera sido y cuál sería hoy aún la suerte de la humanidad, si el Estado esclavizador de hombres no hubiese existido, ó si desapareciera de nuestra vista? La contestación que se dé á esta pregunta tiene que ser hipotética y aventurada. Con todo, parece que las grandes obras sociales, de que á menudo se enorgullecen los hombres y cuyo conjunto constituye la llamada civilización, no se habrían ejecutado. El Estado, con su organización absorbente y su poderosa fuerza coercitiva, ha obligado á los hombres á llevar á cabo multitud de cosas útiles para ellos mismos, que, entregados á su libre iniciativa y discreción, ni siquiera hubiese nadie pensado en realizarlas. Y si bajo el nombre de Estado se comprende no tan sólo las agru-

paciones políticas que á través de la historia han ido apareciendo, con sus gobiernos respectivos, sino toda manera de dominación é imposición coercitiva de unos hombres sobre otros, quizá quepa asegurar que nada de cuanto hay en el mundo social, ninguno de los productos que la historia ha ido almacenando y poniendo á disposición de los hombres mismos para que los utilicen y mejoren su suerte, hubiese llegado á ser un hecho sin el Estado. Notemos que, según se dice á todas horas, en la sociedad como en la naturaleza, la vida es lucha, y la lucha es incompatible con la libertad, porque supone victoria y, consiguientemente, prepotencia y sumisión. ¿No tendremos que reconocernos deudores de todo progreso y todo adelanto á la esclavitud, en vez de serlo á la libertad? Yo dudo bastante sobre esto. Siempre que en periódicos, en discursos ó de cualquiera otra manera veo que se proclama ó invoca esta última, desfilan por delante de mi espíritu estos problemas.

Yo soy muy amante de la libertad. No solamente la razono, sino que la siento, ó acaso sería más acertado decir que la siento mejor que la razono. Me subleva el ánimo toda clase de sumisión y servidumbre. Cuando leo, v. gr., lo que se hace, se dice y se escribe acerca del rey ó de cualquiera otro poderoso, me indigno y me sublevo desde lo hondo del alma, y casi me avergüenzo de ser hombre. Pero también reflexiono que puedo hallarme equivocado, que quizá vea yo las cosas muy parcialmente, y que acaso sea bueno que suceda lo que sucede y que haya en el mundo tanta doblez, tanta sumisión, tanta humillación y tanto espíritu servil como nos tropezamos por todos los lados.

P. DORADO

ESTUDIOS ARTÍSTICOS

HUMORISMO Á LA ESPAÑOLA

Es singular, solariego, modalidad artística muy nuestra, el humorismo en las letras españolas. Si tiene puntos de contacto, leves semejanzas en el carácter, nunca llega á confundirse con el *humour* de las literaturas extranjeras. Tiene el nuestro la entraña filosófica del humorismo en tudescos y sajones, y á la vez la gracia y el donaire francamente cómicos de los latinos. Es una mezcla extraña que produce un arte original, amargo en el fondo, retozón y regocijado á flor de estilo.

De las razas del Norte, nuestros literatos y nuestros pintores, antaño como hoy, parecen haber recogido la penetración intelectual, el sentido crítico, esa especie de lógica absurda con que el pensamiento ordena los más contradictorios hechos humanos, y sabe desentrañar la flaqueza, el convencionalismo de cuanto se tiene por permanentemente inmutable en la vida. Del gran pueblo latino, el más artista de todos, propenso á la idealidad y el ensueño, ha tenido en herencia legítima, por razones étnicas, la vivacidad de ingenio, la *vis cómica*, la alegría de espíritu que no sabe más que reir, y que hasta en la miseria moral de los seres halla motivos para burlar á todo evento.

En los septentrionales el humorismo es filosófico, hondamente subjetivo, mientras que entre los latinos acusa frivoli-

dad mental y es objetivo, con relieves caricaturescos y sentido satírico.

Ritcher, entre los alemanes, es su verbo. Su estética contiene todos los principios del humorismo. Ruskin ha desentrañado su carácter declarando que nace del «ideal grotesco» en el arte, mientras que Ritcher indica, por su parte, que el *humour* es lo «cómico romántico».

Se advierte en esta modalidad artística cierta exaltación, algo incoherente y desordenado á veces, como pesadilla de enfermo ó delirio de vesánico.

El arte del humorista necesita encerrar ideas. En la caricatura predomina lo grotesco, y en lo cómico todo lo francamente risible.

El humorismo es satírico, pero no la sátira misma, aunque revela algunos caracteres de ella. La sátira es grave: truena contra los vicios, y los sube á lo alto de la picota para ajusticiarlos.

¿Hay conceptos que parecen indestructibles? Pues el humorista los burla y los muestra deleznable. ¿Hay sentimientos que se reputan sólidos? Pues él descubre la facilidad con que se subvierten. Mostrados á través del humorismo, los héroes de leyenda son gañanes con osadía; los malvados en el concepto público, en virtud de convencionalismos morales, fuertemente arraigados en la conciencia humana, preséntanse como hombres de corazón, verdaderos héroes, y así la santidad es egoísmo, el genio locura; todo subvertido y desvirtuado.

Ilógicos, al parecer, los humoristas muestran una lógica implacable; violadores de las leyes preestablecidas, producen-se como si las acataran. Sobre las más firmes creencias, como sobre los más hondos sentimientos, hacen caer su risa, que es al mismo tiempo una mueca de asco y un mohín de desdén.

El humorismo á la española es cruel, desoladamente doloroso en el fondo, aun cuando haya acertado á reír. Responde con acierto á la psicología nacional, al carácter de nuestro pueblo que engaña las tristezas íntimas, el dolor corrosivo que

lleva dentro, riendo y cantando, cantando, con música que parece llorar con grito doliente, coplas tristes henchidas de pasión, canciones de sangre y muerte.

A través de los siglos España mantiene ese carácter extraño. El espíritu nacional puede rastrearse cumplidamente, no á lo largo de la Historia muerta, centón de hechos cronológicos que sólo dan idea de nuestras venturas y desventuras, andanzas y malandanzas en el curso de los grandes acontecimientos humanos en que, allende las centurias, tomamos parte. El alma española, la fisonomía permanente de nuestro pueblo, se debe buscar en la historia viva, por dentro, en el vivir mismo de la raza, que el arte ha perpetuado en la novela, en el teatro, en la pintura. En punto á psicología nacional, por impulso atávico, aún permanecen en pie caracteres indestructibles, que si el tiempo ha disfrazado, en el fondo sostienen todavía la índole espiritual singularísima.

«España—ha dicho Villete—no es ya el país de los moros, pero es aún el país de la muerte.»

Los hombres que ayer corrieron la tierra en son de conquista guerrera, ávidos de sangre, soldados á sueldo, contentos con los espectáculos de muerte, la espantosa carnicería humana sobre los campos de batalla y entre las ruinas humeantes de las ciudades, cuyos muros se toman por asalto y se entran á saco para después de recogido el botín incendiarlas, que fueron con Gonzalo de Córdoba á Italia, con Alba á Flandes y con Cortés á América, han dejado en herencia el viejo espíritu sádico á los hombres de hoy, los que Merimée ha visto contemplando los ajusticiamientos; los salteadores de caminos, trabuco al brazo, de que habla Gautier; los penitentes con el recio madero de la cruz al hombro, que desuella la piel, y los pies descalzos y sangrando, que ha pintado Verhaeren; los que se emborrachan con el olor de la pólvora, presintiendo muertes trágicas, y que en tierras levantinas han entusiasmado á Lorrain.

La vieja nota macabra, que también caracteriza el alma

española, la que hizo pintar cadáveres al pincel de Valdés Leal, se da todavía en la realidad de nuestro vivir nacional.

La psicología del pueblo español no se ha modificado en el curso de los años, ni merced á las graves contingencias históricas por que la raza y el solar han ido pasando. Si algo se ha transformado, ha sido lo que alguien ha llamado «el color de los siglos». Nuestras costumbres actuales responden á un sentido atávico. Salvo el traje, el español de hoy se parece espiritualmente á sus remotos y á los más cercanos antepasados. Si no viste jubón ni gasta chambergo, como los españoles de antaño, allá por la décimasexta centuria, conserva el aire hidalgo, el punto de honra, el ímpetu fanfarronesco y de pendencia, y sobre todo el mismo sentido de vivir. Sigue devoto de los lances de amor y fortuna; si no conserva el ingenio de los pícaros, resiéntese de las hambres del antiguo hampón. Lo mismo que ayer iba á recoger la sopa boba á la puerta de los conventos, con desgana de trabajo, ansioso de holgar, va hoy, pedigüeño y mendicante, á rebañar las sobras del rancho cuartero.

Los tipos no han perdido ni su catadura moral ni su continente airoso.

«Conocemos la vida de aquel siglo (xv)—escribe Picón—por los viajes de los extranjeros, que solían exagerar ó mentir; por los documentos de los archivos, que hablan con seca y desabrida elocuencia; por el teatro, en que la imaginación es señora; por la novela picaresca, que sólo resucita tipos de una clase social; por los escritores que, siempre con sentido especialmente devoto, se complacían en censurar las costumbres, describiéndolas de paso; pero los pinceles, tercos en esquivar toda representación de cosa vulgar y profana, nos dejaron poquísimos datos referentes á la manera de vivir, los trabajos, oficios, diversiones, casas, habitaciones, muebles y ropas de aquellos caballeros y soldados, clérigos y estudiantes, mercaderes y mendigos, damas y aventureras, cómicos y beatas, dueñas y criadas, cuyo abigarrado conjunto conocemos sólo

moralmente, gracias á Cervantes y Quevedo, Tirso y Lope, Zabaleta y Salas Barbadillo, porque los pintores, limitados á la representación convencional de lo sagrado, despreciaban lo profano.»

Pues bien: en el arte de nuestros grandes novelistas y pintores, allende los siglos, surge rediviva la España vieja, con la costra de sus miserias y el largo quejido de su hambre no satisfecha. Allí ha quedado la psicología de un pueblo envilecido y se siente el áspero crujir de una nación con grandezas de bambolla que se resquebraja, se grietea, en rápida decadencia.

El humorismo de nuestros artistas pinta el estado de alma nacional, doliente en el fondo, donosa y chispeante al exterior. Parece la voz de un pueblo envilecido, que al sol se rasca la lepra, como Job en el estercolero, y divierte las hambres y entretiene las comezons morales del deshonor en que ha caído, aventando las miserias, manteándolas con regocijo ante el público, como hicieron los arrieros con Sancho en el corral de la venta.

No hay más que fijarse en nuestro teatro clásico. Damas y galanes pasan por él solazándose con metafísicas amorosas, con sutilezas y discreteos. No hay en ellos verdadero brío espiritual, pasión.

Cierto que alguna vez los caballeros desenvainan la tizona y riñen en duelos á muerte. ¿Por qué? Nunca por un instintivo impulso que los obliga á afianzar su personalidad en la vida. Siempre los arrastra un vacuo concepto moral, el imperativo del honor, el «punto de honra», convencionalismo á la española, bien arraigado en la conciencia pública.

En torno á estos personajes de altura, hidalgos y ricahembras, anda la turbamulta villanesca, gente de ínfima condición social y moral, dueñas entrometidas, rodrigones de mala catadura, zafios que divierten con su imbecilidad pintoresca en oficio casi de bufones cortesanos, y truhanes que ponen sus servicios á sueldo y sus malas artes las saben hacer valer.

Cuando en el teatro clásico se va á buscar un sentido sano, algo de fuerza moral, es necesario buscarlo en los humildes, entre los villanos, en el corazón del pueblo. Y aun allí, ante el ambiente de corrupción y de violencias, se ve cómo las muchedumbres se amparan también en la violencia para restablecer el derecho perturbado. *Pedro Crespo*, alcalde de Zalamea, castiga su afrenta, cuando por los medios lícitos no puede dejar á salvo el honor de su hija burlada, mandando ahorcar al galán arisco. Las turbas, expoliadas por el corregidor en Fuenteovejuna, se conjuran con ferocidad homicida y asaltan el palacio y matan.

A secreto agravio corresponde secreta venganza; á la violencia se responde con la violencia. En todos se advierte el mismo espíritu de crueldad. La moral individual y la colectiva entrañan igual sentido.

Pero todavía en el teatro el fértil ingenio español hace obra de creación, trata de robustecer los caracteres trazándolos recios, con temple, como si por estos medios artísticos intentase intensificar el espíritu nacional. Con extravío ético, con perniciosa tendencia social, ó tal vez sin nada de esto, según el criterio que se quiera aplicar, es lo cierto que ni en la comedia ni en el drama, en nuestro teatro clásico, se acusa el humorismo corrosivo en que son maestros los novelistas y los poetas satíricos.

La psicología española está íntegra en la novela picaresca. Nuestro humorismo ha dado en ella la nota tragicómica, que es su característica. Saca á la superficie, para airearla entre burlas y sarcasmos, la basura social, el légamo infecto que se esconde bajo el pintoresco colorismo del vivir nacional.

Los pícaros del hampa, que encantan con sus aventuras en que el ingenio se pone al servicio del hambre, dejan una huella de amarga ironía tras de sus pasos. En las historias de estas vidas de pícaros, ¿qué se ve? Al pronto gente maleante, cuyas hazañas, más que á piedad, mueven á regocijo. Se sabe que padecen, pero ellos triunfan siempre á fuerza de agudeza

mental, de toda clase de quebrantos. Son, á su modo, triunfadores. Cierta que tras el éxito en un empeño, de nuevo otra desgracia mayor les sale al paso. Así van, á saltos, por la vida. Si son almas doloridas, que lo son, nunca se quejan ni se rebelan contra la inexorabilidad de sus tristes destinos. Se acoplan á las eventualidades de la existencia; viven al día.

Las desventuras de estos hampones divierten el ánimo. Cuando más en apurados trances se les ve, más nos regocijan.

Componen la hez social, pero son algo más alto, algo representativo. El alma popular española da á estos tipos el ingenio, la acometividad, la resignada mansedumbre. El hambre nacional ellos lo encarnan admirablemente. No son una clase; son todo un pueblo.

Así decía Ganivet: «en aquella época de ventura en que nos venía «oro de América», España fué simbolizada por un paisano nuestro, Hurtado de Mendoza, en dos tipos sorprendentes del *Lazarillo de Tormes*: el lazarillo es la mendicidad plebeya y desvergonzada; y aquel hidalgo que se enorgullece del fino temple de su espada y de sus solares imaginados, que sueña grandezas y se nutre—como en broma—de los mendrugos que recoge su criado, es la noble mendicidad».

Bien se advierte, desglosando el carácter de esta creación novelesca, un fondo amargo bajo la aparente frivolidad de las aventuras que narra.

Refleja la descomposición social de un pueblo que, caído en bajunas miserias, no siente alientos para levantarse y vivir con grandeza.

El humorismo, en este punto, llega á una agresividad sangrienta. Espolea, tras las risas, las cavilaciones dolorosas y crueles. En la envoltura de esos pícaros está íntegra el alma española. ¿Qué pueblo puede ser el que saca de su propio seno seres tan envilecidos, sangre suya, carne de su carne? Son todos de pésima catadura moral, de ínfima laya. Buscones, gauleotes, rufianes, fregonas, mozas del partido, ladrones, donados habladores, escuderos, lazarillos, racionistas, clérigos, dó-

mines, dueñas, rufos, cuadrilleros; todos hampones, todos pícaros.

Aunque respondan á distintos nombres, ya se llamen Guzmán de Alfarache, Ginés de Pasamonte, Marcos de Obregón, Rinconete, el buscón Pablos, el dómine Cabra, son de idéntica complexión moral. Roban, engañan, cometen toda clase de desafueros. Búrlanse de las leyes, de los principios éticos, de los convencionalismos sociales.

El humorismo de nuestros novelistas, tocados de cierto desencanto amargo, complácese en pintar estos tipos patológicos, desechos humanos. Hurtado de Mendoza, Espinel, Mateo Alemán, Quevedo y otros más, como que desahogan el llanto riendo. En vez de empeñarse con acometividad colérica en descargar latigazos contra el ambiente social en que vivieron, asoman al arte literario estos cuantos rostros de pícaros, con un bello gesto irónico para que hagan reir, despertando en los ánimos una triste jovialidad. Para ser en su humorismo más crueles, los seres que nos pintan ni siquiera un momento mueven á piedad. Nos regocijan sus aventuras, pero no compadecemos sus desventuras.

Quien más alto raya en punto á humorismo es Cervantes. Sin duda es el primer humorista en la literatura universal, aun contando á Shakespeare. Quizá no tan filósofo como el dramaturgo británico en *Hamlet*, es más comprensivo, de más amplia visión humana, la creación recia del ingenioso hidalgo de la Mancha, tocado de locura, empeñado en realizar un ideal imposible.

Cervantes, al crear la figura de *Don Quijote*, «vió cuanto en su tiempo era posible ver de la vida particular y general de un pueblo, y cuanto de la vida universal y eterna saben ver tan sólo los genios como él».

Si fué el propósito único del escritor burlar los libros de caballerías, hizo á la vez un libro de ironía española. Responde el espíritu quijotesco á la psicología de nuestro pueblo. Andantes caballerías eran entonces, y lo fueron siempre, nuestros empe-

ños de conquista, el ardoroso ímpetu de una nación de aventureros y soldados que soñaron sojuzgar la tierra, para, después de inverosímiles hazañas, ver cómo era una verdad dolorosa la cáustica frase de Quevedo. España, como los hoyos, era más grande cuanto más tierra se la quitaba.

Al espíritu español de entonces, entregado á los azares de conquista, pueden muy bien aplicarse las palabras de Barrés: «Por exceso de amor á la vida, Don Quijote camina hasta la muerte».

Un desencanto penoso surge de entre las páginas de la novela inmortal.

Don Quijote y Sancho son, á la vez, dos símbolos y dos individualidades humanas. Como en la vida lo ideal y lo real se entremezclan, así el caballero sin par y el zafio escudero llegan á compenetrar sus espíritus. La vida, siempre ilógica, nos muestra muchos casos paradoxales. La ley del contraste es eterna en la existencia de los hombres. Al lado de los mejores pensamientos van siempre las más ruines pasiones; de la mano andan por el mundo la alteza de ideales y las bajas miserias. Todo altruísmo encuentra por escudero un desencanto.

El humorismo un tanto pesimista de Cervantes ha empapado su libro con el sabor de esta implacable ironía sobre la frágil consistencia de los más altos designios humanos. La vida es una cruel antítesis, permanente é inexorable. La pluma del manco insigne la encarnó en seres vivos, en hombres de carne y hueso, para mejor hacérsola sentir y perpetuamente, con cierta tristeza desconsolada, hacérsola recordar. *Don Quijote y Sancho* se complementan.

«Cada rasgo del carácter y de la persona del uno—escribe Heine—corresponde á un rasgo opuesto y, no obstante, homogéneo del otro. Cada detalle tiene su significación parodiada. Y hasta entre Rocinante y el rucio reina el mismo irónico paralelismo que entre el escudero y su amo, y también muchos animales son, hasta cierto punto, simbólicos portadores de las mismas ideas. Lo mismo que en su modo de pensar, manifies-

tan amo y criado en su lenguaje las más notables antítesis.»

Las andanzas y desventuras del ingenioso hidalgo dejan en nuestro ánimo un sedimento extraño de simpatía y tristeza. No sabemos si reír sus locuras ó compadecer sus infortunios. Cuando el caballero manchego sale por la puerta del corral, cabalgando en su rocín, con las armas viejas vestido, su talante nos mueve á burla. Presentimos los descalabros que le esperan al rodar por ventas y caminos. Para satisfacer agravios y castigar sinrazones, alto ideal de justicia humana, desde luego comprendemos que es poco el valor de su brazo y lo frágil de su lanza. Por eso le compadecemos. No obstante, en el fondo de nuestro corazón sentimos cierta magnífica admiración por aquel héroe, todo fantasía y denuedo. Lo que no alcanzará, pensamos, la mohosa espada, quizás lo realice el ímpetu generoso que lleva en el alma. Bien pronto la realidad, con sus amargas lecciones, nos deja el primer desencanto con la primera aventura, fatal para el valeroso hidalgo.

Si Cervantes sólo se propuso hacer reír, es lo cierto que consiguió también hacer lastimar de misericordia. En esa extraña paradoja artística estriba toda la fuerza de su humorismo. Bien la ha estudiado Paul de Saint-Victor. «Si *Don Quijote* no fuera más que una caricatura, no hubiera encarnado tanto en la simpatía de la humanidad. La imaginación humana es en el fondo triste y seria. De los seres ficticios, sólo admite en su intimidad á los que le conmueven ó á los que le ennoblecen. Los bufones que tienen genio son con frecuencia favoritos suyos; como los reyes de la Edad Media, les permite toda clase de licencias, y su compañía le complace; pero aunque son sus favoritos, jamás llegan á ser sus amigos. La alegría que inspiran está mezclada de desprecio; alegran el espíritu, pero el corazón permanece cerrado para ellos... Lo contrario sucede con *Don Quijote*: nos conmueve distrayéndonos; se hace respetar haciéndonos reír, y los burlones más endurecidos comparten secretamente sus infortunios.»

Y luego, más adelante, añade el mismo crítico: «La cre-

ciente simpatía que inspira Don Quijote redobla la compasión que excitan las mixtificaciones que le hacen sufrir; los muleteros que le apalean están en su derecho porque él los ataca; pero los grandes señores que se burlan de él con el objeto de divertirse, sublevan el corazón. Esa plebe vestida de seda está por debajo de la canalla andrajosa. Causa indignación verle enjaulado, como animal que se enseña en feria, por un cura pedante y un barbero bufón. Causan desprecio el duque y la duquesa, hipócritas que lo llevan al castillo para entregarlo á las risas de las dueñas, á las malicias de las doncellas y á las burlas de los lacayos. La parte más dolorosa del libro es aquella en que Don Quijote sirve de juguete á unos hidalgillos de provincia que le sacan á escena como á un *gracioso*.»

El humorismo á la española, que en la obra genial de Cervantes tiene su más alta representación, entraña un dejo de piedad que no se encuentra en ninguna otra literatura extranjera.

Los mismos pícaros, que tanto nos divierten, nos obligan también á consolarnos misericordiosamente de sus desdichas. Son ladrones, forzados al oficio. La vida no les ha enseñado otros caminos que el hurto para poder vivir. Su maligna condición la adquieren en el trato social y en el comercio diario de la existencia. En otro medio sus cualidades morales se desarrollarían bajo una recia disciplina de virtud. Hampones, sin poder redimir la suerte adversa, profesan como pícaros.

El buscón Pablos dice: «tuve siempre pensamientos de caballero». Luego, forzado á hampar, hijo de ladrón y hechicera, forma firme resolución de vivir, sea como sea. Y entonces añade: «vine á resolverme de ser bellaco entre los bellacos y más, si pudiera, que todos».

Casi idénticas, por lo menos en su sentido, son las palabras de Alfarache: «bueno es tener padre, bueno es tener madre, pero el comer todo lo tapa».

Estas vidas desquiciadas, que por virtud de las circunstancias adquieren un curso curvilíneo, mueven á lástima sincera y necesariamente son compadecidas.

Piedades pide la triste y maltrecha figura del ingenioso hidalgo. Su vida de acción, que tantas desventuras amargan, es la que compadecemos. Su muerte tranquila, término de su locura magnífica, nos lastima de piedad sólo porque vuelve á la razón. Cuando recobra el juicio, en ese instante mismo, ya ha muerto. Es que se ha extinguido su espíritu; es que ya ha cesado su sed de ideal, «eterna sed de la sed», que llamó Goethe, y la vulgaridad del vivir ha vuelto á imponerse, borrando la estela espiritualista que anhelantes hemos seguido á través de aventuras y quebrantos, poesía de la vida, ensueño de un alma.

Por este sentido de honda piedad humana, el humorismo de Cervantes tiene cierta superioridad espiritual sobre el humorismo de Shakespeare.

No compadecemos la desgracia que súbita sobreviene al viejo *Falstaff*. Este caballero rechoncho, cínico epicúreo, que se burla de todo lo serio y solamente procura goces materiales, á veces nos es repulsivo, y siempre consideramos justas sus desventuras. Por el contrario, Don Quijote, burlado y apaleado por los galeotes, á quienes salva en un arranque de generosa caridad y movido su ánimo por un alto sentido de justicia, con nuestra condolición arrastra en su desdicha todas nuestras simpatías.

Amargas son las palabras con que Otelo, viendo sus ilusiones de amor truncadas, se despide de los bellos recuerdos pasados, alegría y esplendor de su vida: «¡Por siempre adiós— exclama—á las tropas empenachadas, á las grandes guerras que hacen de la ambición una virtud! ¡Adiós al corcel que relincha y á la estridente trompeta! ¡Adiós á la bandera, á la belleza, al orgullo, á la pompa y al atractivo de la gloriosa guerra!»

Mas *Otelo* obra movido por una pasión mezquina; su dolor es individual, personalísimo.

Las palabras de Don Quijote á la hora última, desencantado, á quien acosa aún la burla de los que le acompañan, al

intentar reanimarlo todavía despertando en su espíritu la ilusión de las locuras caballerescas, la sed de ideal, ímpetu único de toda su vida, dejan una impresión suavemente dolorosa, el dejo de una ironía triste. En el fondo, este desencanto es más trágico que el de *Fausto*.

Cierran los labios del ingenioso hidalgo, cerrando á la vez su vida, estas sencillas palabras admirables: «En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño; yo fui loco, y ya soy cuerdo. Ya no soy Don Quijote, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno».

El humorismo de Cervantes en Don Quijote es bien distinto del de Shakespeare en *Hamlet*.

El príncipe dinamarqués, sombrío de espíritu bajo las negras vestiduras, vacilante, rebosando dolor íntimo y misantropía, escupiendo á los hombres burlas crueles con un tono de ironía sangrante, nos sorprende, nos desconcierta, lleva hasta nuestros huesos la sensación de un escalofrío trágico.

¿Qué lleva dentro? «La esperanza fallida, el sentimiento amargo, el amor en suspenso y no extinguido».

El hidalgo manchego, por el contrario, tenaz en sus propósitos altruístas, aun armado caballero con sus viejos y ridículos arreos, pone siempre su esfuerzo al servicio de los humildes, y sus palabras alivian los sinsabores ajenos.

Nunca se burla; ni un instante duda de la grandeza de sus destinos en la tierra. Lleva dentro un aliento de idealidad, una confianza ciega en la virtualidad del empeño justo que realiza en sus empresas andariegas.

«Don Quijote—dice Turgueneff—está todo él impregnado del amor del ideal; y para conseguir este ideal está pronto á arrostrar todas las privaciones, las humillaciones todas; á sacrificar su existencia, que, por otra parte, sólo tiene para él un mérito: el de ser el vehículo que le permite perseguir el ideal, apropiárselo y hacer triunfar la verdad y la justicia en la tierra. A Don Quijote le habría parecido indigno vivir para sí, cuidar de su persona. Vivió todo entero fuera de él, para

los demás». Y luego añade: «Hamlet, que de todo duda, no se compadece de sí; su espíritu es demasiado sutil para poder contentarse con lo que en sí halla; reconoce su debilidad y se complace en flagelarse, y exagera sus faltas; se estudia sin cesar; penetra constantemente en su alma; conoce sus debilidades hasta en sus más mínimos detalles, y las desprecia y se desprecia, y á la par vive y se alimenta de este desprecio. Y es que toda conciencia de sí mismo es una fuerza: de ahí la ironía de Hamlet, que forma tan marcado contraste con la ardiente fe de Don Quijote».

Creación también del humorismo á la española, acentuando la nota macabra, es la figura de Don Juan, el burlador de Sevilla. Como *Hamlet*, va al cementerio. Pero el sarcasmo en ellos es distinto al burlar con ironía el eterno respeto á la muerte. Mientras el desventurado príncipe, con la calavera de Yorick en las manos, interroga el enigma de la existencia y cavila sobre la vanidad de las grandezas humanas, proyectando en sus frases la incertidumbre de su espíritu, Don Juan, más osado, con cierto escéptico humorismo reta á los muertos y los convida á su mesa. Y Mañara (el mismo espíritu del burlador sevillano) asiste impávido á sus propias exequias.

En las aventuras macabras de este tipo, el humorismo á la española agudiza su sentido cruel, ese sabor extraño que produce en el ánimo una impresión deprimente.

Con igual sentido humorístico que los novelistas y poetas, producen los pintores. El arte español se halla siempre empapado de cierta ironía mansa, más bien triste que alegre, tocada de una compasión amable. Todos los artistas utilizan, como elemento estético, la necesidad del dolor. A la naturaleza y á la vida le piden su sabor amargo para impregnar las páginas literarias y los lienzos pictóricos. Bien que procuran hacerlo menos cruel, sin quitarle su oculta acción corrosiva.

Y siempre, como característica invariable, un fondo de simpatía humana, un gallardo movimiento de piedad.

En las creaciones humorísticas de Velázquez se advierte el

mismo regocijo amargo, la triste jovialidad de la novela picaresca. Parecen corresponderse, y se corresponden ciertamente, porque unas y otra están empapadas de espíritu español, responden á la índole de la raza, reflejada con exactitud en el arte, y á una expresión de la psicología nacional. Bien se ha dicho que la amarga ironía de Velázquez es el último gesto bello de la raza.

En los hampones de Hurtado de Mendoza se compendia la decadencia material del pueblo español; en los rostros de los bufones de Velázquez está encarnada al vivo la postración espiritual de una raza en ruinas.

En los cuadros de Velázquez se ve el desfile doloroso de un rebaño de seres, degenerados de cuerpo, enfermos de alma. Son casos patológicos, y al mismo tiempo de una psicología tan cruel, que espanta. «Son hombres que dan ganas de llorar después de haber hecho reír.»

En esa extraña cualidad estriba el humorismo del gran pintor.

Burla donosamente las más altas representaciones en la vieja mitología pagana. El antropomorfismo helénico convirtió los hombres en dioses. Eran estos héroes símbolos de virtudes y de grandezas humanas. Fueron durante siglos creencia á cuya devoción estuvo un pueblo. Al rodar el tiempo, esos antiguos dioses cayeron. Ningún ideal ni creencia alguna permanecen firmes en el pensamiento de los hombres.

Bajo el pincel de Velázquez, tocado de un humorismo demolidor aunque sugestivamente amable, los héroes mitológicos que el Renacimiento hace revivir en el arte, surgen caricaturescos, con talante innoble y con espíritu grosero. Son grotescos, y hasta repulsivos. Marte, símbolo de la guerra, lo representa un soldado con facha atrabiliaria y aspecto de gánán fornido. Baco es un borracho vulgarote, un tipo clínico, que se destaca por el gesto de estúpida alegría que hay en su rostro entre los ganapanes que le hacen compañía.

Allí está Esopo el fabulista envolviendo en harapos sus

carnes, como si representase la pobreza de la moral que predicara, la inutilidad de todo sentido ético en la vida. Encarna la burla más sangrienta, el humorismo más revolucionario.

También está Menipo con los libros en revuelto desorden á los pies. En la malignidad de su mirada se advierte el desdén que hace de toda humana sabiduría. En sus ojos transparente todo el fondo cínico de su espíritu.

Pero la nota más pesimista y al mismo tiempo más piadosa de su humorismo á la española la da Velázquez en sus retratos de enanos y bufones. Para mayor escarnio, los viste con trajes deslumbrantes y con pomposos arreos. Es la suprema ironía que quiere encubrir las miserias con livianos y sarcásticos esplendores.

Estos pobres seres, castigados por la Naturaleza ó forzados por la vida, conmueven á la par que hacen reír. Al tratarlos, cuando su compañía buscamos nada más que unos momentos, nos regocijan largamente, y á la postre acaban por interesarnos el corazón.

Es una nota amarga la presencia de la enana Marifarbola y del enanillo Pertusato entre las meninas y en medio del esplendor de la realeza.

Todos los bufones que pintó Velázquez, enanos, gibosos, bobos, cuando desfilan ante nuestros ojos dejan una huella en nuestra alma de misericordia infinita. Al enano patizambo y barbudo le viste colete y valona flamenca para más realce dar á su dolorosa catadura de imbécil. Contrasta la tristeza que refleja la cara del bobo de Coria con la alegría del niño de Vallecas. Pablillos de Valladolid tiene toda la socarrona malignidad de un pícaro, así como también Don Juan de Austria, al aire el gallardo sombrero de plumas. De iguales traza y continente es D. Antonio el inglés.

Al llegar á Goya el humorismo á la española es más complejo. Se reviste en unas ocasiones de intencionalidad satírica, de cierto sentido festivamente epigramático; á veces se presenta filosófico, con un aire de macabrisimo artístico, con un

fondo dolientemente elegíaco. En el arte de Goya, al trazar los *Caprichos* y *Los desastres de la guerra*, como dice Gautier, hay «una mezcla de realismo y de fantasías característica de su manera».

No parece el mismo artista que pintara majas y chisperos en cuadros populares saturados de alegría y rebosantes de luz.

En las aguas-fuertes el genio de Goya acentúa la nota de una ironía despiadada. Parecen las figuras y las escenas que pinta sueño horroroso de pesadilla. Una fantasía extraña, superior á la de Hoffman, inventa seres extraños y reproduce «horribles muecas de todas las ilusiones de la vida».

Tiene una visión espantosa de las luchas humanas y del misterio de los espíritus.

Cuando hace crítica social su lápiz es cáustico, rudamente acerbo. Traza entonces figuras de frailes bebedores y de nobles envilecidos. En este punto su sátira es despellejante, pero no molesta con sensaciones deprimentes el ánimo.

Mas, cuando su fantasía se lanza desbocada, cuando crea monstruosas figuras y escenas trágicas, hace encoger el corazón y crispar los nervios.

Acierta á encontrar las grandes síntesis. En una sola página traza todo el panorama de una vida que remata con la más cruel de las ironías. Aquella vieja que pide limosna á su propia hija, enriquecida por caminos que no son de virtud, y que la desconoce, es un sarcasmo hecho carne y miseria moral. Duele más que la historia triste del pobre *Rip-Rip* de Irving. Con una sola escena nos da Goya una visión repulsiva y al mismo tiempo triste de la vida. Hogarth necesitó reproducir varias escenas para señalar el curso de una vida dolorosa.

Para más acentuar este carácter extraño de sus fantásticas creaciones, Goya pinta á los hombres con cabezas de animales. Las transformaciones humanas con que nos ha regocijado la musa de Apuleyo, en el pintor español vuelven á servir de elemento artístico.

Cautivan con plácida jovialidad en los cuadros de Teniers,

desenfadadamente humorísticos, con alegría retozona y sana, aquellos grupos de animales que remedan acciones y hábitos de hombres. Mas en Goya estas fantasías son sangrantes, incisivas, crueles. Cabezas de asno que se destacan sobre vestiduras humanas, aves siniestras, buhos y murciélagos, que tienen una representación cáusticamente intencionada, sirven para trazar grotescas caricaturas.

Lleva Goya más allá aún la nota trágica y macabra de su humorismo.

Pinta tablados para autos de fe, calabozos que ilumina con triste claridad la linterna que cuelga del techo, y en el paisaje da la sensación escalofriante del campo desolado, al fondo olvidada la noria, grave el campanario de la ermita, y un árbol solitario en medio del silencio del aire.

Surgen condenados á muerte, con la hopa vestida, enmarañado el cabello, espantados los ojos; otros en el garrote, atadas las muñecas, desnudos los pies, y cuerpos de ahorcados que parecen moverse con siniestro vaivén colgando de la cuerda fatídica.

Al pintar los cuadros del hambre, amontona harapos, destaca rostros escuálidos, á cuyos ojos asoma la muerte. Pasan los grupos de hambrientos, feroces, trágicos, con aliento desesperado, y rechinan las ruedas del carro de los muertos repleto de cadáveres, mientras que á los lejos parece redoblarse el ronco aullar de los perros.

Los desastres de la guerra nos dan una visión escalofriante. Cabezas separadas del tronco, brutalmente cercenadas; vientres abiertos mostrando repulsivamente las entrañas; cuerpos desnudos con las carnes en descomposición, asustan los ojos y el ánimo.

Mujeres desgredadas, hombres heridos en cuyas uñas rojea la sangre; muchedumbres rabiosas, con cóleras homicidas, que arrastran cadáveres y los golpean con despiadada ferocidad, son figuras y grupos que entonan escenas de horror y cuadros de una crueldad macabra.

Nada de un humorismo tan extraño y tan intensamente filosófico como la creación artística en que Goya volcó todo el fondo pesimista de su espíritu. Lleva una sensación de frío á lo más íntimo de nuestro sér aquel espectro que saca medio cuerpo fuera de la sepultura, la boca podrida, negro el hueco de las cuencas vacías en la calavera, y que con la mano descarnada traza en un papel la palabra *Nada*, como si esta noticia la trajera del otro mundo. Ante el misterio de ultratumba, *Hamlet*, al morir, decía cavilando melancólicamente: «después, silencio». La figura evocada por Goya nos da el desencanto supremo: *Nada*.

En Goya, el humorismo á la española pierde su nota de piedad. Es agrio, corrosivo, disolvente.

En las letras, andando el tiempo, todavía se resiente de cierta agresividad misantrópica en la ironía amarga de *Figaro*. Todavía acertó á ser amablemente piadoso en la lírica de Campoamor, que sin acritud burló las espirituales ridiculeces y la inestabilidad de los sentimientos humanos; y á la hora presente tiene su más graciosa sonrisa, entre compasiva y mordaz, en el arte novelesco de Galdós.

Se desenvuelve y vive con igual sentido, á través del tiempo y á lo largo de todas las evoluciones del arte, el humorismo á la española. Su espíritu permanece inalterable. Por no querer llorar, se ha esforzado en reír. Su jovialidad está empapada de dolor, y hay en sus sarcasmos sabor á lágrimas.

ÁNGEL GUERRA

DE LA ALHAMBRA

NOTAS DE ACTUALIDAD REFERENTES AL PALACIO DE LOS AL-AHMARES

Tan grande y de tal naturaleza es el encanto de lo misterioso, que, sin resistencia posible, atrae y fascina; y todo lo que á nuestros ojos ó á nuestro espíritu aparece rodeado de aquella especie de irresistible aureola, se agiganta, se transforma y se embellece, envuelto por la fantasía en tenues gasas transparentes y perfumados vapores de mágico ensueño, hablando así con singular halago á los sentidos. Tal ocurre con la vida íntima de los pueblos orientales, y especialmente con los mahometanos, y tal con las reliquias que de estos últimos subsisten en España.

Perdida la memoria de ciertos aspectos sensuales, acres y repulsivos, que obscurecerían y mancharían desde luego la de aquella cultura, esplendorosa en ocasiones,—sólo es recordado con deleite el cuadro pintoresco, vivo y por extremo simpático, trazado á la continua por nuestro bello romancero morisco; por esto, pues, ante las ruinas ó los restos de una vivienda *mora*, anímase la fantasía, y crea tipos, aventuras y acontecimientos tan conformes con nuestros apetitos como con nuestras ilusiones, creyendo ser verdad cuanto se forja.

La mujer, el hada del hogar, objeto de las ansias, de las pasiones y de las galanterías del hombre en todos tiempos, en primer término aparece siempre en tales y tan agradables quimeras. Ya morena, de ojos negros, brillantes, rasgados, soñadores y llenos de promesas deliciosas; ya blanca, de azules ojos, dulce y profundo mirar que trastorna y enloquece; meji-

llas de rosado terciopelo; cutis fino y transparente; labios frescos, jugosos, rojos cual la flor del granado, é incitantes y provocativos; dientes menudos, blancos como sartal de perlas escogidas, como la flor del azahar, como la nieve misma; aliento perfumado como las auras tibias de los jardines en el Paraíso; cabello negro ó rubio, luengo y bien trenzado; sonrisa hechicera, que mueve las fibras del corazón y las excita; acento armonioso y cristalino, como el cántico de los ángeles, como el murmullo de la fuente; movimientos llenos de voluptuosidad y de gracia; garganta torneada, en que duermen los gorjeos musicales del ruiseñor y el colorín pintado; senos altos, turgentes y movidos al rítmico compás de la respiración amorosa; brazos hechos á torno; manos delicadas y pequeñas como las de un niño; caderas anchas y redondas; talle flexible y cimbreante; pies delicados, blandos y delicados...

De todas suertes cautiva el ánimo varonil y lo subyuga. Lo mismo envuelta en los pliegues flotantes y anchurosos del blanco velo que contorna su figura, con el rostro oculto por incitante *alharime*, según las leyes religiosas, pero dejando ardientes resplandecer los ojos,—en los cuales parece reconcentrada la vida,—que tocada graciosamente, la crencha de sus cabellos entretejida con aljófares y medallas; pendientes de las orejas costosas arracadas de oro y piedras preciosas; la ebúrnea garganta ornada por filigranado collar con esmaltes y labores peregrinas, mientras descansan los colgantes sobre el nacimiento del seno, el cual desborda exuberante por entre rizadas gasas; sujeto sobre ellas con un broche de valor el corto cuerpecillo de recamada seda; ceñida la cintura por ancha faja de vivos matices, que hace resaltar las líneas armoniosas de las caderas, y sobre la cual asoman los bullones de la camisa, de blanco lino ó de seda transparente; desnudos los brazos y aprisionados por los anchos aros de oro filigranado cerca de los hombros y en las muñecas; anchos zaragüelles blancos, recamados de oro y plata, cerrados en la garganta del pie por áureas ajorcas, y con bordadas chinelas, por último, donde,

como en primoroso y breve estuche, se ocultan los pies inquietos y juguetones.

Visión tan adorable esclarecerá con los rayos de su hermosura las ruinas de lo que pudo ser su vivienda, según la fantasía, y derramará la copa inagotable de soñados deleites sobre aquellos restos informes; todo resplandecerá á su mágica evocación, como resplandecen los cielos al aparecer la aurora, y cobrará animación y vida, y se poblará de rumores y de encantos inefables y maravillosos, que sólo tienen realidad en la mente del novelador y del poeta.

No otra cosa acontece con muchos de los que hablan del suntuoso Palacio de los Al-Ahmares en la Alhambra. Al visitar aquel monumento, recorrer una por una sus estancias y contemplar los prodigios decorativos que esmaltan así las galerías del *Patio de los Arrayanes*, como la destruída *Sala de la Barca*, la incomparable *Torre de Comarex*, el *Patio de la Mezquita ó de Machuca*, donde se conserva la labor más delicada y bella de todo el Palacio; los demás aposentos de éste, el primero de los cuerpos de construcción en que se hallaba dividido, según ha llegado la que fué *Casa Real* á nuestros días; al pasear la vista por el *Cuarto de las Camas* y los *Baños*, y el espíritu por el *Cuarto Dorado ó de los Leones*, con sus galerías y sus salientes pabellones de fino y delicado encaje, su hermosa fuente, que lo es aun deformada, sus tarbeas deliciosas que llaman *Sala de las Dos Hermanas* con el poético *Mirador de Lindaraja*, *Sala de los Abencerrajes* y *Sala de Justicia*; al reconocer la *Torre de la Carpintería*, el *Tocador de la Reina*, y fuera de lo que constituye este segundo cuerpo, la *Torre de las Damas*, el *Mossalláh del Carmen de Arratia*, la *Torre de las Infantas*, la *Torre de la Cautiva*, y otras varias reliquias de lo que fué en conjunto morada espléndida de los descendientes de Saâd-ben-Obada.

Porque allí, mejor que en parte alguna, á cada paso, en el silencio solemne de aquellas estancias y lugares, hoy solitarios, parece que entre los giros aromosos del humo de los pe-

beteros, condensado durante más de cuatrocientos años bajo los pintados techos y las bóvedas estalactíticas, y sólo perceptible á los ojos del novelador y del poeta, es donde por mágico conjuro se destaca la figura hechicera de Zaidas y Zobeidas, de Aixas y de Aminas, con ojos de fuego, mejillas de rosa, sonrisas celestiales y encanto soberano que todo lo subyuga. Aún parece que en torno de aquella Fuente de los Leones, con mal acuerdo deformada por aditamentos innecesarios, al eco rumoroso del cristalino surtidor responde el de las voces de las mujeres habitadoras del *harem* ó *Cuarto dorado*; que entre las columnas de alabastro de las galerías, en grupos juveniles y alegres, ríen y murmuran regocijadas, envueltas en los blancos pliegues de clásica vestidura, sentadas en las anchas *almartabas* ó *almohadones*, mullidos y de ricas telas recubiertos, como en los lechos ó tarimas de vidriados aliceres coloridos del *Cuarto de las Camas*, inmediato á los *Baños*, entre sedosos paños y en voluptuosas actitudes, reposan aquellas que la fantasía confunde con las huríes del paraíso de Mahoma.

Ricamente tocada, el rostro al descubierto, palpitante de emoción y de deseo, se finge la imaginación la soberana hermosura de Aixa ó Aja, sentada de igual suerte al lado de las desaparecidas celosías que velaban los huecos caprichosos del llamado *Mirador de Lindaraja* (1), contemplando lánguida aquel jardín fragante, bañado por los rayos ardientes del sol que, al resbalar sobre las hojas de los jazmineros, de los limoneros y de los naranjos, recortaban sobre los blancos muros dorados redondeles, semejando con ellos cantidad incontable de *ad-dinares* (2).

(1) Aunque ya en varias ocasiones lo hemos hecho constar, no juzgamos inútil recordar aquí que el nombre de *Lindaraja*, conceptuado como de mujer por los poetas y tradicioneros, es resultado de la confusión de tres palabras distintas, las cuales son: *ain*, *dar* y *Aja*, que juntas significan *mirador de la casa* ó *apósito de Aja*. Hay, pues, que rechazar el dicho nombre de *Lindaraja* como propio de mujer, y borrarlo de los romances y de las leyendas.

(2) Monedas de oro.

Pero el tiempo ha pasado implacable y veloz, y de aquellos espectáculos seductores no queda sino el fantaseado recuerdo, como de aquellos ensueños deleitosos no perdura sino el dejo amargo de lo perdido para siempre, y de aquellas verdaderas joyas que esmaltaron la vida de los sultanes, el estuche descolorido y vacío: que el laborar constante de las edades, enemigas de cuanto existe, envidiosas terribles y despiadadas de lo que fué, tenazmente afanadas en sustituirlo y reemplazarlo con lo que para ellas es,—poco á poco, sin retroceder ni detenerse nunca, con dolorosa persistencia irresistible, ha ido desvaneciendo cuanto de la realidad subsistía, para poblarlo de románticas quimeras.

Apadrinado por el célebre historiador Aben-Hayyán, quimera es, y quimera de la tradición nacida,—antiguo relato, obra de cierto Obada, quien aseguraba haberlo á su vez recibido de un testigo presencial del acontecimiento. Cuenta aquél que por los años 276 de la Hégira (889 á 890 J. C.), durante el Califato de Abd-ul-Láh, ardía con mayor furia que nunca la guerra social, promovida principalmente por los muladíes. Acosado se hallaba el caudillo de los árabes, Sagar-ben-Hamdún, por el victorioso Omar, jefe de aquel movimiento de reacción que amenazaba terminar con el poderío musulime en la Península, y á cuyo partido se había afiliado Medina Elvira en odio al islamismo, pues eran muchos en ella los muladíes, á quienes llama no con propiedad Dozy los renegados; temeroso Sagar de la fortuna, replegó sus fuerzas sobre el castillo de *Garnatha*, comenzando á edificar entonces con toda prisa en una de sus más culminantes alturas la fortaleza de la *Alhambra*.

Sorprendido por los muladíes, que interrumpían las obras y aportillaban y destruían los muros apenas levantados, vióse Sagar forzado á pelear de día para trabajar de noche en las murallas á la luz de las antorchas, encendidas para ello; y como al resplandor de ésta ofrecía el propugnáculo cierto tinte rojizo, dió tal circunstancia, al decir de la tradición por Aben-Hayyán recogida, origen á que de allí en adelante la fortale-

za tomase nombre de *al-hamrá*, que no otra cosa significa, en efecto, sino *la roja*. Desentendiéndose de tan poética leyenda, atribuído es el apelativo por diferentes escritores al color rojizo de las murallas del recinto, «por el óxido de hierro que contienen las tierras de construcción», de donde procede fueran llamadas *Torres Bermejas* las que el circuito entrecortaban, aunque hoy sólo llevan este nombre las que, sobre el collado que parece prolongación del *Campo de los Mártires*, subsisten reformadas por el marqués de Mondéjar, frente casi de la famosa *Torre de la Vela*.

Modernas investigaciones filológicas—que hacen provenir de antiguos idiomas ibéricos muchos de los nombres geográficos dentro y fuera de la Península aún existentes,—la identidad originaria demuestran del vocablo *Calahorra*, que pasó á los árabes, con el de *Calagurris* en España y en la Aquitania, y prueban también la identidad del mismo con el de *Alhambra*, propio del mágico recinto en el cual erigieron sus palacios los Al-Ahmares (1), de donde viene á deducirse fueron las condiciones del terreno, al cual da marcado color rojizo el óxido de hierro que contiene, las que en remotos tiempos originaron el apelativo, transmitido casi sin alteración sensible á nuestros días, y que, por tanto, la tradición poética de Obada

(1) «Este vetusto nombre de *Calahorra*, que no figura en el Diccionario de la lengua con el significado que se registra, entre otros, en el *Vocabulista arauigo en letra castellana* de Fr. Pedro de Alcalá, de alcazaba, fortaleza, es dicción compuesta de las palabras ibéricas *cala*, castillo, y *horra*, rojo, nombre primitivo, á no dudar, de la fortaleza que los conquistadores musulmanes tradujeron por *Cala al-hamrá* (V. Abenaljatib, *Ihata*), que en nuestra habla castellana suena literalmente *castillo ó fortaleza roja*» (D. Leopoldo Eguílaz, *Origen de las ciudades Garnata é Illiberri y de la Alhambra*, pág. 337 de los *Estudios de erudición oriental; homenaje á Francisco Codera en su jubilación del profesorado*, Zaragoza, 1904). Nuestro antiguo y querido maestro el Sr. Eguílaz, para la significación de la voz *Calahorra*, acota, además, con la autoridad de Pero López de Ayala en su *Crónica* (I, p. 526, edic. de Sancha), y para la de *horra* en la de Simonet, en su *Glosario de voces ibéricas*, art. *Calahorra*, y la de Dozy, en su *Supplement aux dictionnaires arab.* s. v.

por Aben-Hayyán difundida, es compañera de las fantasías que despierta con sus misterios la cultura de los pueblos musulmanes.

Por estas investigaciones, y por esta identidad en los nombres, obtiéndose como conclusión la de que, en la altura que divide las aguas del Darro y del Genil en Granada, los pobladores ibéricos de la comarca levantaron una fortaleza y fundaron una acrópolis, siendo derivación de aquélla la que hallaron los romanos al señorear la España (1), la que persistió en el período visigodo, y la que encontraron por su parte los mahometanos al tiempo de la conquista, sirvió de amparo á Saguar y á los islamitas en los días del Califa Abd-ul-Láh, aportilló el caudillo de los muladíes Ben-Hafsón, y después de vicisitudes por nadie recordadas, vino á extenderse y encerrar en su recinto el famoso Palacio, cuyos mutilados restos declaró al fin Monumento Nacional el Gobierno de la Revolución en 12 de Julio de 1870.

Al fundador de la dinastía, á Abú-Abd-il-Láh, Mohámmad I, llamado *Al-Ahmar el Magnífico*, atribuída es generalmente la fundación también del Palacio referido de la Alhambra, pues casi al tiempo mismo en que bajaba al sepulcro en Sevilla Fernando III *el Santo* (Mayo de 1252), afirman los autores que aquel príncipe, deseoso de emular la gloria y la grandeza de los antiguos Califas cordobeses y de poseer como ellos un edificio «que, compitiendo con los más famosos de que había memoria en las historias árabes, fuese morada digna de sí y de sus sucesores, y quedase á las generaciones futuras como símbolo de su magnificencia, eligió uno de los parajes más pintorescos y agradables de la colina, designada con el nom-

(1) Contreras, *Del arte árabe en España* (Granada, 1875), pág. 119, haciendo constar que en el año 1829 fueron halladas «cerca de una cruz que hizo colocar el Conde de Tendilla, un considerable número de sepulturas de aquella época, que se descompusieron como muchas otras al abrir el arrecife del centro», de los tres que parten de la *Puerta de las Granadas*, al entrar en la Alhambra.

bre de *Alcazaba al-hamrá*»; y reforzando torreones y muros, y aun añadiendo algunos nuevos—aseguran—«comenzó la edificación del *Alcázar*, adonde trasladó su habitación cuando estuvieron terminados sus más indispensables aposentos» (1).

No falta, sin embargo, quien, apartándose discreto de ésta, la más común y vulgarizada creencia, acotada con el testimonio de Ben-Al-Jahtib y de Al-Chozamí, afirme, no sin razón á nuestro juicio, que «Mohammad ben Alahmar, primer Rey de tal nombre en Granada, no edificó sino el castillo propiamente dicho de la Alhambra, sobre los restos ó los cimientos de su antigua Alcazaba» (2), ni quien, luego de reconocer que los Al-Ahmares «ennoblecieron la ciudad, unos á porfía de otros, renovaron los muros acrecentándolos por muchas partes, cercaron el Albaycín, hicieron castillos y fortalezas, y edificaron suntuosos Palacios para su morada», refiriéndose en particular á la que subsiste, aunque desfigurada todavía, exprese que reinando «Abi-Abdilehi (Abú-Abd-il-Láh Mohámmad II), hijo de Abuzaid (Ebn-Al-Ahmar), segundo rey de esta casa de los Alahmares, y siendo muy victorioso contra sus enemigos, se comenzó á edificar la fortaleza de la Alhambra, y le puso nombre de su mismo apellido» (3), si bien tampoco falta quien, á despecho de los escritores arábigos, juzgando por lo que el

(1) Lafuente y Alcántara (E.), *Inscripciones árabes de Granada*, página 24; D. Rafael Contreras, primer restaurador de la Alhambra, *Del arte árabe en España*, pág. 182; D. Leopoldo Eguílaz Yanguas, artículo primero de los dedicados á dicha obra del Sr. Contreras, núm. 780 del periódico granadino *La Lealtad*, correspondiente al 27 de Agosto de 1875; D. Manuel Gómez Moreno, *Guía de Granada* (Granada, 1892), página 23, donde asienta que Mohámmad I «tomó con gran empeño la reedificación de tan importante castillo (el de la Alhambra) dirigiendo en persona las obras... Él edificó la parte que todavía se llama *Alcazaba*...; allí mismo construyó su morada, hizo subir el agua hasta tan grande altura y abrió en el monte inmediato mazmorras para encerrar granos y municiones».

(2) Oliver y Hurtado (D. J. y D. M.), *Granada y sus monumentos árabes*, pág. 85.

(3) Mármol, *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos de Granada*, t. I, cap. VII, pág. 25.

monumento mismo enseña y proclama, atribuya á Abú-l-Hachách ó Hachich Yusuf I el pensamiento de la casa real de la Alhambra (1).

Porque en realidad, si de los trabajos de investigación que nos son conocidos no resulta con la claridad apetecible existir en aquel alcázar ni en su recinto testimonio alguno que, con la debida eficacia, corrobore la aserción general, en cuya virtud son reputados obra del glorioso Mohámmad I, *Al-Gálib-bil-Láh*, el magnífico *Salón* llamado *de Embajadores* ó *de Comares*, la *Sala de la Barca*, el *Patio de los Arrayanes* ó *de la Alberca* y las bellas galerías de ambos lados, tampoco está ni mucho menos comprobada la urgencia de aquellas construcciones, cuando existían aún en Granada, seguramente, no sólo la deliciosa almunia llamada *Dar-al-baidha* ó *Casa blanca*, fundada en el Albaicín por el séptimo de los régulos almohades Abd-ul-Guahid I, sino el magnífico palacio conocido por *Alcázar de Abd-ul-Guahid*, que el indicado príncipe construyó cuando fué gobernador de Granada, antes de que sucediera á su padre en el trono (2).

Cierto es que se advierte desde luego notable diferencia, ya que no en la construcción, en las labores de yesería por lo menos, entre el que fué después de 1492 denominado *Cuarto de Comares*, el *Cuarto de los Leones* y lo que del *Cuarto Dorado* se conserva (3). Los autores explican esta diferencia, ase-

(1) D. Aureliano Fernández Guerra, *Indicaciones para la historia de Granada*, artículo inserto en *La Alhambra*, colección de artículos escogidos de *El Liceo de Granada*, pág. 31.

(2) Eguílaz Yanguas, en el art. II de los ya citados, hace constar que Ben-Al-Jathib afirma fueron «los principales edificios de Granada erigidos por los gobernadores Almohades», y toma del autor del *Raihan-ul-abab* la noticia relativa á las construcciones de Abd-ul-Guahid, consignada por el ilustre Gayangos en el vol. II, pág. 537, nota, de su *History of the Mohammedan dynasties in Spanien*.

(3) Por lo que se deduce de los documentos del archivo de la Alhambra, comprendía el *Cuarto de Comares* el *Patio de la Alberca*, la *Sala de la Barca* y el *Salón de Embajadores* con los demás departamentos de la Torre; bajo el apelativo de *Cuarto de los Leones* eran comprendidos todos

gurando que Mohámmad I encomendó á ciertos artífices de la Cora de Rayya, naturales del pueblo de Comares, el decorado del mencionado *Salón*, y que de la singularidad de las labores con que cubrieron sus muros, las cuales tenían nombre de *comaráxia*, tomó el de *Torre ó Salón de Comares* el aposento mismo (1). Y sin embargo de que ha corrido hasta aquí como válida esta especie, pues no otro calificativo en justicia merece, un escritor moderno, tratando de demostrar la influencia ejercida por el arte cristiano en la Península sobre los musulmanes granadinos, luego de observar que «los edificios erigidos por Mohámed V después de 1368 revelan una influencia extraña en la composición de muchos atauriques, dando cabida á una serie de formas vegetales, más ó menos naturalistas, que se salen de los tipos rutinarios é invariables del período almohade», no vacila en afirmar precisamente que «á los comienzos, por ejemplo en el arco de entrada al *Patio de Comares* y en el de la *Sala de la Barca*, el nuevo sistema campea en toda su pujanza», aunque «luego se alía con los follajes arcaicos prestándoles más variedad», para volver por último á sus arideces primitivas, recuperando todo el campo en el siglo xv, que es período de decadencia (2).

No hemos de ser nosotros quienes hayamos de negar ni

los aposentos ó *tarbeas* que al *Patio* del propio nombre abren, como la *Sala de Justicia*, la *de los Abencerrajes*, la *de las Dos Hermanas*, el *Mirador de Lindaraja*, y los restantes que carecen de denominación, llevando en los documentos título de *Cuarto Dorado* toda aquella parte que corresponde al *Patio de Machuca*, el *Mossalláh*, y lo que fueron habitaciones del antiguo gobernador militar de la Alhambra antes de 1868.

(1) Argote, *Nuevos paseos por Granada*, t. II, pág. 96; Mármol dice que la labor llamada *comaráxia* «era muy apreciada entre los persas y los surianos» (*Hist. de la reb. y cast. de los moriscos de Granada*, t. I, capítulo VII, pág. 26); Lafuente y Alcántara (Miguel), *Hist. del reino de Granada*, t. III, cap. XIV, págs. 144 y 145, nota; Simonet, *Descripción del reino de Granada*, pág. 46.

(2) D. Manuel Gómez-Moreno y Martínez, *Arte cristiano entre los moros de Granada*, pág. 261 del *Homenaje á D. Francisco Codera en su jubilación del profesorado*.

mucho menos cierta eficacia á las declaraciones contenidas en el tan conocido texto de Aben-Jaldón, según el cual «todo pueblo que vive frontero á otro, cuya superioridad reconoce, adquiere hábitos de imitación; esto ocurre en nuestros días—dice—con los musulmanes andaluces, quienes á consecuencia de sus relaciones con los cristianos, además de sus usos y costumbres, han adoptado la moda de decorar con imágenes los muros de sus casas y palacios» (1). Tampoco habremos de desconocer que, dada la dependencia política en que respecto de Castilla y de León hubo de constituirse desde sus orígenes el reino granadino, las relaciones mercantiles y de toda naturaleza establecidas entre cristianos y musulmanes durante el siglo XIII, y la facilidad con que los castellanos frecuentaban la corte de los Al-Ahmares, y la permanencia en ella de artistas y comerciantes de aquella y de otras procedencias, como pone de manifiesto Ben-Bathuthah en sus *Viajes*,—debió de sentirse principalmente algún tanto en las artes granadinas el peso de aquellas relaciones, que llegaron á cierta intimidad en los días de Pedro I de Castilla y de Mohámmad V, aunque nunca, según por seguir el parecer de añejos escritores gratuitamente asienta el autor moderno arriba aludido, hasta el punto de que fuesen alarifes granadinos quienes labraron el mudejar *Alcázar de Sevilla* (2).

Prescindiendo por ahora de las consecuencias que como tesis general deduce aquel estudioso escritor de premisas no demostradas y á nuestro parecer no demostrables, y volviendo

(1) *Prolegómenos*, t. I, pág. 37.

(2) Gómez-Moreno y Martínez, trabajo cit., pág. 261 del *Homenaje á D. Francisco Codera*. Era crecido el número de artífices mudejares que existía á la sazón en Sevilla, no siendo sólo el *Alcázar* la obra por ellos erigida, y no había menester don Pedro de recurrir á Granada para labrar los aposentos de aquel Palacio, constando además por las inscripciones mismas que la obra de carpintería estuvo en especial encomendada á los maestros toledanos. Véase en nuestras *Inscripciones árabes de Sevilla* la señalada con el número 57.

á la cuestión principal de que tratamos, conformidad hay entre los antiguos y los modernos en reconocer diferencias reparables en los motivos ornamentales de la yesería en el *Cuarto de Comares* con relación á los de las yeserías de los restantes *Cuartos*, por más que no sea en manera alguna lícito seguir afirmando, como por disculpable amor patrio lo hace el primer restaurador del Palacio de la Alhambra, que éste «expresa el punto culminante de siete siglos de cultura; y lo que es más digno de atención: el tránsito del puritanismo de las escuelas coránicas de Oriente á la expansión ideológica al par que tolerante con que se anunciaba el renacimiento en el siglo XIII» (1). En lo que no existe conformidad es en resolver si, aceptado como exacto el supuesto de que Mohámmad I reedificó la Alcazaba sobre los restos ó los cimientos de la antigua, prolongándola con los fuertes baluartes que, desde el llamado *Tajo de San Pedro*, caen sobre el *Bosque* hasta la divisoria con lo que fué luego el *Generalife*,—la decoración de yesería con que hoy se autorizan y engalanan la *Torre de Comares* y la *Sala de la Barca* es asimismo obra del propio fundador de la dinastía, quien hizo allí su morada, caso en el cual podrían ser explicadas las diferencias advertidas por la natural evolución y el desenvolvimiento del estilo.

Testimonio irrefutable sería, á no dudar, para ello, el de las inscripciones murales que en la yesería figuran, si en ellas apareciese por acaso el nombre de *Al-Gálib-bil-Láh*; pero todas las que en la *Torre de Comares* hacen relación al Sultán reinante cuando fué la obra ejecutada, se refieren exclusivamente al séptimo de los Beni-Nassares, á Abú-l-Hachach Yusuf I

(1) Contreras, op. cit., pág. 111. El doctísimo Eguílaz Yanguas, en el primero de los artículos citados, sigue este parecer erróneo, escribiendo: «Los monumentos árabes granadinos, superiores á los de Córdoba y Sevilla, bajo el punto de vista artístico, ofrecen al ánimo del contemplador los más puros dechados de aquel delicado estilo de ornamentación que, comenzando en la gran Aljama de los Omeyas, tocó la meta del idealismo musulmán en los espléndidos alcázares de los Alahmares».

(733 á 755 H.—1333 á 1354 J. C.) (1), y á Abú-l-Gualid Ismaíl I, llamado *Ibn-Nassr*, las de la *Sala de la Barca* (2). Si nada hay que ostensiblemente se oponga á admitir sean contemporáneas la fábrica de la robusta *Torre de Comares* y la decoración de yesería que al interior ostenta el llamado *Salón de Embajadores*, y si ha de darse fe al testimonio de los epígrafes murales, incuestionable parece, pues, que no Mohámmad I, sino Yusuf I, su descendiente, fué quien mandó erigir aquella construcción y decorarla, ya en el segundo tercio del siglo XIV, es decir, cuando el estilo granadino había producido obras como la hermosa *Lámpara de Abú-Abd-il-Láh Mohámmad III*, que se conserva en el *Museo Arqueológico Nacional*, y estudiamos años hace (3), y había llegado ya á notoria floración y desarrollo.

Por desventura, no son siempre, como en otros momentos, fiadores abonados las inscripciones de esta naturaleza en el Alcázar de la Alhambra. Afírmase que, aunque el nombre de Yusuf I «se lee muchas veces entre los adornos del salón de Comares, no fué sin embargo su constructor» este Sultán; «pues consta—dicen sin haberlos alegado hasta ahora, que sepamos—de documentos históricos» cuya existencia habría dado término definitivo á toda duda y á toda controversia, «que esta pieza fué obra del primer rey de Granada, Mohammad Alahmar, habiendo sido restaurada y embellecida con nuevos adornos por su descendiente Abul Hachach Jusuf I» (4). So-

(1) Números 48, 56, 57, 59, 67, 73, 75, 76, 89 y 91 de las *Inscripciones árabes de Granada*, de Lafuente y Alcántara; números 76, 77, 83 y 94 del *Estudio sobre las Inscript. ár. de Granada*, de D. Antonio Almagro Cárdenas.

(2) 722 á 725 H. (1322 á 1325 J. C.). Incripciones números 35 y 36 de la obra cit. de Lafuente y Alcántara; 70 y 71 de la de Almagro. El primero de dichos epigrafistas incluye con el número 41 otra inscripción en alabanza de un Abú-Abd-il-Láh, que no se sabe quién de ellos fuese, ni si esta interpretación es obra de los restauradores.

(3) *Museo Español de Antigüedades*, t. II.

(4) Almagro, *Op. cit.*, pág. 63.

bre no ser conocidos, hasta ahora, á lo menos por nosotros, estos *documentos históricos*, hay otros *documentos* que tienen con verdad tal carácter, y que figurando en el archivo de la Alhambra han sido publicados en parte (1); por ellos se adquiere el pleno convencimiento de que en el siglo XVI, y al propio tiempo que se hacía lo mismo en otros departamentos de aquel suntuoso Palacio, fueron con frecuencia renovados los adornos de yesería de este *Salón de Comares*, ocasiones todas ellas en las cuales bien pudieron ser colocadas en los muros del precitado *Salón* labores tomadas de otras partes, y hoy no subsistentes, entre las cuales se hallasen las inscripciones que contienen el nombre de Yusuf I.

De extrañar es, no obstante, que ni por aventura lograrse perdurar ninguna otra con el nombre de Mohámmad I, pareciendo de esta suerte como que los restauradores de los días de Carlos V y Felipe II tuvieron particular empeño en borrar toda huella de las labores de yesería con las cuales hubo de decorar aquel príncipe este aposento, si fué él quien lo labró, sospecha no admisible en buena dialéctica. Más verosímil se muestra el supuesto aceptado por los escritores relativo á la restauración y embellecimiento de los adornos de yesería, verificados una y otro de orden de Yusuf I, reemplazando así ó sustituyendo entonces el nombre de *Al-Gálib-bil-Láh* por el de su sexto sucesor en la sultanía; y en tal caso suscítase con invencible fuerza la cuestión, no desprovista de interés, de que no habiendo transcurrido sino escasamente una centuria desde que se supone la *Torre* construída y decorada por Mohámmad I, hasta el momento de subir al solio granadino Yusuf I, cómo pudo deteriorarse la yesería de aposento tan principal en tan breve espacio de tiempo, hasta el punto de exigir fuese restaurada y repuesta, cuando, á pesar de muy tristes vicisitudes, se conserva mucha parte de la primitiva en la Alham-

(1) Oliver y Hurtado (J. y M.), Op. cit. Apéndice II. Antes habíamos nosotros dado á la estampa algunos en el *Museo Español de Antigüedades*.

bra, y otras, mudejares, de los siglos XIII, XIV y XV, subsisten aún en Burgos, en Toledo, en Córdoba, en Sevilla y en muchas y distintas partes, sin que hayan sido nunca por fortuna restauradas, ostentando todavía algunas de ellas la primitiva tonalidad polícroma.

Aun suponiendo semejante deterioro, y por tanto la pretendida renovación de la yesería, no se explica todavía debida y satisfactoriamente cómo se atrevió Yusuf I á sustituir con propias alabanzas las que hubieron de acompañar en las inscripciones murales y entre las labores de estuco el nombre glorioso de su antecesor, si bien puede admitirse como cortesana lisonja del encargado de la obra; pero el respeto y aun la veneración que sus descendientes debieron guardar á la memoria del fundador de la dinastía, habrían obligado á Yusuf á no consentir semejante sustitución, que resultaría censurable é injustificada, por todo lo cual hemos de deducir en substancia que si da la yesería pruebas de arcaísmo, referible á época en la cual el estilo granadino no había alcanzado aún el superior desarrollo á que llega en el reinado de Mohámmad V, por ejemplo,—es hoy difícil de resolver por todo extremo, supuestas las restauraciones del siglo XVI, si la decoración actual es obra primitiva propia de aquel aposento, y, por tanto, si fué labrada en los días de Yusuf I, y si la *Torre* fué edificada por *Al-Gálib-bil-Láh* ó por aquel su descendiente.

Acrecientan aún más la confusión las opiniones de dos escritores que han tenido ocasión de estudiar despaciosamente las yeserías del Palacio de la Alhambra. El uno de ellos, reparando en el arco de ingreso á la *Sala de la Barca*, escribe: «Este arco... parece más propio del género bizantino (?) en el ornato de sus enjutas, compuesto de ramas de encina y piñas dibujadas á la usanza griega, como las de los adornos germánicos del siglo XI». «Observando estas enjutas con cuidado—prosigue,—se hallará que no tienen semejanza con las del arco grande de los claustros del patio, ni con otras de la Alhambra». «...Las impostas, entre letreros cúficos y columnitas,

ostentan mejor el estilo primitivo, y es difícil darse razón de la causa de este accidente». «Bajo las citadas impostas ó arranques hay dos *hanias* ó pequeñas *takas*», las cuales «son de piedra de Macael bastante transparente, y están guarnecidas de inscripciones que indican haberse hecho esta obra en tiempo del fundador de la dinastía (1); y como están talladas en la piedra, no es fácil—concluye—que hayan sido cambiadas como al parecer se ha hecho con otras labradas en el estuco» (2). El otro escritor halla en cambio marcadas influencias del arte cristiano en este arco de entrada á la *Sala de la Barca*, en el que «el nuevo sistema campea en toda su pujanza» (3), siendo tal sistema el tomado de los artífices cristianos en los días de Mohámmad V, después del año 1368. De semejante suerte, lo que para el uno es prueba indudable de arcaísmo, innovación es para el otro propia ya de la segunda mitad de la *xiv.*^a centuria.

Llegados á este punto, permitido habrá de sernos observar no resultan de toda exactitud las rotundas afirmaciones del último escritor citado, para quien «aislados y pequeños los granadinos», no recibieron «quizá más influencia del Oriente» que la que de antiguo produjo la génesis del arte hispano-mahometano, quedando así «extraño su arte á la grandiosa evolución que en el mismo siglo *xiii* transformó la Persia y el Egipto» (4). Bien que de condición distinta, en los restos monumentales aún en Delhi subsistentes desde la época de la dominación musulmana, se halla, mezclados con otros, elementos decorativos que aparecen también en la Alhambra, y en los cuales, con la flora propia de la India, se combinan trace-

(1) Mencionan estas inscripciones al sultán llamado por su lacba *Ebn-Nassr*; tanto Lafuente y Alcántara (E.) como Almagro, advierten que este fué el cognomen de Ismaíl I. D. Rafael Contreras, sin embargo, entiende con error que alude á Mohámmad I.

(2) Contreras, Op. cit., págs. 181 y 182.

(3) Gómez-Moreno y Martínez, loco laudato.

(4) Ídem, id.

rías y exornos geométricos frecuentes en el Palacio de los Al-Ahmars, siendo de advertir que los monumentos de que formaron parte fueron obra del siglo xiv de nuestra era, y que al par de la cúfica, se muestra en no pocos epígrafes, con forma idéntica á la granadina, la escritura nesji ó cursiva, que el Sr. Almagro llama sin embargo española (1). Por lo que hace á otra afirmación del entendido escritor á quien venimos aludiendo, de ser generalmente «tipos rutinarios é invariables del período almohade» los de la yesería granadina (2), fuerza habrá de ser traer á la memoria la decoración, aunque sobria, bien expresiva, de no pocas lápidas sepulcrales arábicas almerienses, de fines del siglo xi y principios del xii, en las cuales aparecen ya las hojas granadinas, lo cual demuestra que el estilo característico de Granada no es de pro genie almohade, sino que tiene orígenes muy anteriores.

Sea como quiera, basta recorrer una por una las estancias que subsisten del Palacio, tal como hoy le conocemos, para convencerse de que es la fantasía el factor principal de su enaltecimiento hiperbólico. Porque la Alhambra, «que vale por sí sola un reino, y que constituye el sueño y la ilusión de todo hombre culto en el Universo», como se ha escrito recientemente, ha experimentado tantos y tan reiterados trastornos desde la conquista de Granada, que ha ido por grados perdiendo su originaria fisonomía. No es tampoco, según con manifiesta exageración se ha dicho y se propala, monumento que deba ser reputado «punto culminante de siete siglos de cultura», ni que ofrezca «los más puros dechados de aquel» arte que, «comenzando en la gran Aljama de los Omeyas, tocó» aquí «la meta del idealismo musulmán» con sus espléndidas creaciones. Empeño estéril es éste en que amorosamente se afanan

(1) Pueden por sí mismos hacer el estudio comparativo los lectores, en las excelentes fotografías que ilustran la obra de Henry Hardy Cole, titulada *The architecture of ancient Delhi, especially the buildings around the Kutb Minar*, Londres, 1872.

(2) Gómez-Moreno y Martínez, loco laudato.

los granadinos, para quienes representa y simboliza todas sus glorias artísticas é históricas el desconcertado alcázar de los Al-Ahmares.

De aquel amor entusiasta participamos también efusivamente nosotros. Al trasponer la *Puerta Judiciaria*; al revolver para la *Plaza de los Algibes* y contemplar la abandonada *Puerta del Vino*; al penetrar llenos de recogimiento, como en un santuario, en el *Patio de la Alberca* y visitar cuanto existe, y á lo que ha dado nueva vida con afanosa constancia la laboriosa é infatigable solicitud de nuestro buen amigo D. Rafael Contreras, ya difunto — ha surgido siempre á nuestros ojos como por mágica evocación y poderoso conjuro irresistible, el cuadro esplendoroso de la cultura granadina, y con él ha reproducido la imaginación todos los ensueños deleitables que inspiraron nuestro romancero morisco, al mismo tiempo que creíamos escuchar todavía los dulces ecos adormidos de las fiestas que animaron en tan diversas ocasiones el Palacio, y los estruendosos y terribles de aquellas sangrientas conmociones intestinas, en las cuales caían á los golpes del puñal asesino Abú-l-Gualid Ismaíl I, á quien hace relación la *Sala de la Barca*, Abú-Abd-il-Láh Mohámmad IV; Yusuf I, Ismaíl II y Mohámmad IX.

Hay tal encanto en aquellos aposentos, se halla el espíritu tan predispuesto y preparado, que el rumor de los surtidores cristalinos parece cántico sublime y perenne de alabanza para la grey fantaseada que respiró el embalsamado aliento de los *Cármenes* floridos, llenó de maravillas artísticas el recinto de la hermosa Granada, y sucumbió por ley fatal al postre, después de dos siglos y parte de otro, espacio de tiempo durante el cual luchó desesperada con los reyes de Castilla, sus señores, y tuvo la gloria de pasear triunfantes sus influencias artísticas y sus gustos por todos los confines de nuestra España, dejando rastro indeleble de sus prestigios en tejidos, en armas, en muebles, en obras de carpintería, en la yesería de los palacios y de los edificios de todo género, lo mismo en las naves

sombrias de las iglesias cristianas, que en las moradas de los preladados, de los reyes y de los magnates.

Lejos de nosotros el propósito de menoscabar un ápice las glorias de la Alhambra, que sintió nuestro ánimo vibrar en juveniles días; antes bien, las hemos una y otra vez ensalzado, y habremos de ensalzarlas siempre, aunque no se hayan abierto nuestros ojos á la luz bajo el cielo purísimo que cobija la ciudad Damasco de Occidente. Pero de esto á desconocer el lugar que en el desenvolvimiento de la cultura hispano-mahometana le corresponde; á exaltar, sin necesidad, la representación artística del monumento, proclamándole superior á cuanto en nuestro suelo produjeron las artes islamitas, hay una gran diferencia, y por razón semejante ni hemos de repetir que es la Alhambra el punto culminante de siete siglos de cultura, es decir, la obra más perfecta del arte hispano-mahometano, ni que éste, como asegura nuestro antiguo y querido maestro D. Leopoldo Eguílaz, «tocó» en Granada «la meta del idealismo musulmán» con sus creaciones.

Fuerte y poderoso era el Califato de Córdoba enfrente de aquellas pequeñas Monarquías cristianas nacidas al doble grito de *Patria y religión*, tantas veces invocado; aunque combatida sin cesar por intestinas discordias que en el siglo IX amenazaron su existencia, aquella artificial unidad política que había en tiempos anteriores anhelado Leovigildo, sin lograrla, íbase poco á poco afianzando, al paso que iba recogiendo de todas las partes afines los elementos de su cultura, á la oriental bien diferente, después de todo, para constituir con ellos su peculio propio y privativo. Reservado estaba al grande Abd-er-Rahman III la gloria de consolidar aquella unidad tan afanosamente perseguida por sus antecesores; y como respondiendo al apogeo militar y político del Califato, las artes, las ciencias y las industrias llegan á su más hermosa eflorescencia, proclamando de esta suerte la virilidad del pueblo hispano-mahometano y su personalidad poderosa, manifestada en todos los actos de su vida.

En pie no existe monumento alguno de cuantos erigieron el fausto y la grandeza de Abd-er-Rahman III; pero por todas partes hay capiteles que llevan el nombre del soberano, y especialmente, y con prodigalidad pasmosa, ofrece testimonios irrecusables y elocuentes del grado de esplendor inusitado conseguido por las artes en aquellos días, el informe terreno donde tuvo asiento el fantástico Alcázar de Az-Zahrá, al lado de Córdoba, alcázar que describen en ponderativos términos hiperbólicos los autores arábigos, quienes, de cierto, en la ocasión presente no pudieran llegar con sus elogios á la realidad, si ha de juzgarse por los fragmentos que nos son conocidos, algunos de los cuales recogimos nosotros mismos del lugar de su yacimiento, y hoy en el *Museo Arqueológico Nacional* figuran. Capiteles, basas y fragmentos decorativos, todos ellos, de igual suerte en las comarcas andaluzas que en las castellanas y las aragonesas, llevan de tal suerte impreso el sello de la personalidad potente del Califato en aquellos días—aun supuesta la variedad que principalmente en la decoración de los capiteles se advierte,—que no hay duda posible en afirmar su procedencia y su época, aunque no lleven indicación epigráfica que la corrobore y certifique, ocurriendo lo propio con respecto á los fragmentos decorativos.

Son el mármol, la piedra, el mosaico y el ladrillo los materiales que en la construcción preponderan, sin que falte el estuco; pero todo se subordina á la concepción y á la obra misma arquitectónica, en perfecto y adecuado equilibrio, aunque la masa constructiva, no obstante, predomine por su distribución y sus lineamientos y el aspecto general de grandeza que la informa. Así ha de deducirse, á lo menos, tanto por los precedentes que facilita el examen de la grande Aljama de Córdoba en la parte primitiva, que han puesto al descubierto felizmente los trabajos que en ella en la actualidad realiza el Estado bajo la dirección inteligente del arquitecto D. Ricardo Velázquez, como por las obras posteriores de Al-Hakém II y por la naturaleza misma de los fragmentos arquitectónicos de

Medina-Az-Zahrá, contribuyendo á producir igual resultado la decoración del frente principal de la hermosa pila que mandó labrar Al-Manzor para su alcázar de Az-Zahyra.

Tradúcese en aquellas obras el nervio del pueblo hispanomahometano; hay en ellas virilidades y energías que conciertan con las de la edad de que son fruto, como son expresión propia y digna del estado que alcanzaba á la sazón el poderío musulime, reconocido, mal de su grado, por todas las Monarquías cristianas. Esto es lo que interesa consignar, para que de ello sean deducidas las naturales consecuencias lógicas, por las cuales se acredita suficientemente fué el período del Califato cordobés que abarca el siglo x de nuestra Era, durante los gobiernos de Abd-er-Rahman III, de Al-Hakém II y del desventurado Hixém II, el período de esplendor de aquella cultura, período nunca en lo sucesivo igualado ni menos superado en España, y después del cual todo languidece, todo se descompone y desconcierta en la dolorosa anarquía de los reinos de Táifa, para desaparecer al postre.

Por desmedido que sea el amor de los granadinos á la Alhambra profesado, no habrá nadie entre ellos que se atreva á comparar no ya la situación del reino de los Zeiritas, sino la de los Nasseríes, con la de la España musulmana de la centuria iv de la Hégira. Decadencia lastimosa para el Islám en la Península es la que sucede á la caída del Califato: á la unidad política vigorosa por éste conseguida al cabo, sigue la triste y débil variedad de las pequeñas Monarquías, impotentes para resistir el empuje poderoso de la Reconquista cristiana; sin que sea dable comparar tampoco el poderío de León y de Castilla, por ejemplo, con el de Toledo ó Cuenca, Córdoba ó Sevilla, Badajoz ó Silves, ni con el de Zaragoza ó Huesca, Tortosa ó Lérida, Denia ó Mallorca. Ni los almoravides, aun después del triunfo de Zalaca y el de Uclés, consiguen quebrantar la férrea cadena que los oprime, ni los almohades, relegados ya á las comarcas feraces de la Andalucía, hallan recursos ni tienen vida para reaccionar é imponerse á los cristianos. ¿Qué

habían, pues, de hacer *Al-Gálib-bil-Láh*, en el siglo XIII, y sus descendientes? Harto, con verdad, hicieron en subsistir, aprovechándose de las desventuras que afligen á León y Castilla en los días de Alfonso *el Sabio*, de los disturbios que señalan las minoridades de Fernando IV y Alfonso XI y el reinado de Pedro I, y de aquellas otras turbulencias que agitan sin cesar en todos sentidos la dinastía de los Trastamaras, hasta el momento en que Isabel I arrebató la corona de las sienes de su sobrina la infeliz princesa D.^a Juana, llamada por escarnio *la Beltraneja*.

Reducidos á los límites para ellos infranqueables de Granada, Málaga y Almería, su autoridad nació bajo el protectorado y la *benefactoria* de los monarcas sucesores de Fernando III; y agobiados bajo la pesadumbre de su desdicha, presintiendo su ruina próxima y ya inevitable, careció su pueblo de la energía y de la virilidad que en otros tiempos sembraron con tanta frecuencia el terror y el espanto en las pequeñas Monarquías cristianas. Era su cultura afeminada, y afeminado tuvo que ser el arte, expresión de las condiciones particulares de la vida. Por eso, aunque Contreras procura hallar en complicaciones geométricas la génesis de las construcciones granadinas, adolecen éstas primero del vicio de ser deficientes; y luego, de aquella expansiva grandiosidad que da la confianza en los recursos propios y en la savia que fecundiza, magnifica y ensalza los ideales de un pueblo. Por eso, en el Palacio de la Alhambra hablan á los sentidos las yeserías primorosas que esmaltan sus muros y bordan como encajes delicados los claustros de sus patios; por eso, al contemplar aquella maravilla de sensualidad, sueña el ánimo del visitante con el eterno femenino, y aparece la mujer embelleciendo con sus hechizos y sus gracias todos aquellos aposentos labrados con sutil maestría para hablar al espíritu de amorosas pasiones, sin que se engendre ante el espectáculo arrobador del Palacio de los Al-Ahmares idea ni sentimiento alguno de viril grandiosidad que le sublime.

Aun siendo así; aun rechazando, como es de rechazar, por infundada y gratuita, la supuesta nota de idealismo que caracteriza, según se ha afirmado, las creaciones del arte granadino —pues sabido es no fué jamás idealista el espíritu propiamente mahometano, y que si alguna vez el idealismo resplandece, cual fugaz llamarada, en las obras de los musulimes españoles, débese á la asimilación del elemento étnico nacional, representado por los muladíes y los muzárabes;—aun siendo así, repetimos, y con aparecer la Alhambra como expresión de la forzosa decadencia de un pueblo y de una cultura llamada á desaparecer en breve, honra y orgullo es de nuestra España. Con la adulterada *Mezquita-Aljama* de Córdoba, trofeo constituye y forma de las pasadas glorias nacionales. Cifra y compendio de ocho siglos de constante y afanosa lucha, y no lindo juguete que recrea la vista, excita los sentidos y mueve la fantasía de poetas y noveladores; lo único es ya, con el templo de los Abd-er-Rahmanes, que en medio de nuestra desventura, de nuestro doloroso apocamiento y de nuestra degeneración actuales, recuerda la famosa *leyenda de oro* de nuestra historia.

Por esta causa principalmente, su conservación es cuestión de dignidad y de decoro para España, y que sobre todos otros intereses se impone.

A despecho de los exclusivismos de la época, empresa fué con verdad aquélla acometida desde casi los tiempos primeros de la reconquista de Granada, como atestiguan con elocuencia irresistible los documentos del archivo de la Alhambra: que aun con las sensibles transformaciones experimentadas por la mayor parte de los departamentos del Palacio alahmarí, acudieron solícitos los monarcas españoles, y especialmente Carlos V, el intransigente Felipe II y sus sucesores, á contener la ruina del monumento y á repararle de continuo con obras de distinta especie y trascendencia. Armaduras, cubiertas, yeserías, alicatados, pavimentos, todo fué una y otra vez objeto de reparaciones, constando no sólo la naturaleza

de éstas, sino los nombres humildes de los trabajadores, las fechas, y los lugares donde eran aquéllas ejecutadas como indispensables.

La hermosa é incomparable estancia, por ejemplo, que se extiende al fondo del *Patio de los Leones*, llamada *Sala del Mexuar*, de los *Retratos*, de los *Reyes* y de las *Pinturas*, como en tiempo de Felipe IV se dijo *Sala que fué Iglesia*, y hoy llama el vulgo *Sala de Justicia*, había sido convertida en Capilla del Palacio quizás en los días mismos de los Reyes Católicos, según las empresas y lemas que de estos príncipes «se descubren entre arabescos del compartimiento de la izquierda», lo cual dió origen—como expresa un autor—«á la falsa creencia de que en ella se celebró la primera misa después de la Reconquista» (1). Quizás por el nuevo destino, tan distinto del originario, fué aquel departamento del *Harém* uno de los que más reparaciones necesitaron. Conocíasele con el nombre de *Capilla del Mexuar*, y de inferir son, en consecuencia, las reformas y las adulteraciones de todo género que hubo de experimentar antes del año 1537, en que albañiles y carpinteros trabajaron allí á porfía, según los documentos. Cerróse, á lo que parece, en aquella fecha el presbiterio de la capilla con una balaustrada que labró el entallador Torres; la tribuna destinada á las personas reales debió estar en el costado occidental, y en ella fué abierta una ventana, que hizo el entallador Robres, siendo obra, por entonces, de Arnao de Vergara, notable maestro vidriero, natural de Flandes, y uno de los que más trabajaron en las vidrieras de la Catedral de Sevilla (2), la de

(1) D. Manuel Gómez-Moreno, *Guía de Granada* (Granada, 1892), página 78.

(2) Era hermano de Arnao de Flandes; y entre otras muchas vidrieras, obra suya es en aquella Catedral la de la Asunción de la Virgen. Véase cuanto respecto de ambos hermanos da á conocer la inteligente diligencia de nuestro buen amigo D. José Gestoso y Pérez en el t. II de su *Sevilla monumental y artística*, pág. 154 y siguientes, así como en la pág. 401 del t. II de su *Diccionario de los artífices que florecieron en Sevilla desde el siglo XIII al XVIII*.

la ventana referida, la cual tenía 14 palmos (1), como eran suyas las vidrieras de las demás ventanas del Mexuar, que le fueron pagadas en 24 de Abril de 1541 (2).

En 1552 y 1565 era deplorable por todo extremo el estado de la yesería de este departamento (3), habiéndose á él trasladado, no obstante, la *Parroquia de Santa María*, demolida en 1576, la cual permaneció allí hasta 1618 (4). En el expediente de obras instruído á principios de 1590, con motivo de los daños causados por la voladura de la casa de un polvorista que vivía junto á la *Parroquia de San Pedro*, se hace constar que «en otra pieza frontera de la derecha del dicho cuarto de los Leones, que donde de presente es iglesia y se hace el oficio divino, destruyó y abrió todos los tabiques con que está tapada (cerrada) la dicha iglesia, y quebró y maltrató todas las puertas de la dicha sala, estando las rotas por el suelo» (5). En 1624 da idea del estado en que se hallaba la *Sala* á que venimos aludiendo la «Memoria de las condiciones en que se han de rematar los reparos del cuarto de los Leones en que se hicieron los Oficios divinos de la Semana Santa á Su Magestad», la cual Memoria tiene la fecha del 10 de Mayo (6), y en 1630 se ejecutaron otras muchas obras que, con las anteriores, más y más desnaturalizaron la *Sala*, contribuyendo poderosamente á tan desastroso resultado en ella el camón de madera y talla que se hizo por bajo de la tribuna en 1729 para la venida de Felipe V (7).

Fatigosa, aunque interesante en sumo grado, habría de resultar la enumeración de todas las obras hechas en la Alham-

(1) Oliver y Hurtado, *Granada y sus monumentos árabes*, pág. 494.

(2) «24 de Abril de 1541.—A Arnao de Vergara, maestro de vidriera, 356 palmos de vidrios blancos que asentó en las ventanas del Mexuar» (Oliver y Hurtado, Op. cit., pág. 496).

(3) Ídem. id., pág. 500 y siguientes.

(4) Gómez-Moreno, Op. et loco laudatos.

(5) Oliver y Hurtado, Op. cit., págs. 514 y 515.

(6) Ídem id., pág. 527.

(7) Ídem id., pág. 553.

bra hasta el siglo XVIII inclusive; todas ellas patentizan que, por desventura, muy poco es lo que de la yesería, de los alicatados, de las techumbres originales llegó al siglo XIX. Basta para ello la lectura de los documentos y cuanto ha escrito persona tan competente y autorizada como lo es el restaurador D. Rafael Contreras, en cuyas manos el Palacio Nasserita ha cambiado en absoluto de aspecto, adquiriendo el que hoy ofrece y engendra el entusiasmo sin medida de propios y de extraños. Con diligencia que le honra y enaltece, otro escritor, activo é inteligente como pocos, y amante como pocos también de las glorias artísticas de Granada, el Sr. D. Francisco de P. Valladar, en muy curioso trabajo que titula *Un monumento arquitectónico sin par en el mundo* (1), expresa:

«Allá á fines del siglo XVIII, en 1792, el ilustre conde de Floridablanca, queriendo conocer de cierto cuál era el estado del palacio árabe de la Alhambra, nombró juez conservador de aquel real sitio... al Sr. D. Bartolomé de Rada Santander, oidor de la Chancillería y persona de ilustración y sana y justa crítica. El Sr. Rada, después de minuciosa visita, emitió un desconsolador informe, en el que, como síntesis, se sienta la innegable verdad de que entonces como ahora eran necesarios muchos y costosísimos reparos, para los que hacían falta *algunos millones de reales...*»

Habían, con efecto, atendido á la conservación del Palacio los monarcas con pingües y cuantiosas dotaciones, los alcaides y aun el Municipio, y así se deduce de la nota ilustrativa que el Sr. Valladar publica. «Los Reyes Católicos—dice—gastaron grandes sumas en la Alhambra, según revelan las cartas de Hernando de Zafra (*Colec. de docum. inéditos*, tomos VIII y XI); la reina Doña Juana concedió el importe de *las penas que se sentenciaren é aplicaren para mi Cámara é fisco* en Granada; los alcaides condes de Tendilla y marqueses de Mondéjar gastaban en la Alhambra *lo más de sus rentas*, según los

(1) *Hojas selectas*, vol. de Enero de 1905.

Anales de Granada, de H. de Jorquera, y el Ayuntamiento hizo obras considerables en varias ocasiones...» «Después se disminuyeron las dotaciones, llegando el caso de que nada se librara por bastantes años.» «En 1830 asignó el monarca 50.000 reales anuales, y desde 1869, en que la Alhambra es monumento nacional, la cantidad destinada á conservación ha tenido sensibles variantes.» «Por muy poco tiempo se fijó en 30.000 pesetas; luego descendió á 10.000, y se viene sosteniendo hace algunos años en 25.000.»

De vez en cuando, y para llamar sin duda la atención respecto de este monumento de las artes granadinas—sin semejante, en realidad, en el mundo muslime,—por las Academias, por las esferas oficiales y por los periódicos difúndese triste rumor, que al fin éstos convierten en clamor constante por algún tiempo; clamor que resuena lúgubrementemente en los oídos y en el espíritu de los españoles, y que poco á poco va perdiendo fuerza y desvaneciéndose ante la novedad de una crisis política, de un debate personal parlamentario, de unas elecciones para diputados á Cortes ó para concejales, ó de un crimen como el del famoso *Huerto del francés* ú otro parecido, y ya nadie vuelve á acordarse de aquella antigualla, que no tiene finalidad útil en nuestros tiempos, y sólo sirve para que unos cuantos *touristes* franceses, ingleses ó alemanes la visiten; para que recorran sus desmanteladas estancias cuatro forasteros ó curiosos indiferentes que se hospedan en el *Hôtel de los Siete Suelos* ó en el *de Washington Irving*, para que el día de la *Toma*, esto es, el 2 de Enero de cada año, la multitud alborozada que hace resonar la célebre campana de la *Torre de la Vela* discurra por el antiguo Palacio retozona, y para que el Estado mantenga un restaurador y gaste unas pesetas en reparar lo que el tiempo vaya destruyendo de lo reparado desde la conquista hasta la fecha.

Que *la Alhambra se hunde* es creencia general, acontecimiento *descontado* y que todos saben. Claro es que á la postre el monumento ha de desaparecer, pues nada hay perenne en

el mundo; claro es que, como construcción, no es el Palacio de los Al-Ahmares un modelo, y que, aun cuando lo fuese, con tantas, tan repetidas y tan incesantes vicisitudes como le han combatido y le combaten, habrá de sucumbir forzosamente, porque, como expresa el poeta:

Las torres que desprecio al aire fueron,
á su gran pesadumbre se rindieron.

Mucho tiempo hace se dijo que la Alhambra peligra. Señalóse como una de las causas del peligro el llamado *Tajo de San Pedro*. Pasa el Darro lamiendo, tranquilo y perezoso de continuo, el pie de la eminencia que coronan con gallardo aspecto las torres del Palacio, asomadas al bosque como para contemplar de través el espectáculo risueño de la población, que se amontona y aprieta al pie de la *Colina roja*; ocasiones hay en que el río se encrespa y sus aguas, turbulentas y rabiadas, arrastrando árboles y aun peñas, baten sin cesar, y cual llenas de encono, el referido *Tajo de San Pedro*, socavándole; amenazan la especie de islote en que se levanta la *Parroquia de San Pedro*, que se conmueve en sus cimientos; discurren negras y espumosas hasta el túnel de la *Plaza Nueva*, en las inmediaciones de *Santa Ana*, y penetrando por él revueltas y aun oprimidas, ¡cuántas veces han inundado la ciudad antes de tomar la vuelta por la *Plaza Real* para seguir por detrás de la *Virgen de las Angustias* á incorporarse con la corriente del Genil en las proximidades del *Violón!*

A estas humoradas del Darro se refiere el antiguo cantar que dice:

Darro tiene prometido
el casarse con Genil,
y le ha de llevar en dote
Plaza Nueva y *Zacatin*.

Pero aunque el *Tajo de San Pedro* se desmorone con las acometidas del Darro; aunque sea de temer «continúen más ó menos lentamente los desprendimientos», según las conclusio-

nes del informe poco ha emitido por la Comisión especial nombrada al efecto, y compuesta de los ingenieros Sres. Gómez Tortosa, Fernández Figares y García Zamora; aunque puedan afectar en algún modo aquellos desprendimientos á la parte de la fortaleza en que se hallan emplazadas la *Torre del Cubo* y la *del Homenaje*, con los antiguos cuarteles á esta última contiguos, todavía, por fortuna, si bien la Alhambra «está sobre una montaña», no socava los cimientos de ella el Darro, «el río famoso de aguas auríferas», ni «el cauce de este río hondísimo, se extiende subterráneamente, formando lagos [subterráneos], que rezuman en invierno», ni por este motivo «poco á poco los pilares que sostienen la casa real, los malecones morunos del *Generalife*, las obras de fábrica donde se asienta robusta la *Torre de la Vela* pierden su firmeza, desunen su durísima argamasa y amenazan ceder, causando el desplome del recinto entero», ni han «convertido la *Colina roja*, en que se asienta la morada del rey moro, en una *colosal esponja*» las aguas perdidas y las filtraciones que la fantasía y el buen deseo suponen procedentes de los algibes, de las albercas y de los riegos para los jardines cuando, por lo que á esto en especial se refiere, concluyentemente afirman los peritos en el informe á que antes hemos aludido que «no se han apreciado filtraciones en el tajo procedentes de los algibes del recinto», según han propalado con el mejor propósito los diarios madrileños.

Sí. Es cuestión de honra para España, repetimos, la *conservación* de la Alhambra; pero no hay necesidad de recurrir para ello á exageraciones como las anotadas, y que con sano y prudente criterio razonadamente combate nuestro buen amigo el Sr. Valladar desde la excelente revista que con el título del fantástico alcázar publica hace años en la hermosa Damasco de Occidente, recordando el estudio de que dió lectura en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en Febrero de 1904. Impónese la urgencia de que fijen su atención los Gobiernos en aquella joya del arte, y que no suenen en el vacío

ni la voz de las Academias ni la de los peritos, huyendo de *restauraciones* hipotéticas que pueden alterar y que han alterado á las veces los monumentos. Porque éstos, y en especial los mahometanos, más que para exaltar la fantasía de noveladores y poetas, más que para despertar lisonjeros ensueños en los cuales predominen la voluptuosidad y el sensualismo, sobre ser trofeos de glorias inmarcesibles, son elementos históricos que contribuyen, con las enseñanzas de los mismos desprendidas, al conocimiento de las evoluciones de la nacional cultura.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

EL AMIGO ABNEGADO

Una rata de agua, macho viejo, sacó una mañana la cabeza fuera de su agujero. Tenía unos ojuelos redondos, de mirada muy viva, y gastaba poblados bigotes grises. Su cola parecía un largo trozo de goma elástica negra.

Unos patos jovencillos nadaban en la charca, semejantes á una bandada de canarios amarillos, y su madre, completamente blanca, con patas encarnadas, se esforzaba en enseñarles la manera de zambullir la cabeza en el agua.

—Nunca podréis estar entre la buena sociedad, si no sabéis meter la cabeza—les decía.

Y de nuevo les mostraba de qué modo habían de hacerlo. Pero los patitos no hacían caso alguno de las lecciones. Eran tan jóvenes, que no sabían las ventajas que tiene el vivir en la *sociedad*.

—¡Qué desobedientes son!—exclamó la rata.—Merecerían, en verdad, que se les ahogase.

—¡Líbreme el cielo!—replicó la pata.—Todo tiene sus comienzos, y á los padres no les ha de faltar nunca la paciencia.

—¡Ah! yo no tengo ninguna idea de los sentimientos que pueden experimentar los padres—dijo la rata.—No soy padre de familia. No me he casado nunca, ni he pensado en ello. Sin duda el amor es en su género una buena cosa, pero la amistad vale más. Ciertamente, no sé de nada en el mundo que sea más noble ó más raro que una amistad abnegada.

—¿Y qué idea tiene usted, le ruego que me diga, de los de-

beres de un amigo abnegado? — preguntó una pardilla verde que estaba sobre un sauce, y que había escuchado la conversación.

—Sí, eso es precisamente lo que quisiera saber — dijo la pata, y nadó hacia el extremo de la charca, zambullendo la cabeza para dar buen ejemplo á sus hijos.

— ¡Qué pregunta más tonta! — exclamó la rata. — Lo que pretendo de un amigo abnegado es la abnegación, ni más ni menos.

—¿Y qué hará usted en cambio?—dijo la pajarita, aleteando sobre una ramilla argentada.

—No comprendo—respondió la rata.

—Déjeme contar una historieta á este propósito — dijo la pardilla.

—¿Es para mí la historia?—preguntó la rata.—Si así es, la escucharé gustoso, porque me gustan los cuentos con locura.

—Es aplicable á usted—contestó el ave.

Voló, y colocándose al borde de la charca, contó la historia del amigo abnegado.

—Vivía en un tiempo—dijo la pardilla—un buen muchacho llamado Hans.

—¿Era un hombre verdaderamente distinguido?—preguntó la rata.

—No—respondió la pardilla.—No creo que fuese nada distinguido, salvo por su buen corazón y su morena y plácida cara redonda. Vivía en una pobre casa de campo, y trabajaba diariamente en su jardín. En todos los alrededores no había jardín tan bonito como el suyo. Daba claveles, alhelies, bolsas de pastor, saxífragas, rosas de Damasco, rosas amarillas. Según los meses, florecían alternando agabanzos y mastuerzos, mejorana y albahaca silvestres, primulas y lirios de Alemania, asfodelos y claveles-alhelies. Una flor ocupaba el sitio de otra flor. Así es que siempre había allí cosas bonitas que mirar y agradables olores que aspirar.

El joven Hans tenía muchos amigos, pero el más cariñoso

de todos era el gran Hugh, el molinero. Verdaderamente, el rico molinero era tan amigo de Hans, que jamás iba al jardín de éste sin coger un ramo de flores ó un manojo de legumbres suculentas, ó sin llenarse los bolsillos de ciruelas ó cerezas, según la estación.

—Los amigos verdaderos lo poseen todo en común—tenía la costumbre de decir el molinero.

Y el joven Hans asentía con la cabeza, sonreía y estaba muy satisfecho con tener un amigo que pensaba tan noblemente.

A veces, sin embargo, á la vecindad le parecía raro que el rico molinero no diese nunca nada á Hans, aunque tuviese cien sacos de harina almacenados en su molino, seis vacas lecheras y mucho ganado lanar; pero Hans no perturbó jamás á su cerebro con semejantes ideas. Nada le complacía tanto como escuchar los hermosos pensamientos que el molinero tenía costumbre de exponer sobre la solidaridad de los verdaderos amigos.

Así, pues, el joven Hans trabajaba su jardín. Durante la primavera, el verano y el otoño, era muy feliz; pero cuando llegaba el invierno y no tenía fruta ni flores que llevar al mercado, sufría mucho frío y mucha hambre, y á menudo se acostaba sin haber comido otra cosa que algunas peras secas y algunas malas nueces. También en invierno se encontraba por extremo aislado, porque el molinero no iba jamás á verle en esa estación.

—No está bien que vaya á ver á Hans mientras que duren las nieves—decía á menudo el molinero á su mujer.—Cuando las personas sufren molestias, hay que dejarlas solas y no fastidiarlas con visitas. Estas son, por lo menos, mis ideas sobre la amistad, y estoy seguro de que son las justas. Así, pues, esperaré la primavera, y entonces iré á verle: podrá darme un gran cesto de primulas, y esto le satisfará.

—En verdad que eres bueno para con los demás—respondía su mujer, sentada en una cómoda butaca cerca de un buen

fuego de madera de pino.—Estoy segura de que el párroco no diría cosas tan hermosas como tú, aunque vive en una casa de tres pisos y lleva un anillo de oro en su dedo pequeño.

—¿Pero no podríamos hacer que Hans viniese á vivir aquí?—interrogaba el hijo del molinero. — Si el pobre Hans tiene penas, le daré la mitad de mi sopa y le enseñaré mis conejos blancos.

— ¡Qué tonto eres!—exclamó el molinero.—No sé verdaderamente de qué sirve enviarte á la escuela. Parece que no aprendes nada en ella. Si Hans viniese aquí y viera nuestro buen fuego, nuestra excelente cena y nuestra gran barrica de vino tinto, podría hacerse envidioso. Ahora bien, la envidia es una cosa muy terrible, que echa á perder los mejores caracteres. Ciertamente, no he de permitir que el carácter de Hans se eche á perder. Soy su mejor amigo, y velaré siempre sobre él y cuidaré de que no se vea expuesto á ninguna tentación. Además, si Hans viniese podría pedirme un poco de harina á crédito, y esto no puedo hacerlo. La harina es una cosa y la amistad es otra, y no deben confundirse. Son palabras que no se escriben lo mismo, y que significan cosas diferentes. Todos lo saben.

—¡Qué bien hablas!—dijo la mujer del molinero, presentándole un vaso grande de cerveza caliente.—Me siento verdaderamente adormecida. Lo mismo que en la iglesia.

—Muchos obran bien—replicó el molinero,—pero pocos saben hablar bien, lo que prueba que hablar es, con mucho, la cosa más difícil y también la más hermosa de ambas.

Y miró severamente por encima de la mesa á su hijo, que se sintió tan avergonzado de sí mismo, que bajó la cabeza, se puso como la grana y se puso á llorar encima de su taza de té.

Era tan joven que le excusaréis.

—¿Es ese el final de la historia?—preguntó la rata.

—No—replicó la pardilla.—Es el principio.

—Entonces se encuentra usted atrasada respecto á su épo-

ca—repuso la rata.—Todo buen cuentista empieza hoy por el fin, sigue por el principio y termina por el medio. Este es el nuevo método. Se lo he oído á un crítico que paseaba á orillas de la charca con un joven. Trataba la cuestión como maestro, y estoy seguro de que debía de tener razón, porque llevaba anteojos azules y era calvo; y cuando el joven le hacía alguna observación, contestaba siempre: «¡Bah!» Pero continúe, le ruego, la historia. Me gusta mucho el molinero. También yo poseo toda clase de hermosos sentimientos; así es que hay una gran simpatía entre nosotros.

—Bien—dijo la pardilla, dando saltitos tan pronto sobre una pata como sobre la otra.—En cuanto pasó el invierno y comenzaron las primulas á abrir sus estrellas de un amarillo pálido, el molinero dijo á su mujer que iba á salir y á hacer una visita al joven Hans.

—¡Qué buen corazón tienes!—exclamó su mujer.—Siempre piensas en los demás. Llévate el cesto grande para traer flores.

Entonces el molinero ató juntas las aspas del molino con una fuerte cadena de hierro, y descendió la colina con el cesto al brazo.

—Buenos días, Hans—dijo el molinero.

—Muy buenos—contestó Hans, apoyándose en su azada y con una sonrisa que iba de oreja á oreja.

—¿Cómo se ha pasado el invierno?—preguntó el molinero.

—Bien, bien—replicó Hans;—es usted muy amable en venir á informarse. He tenido que pasar malos días; pero ya ha vuelto la primavera, y soy casi feliz... Mis flores prometen.

—Hemos hablado á menudo de ti este invierno, Hans—siguió diciendo el molinero,—y nos preguntábamos lo que harías.

—Es usted muy bueno...—dijo Hans.—Casi temía que me hubiese usted olvidado.

—Hans, me sorprende oírte hablar de esa manera—replicó

el molinero.—La amistad no olvida nunca. Esto es lo admirable de ella; pero temo que no comprendas la poesía de la vida... Y, entre paréntesis, tienes unas primulas muy hermosas.

—Sí que lo son—dijo Hans,—y es una suerte para mí el tener muchas. Voy á llevarlas al mercado, y las venderé á la hija del burgomaestre, y con el dinero rescataré mi carretón.

—¿Rescatar tu carretón? Eso quiere decir que lo has vendido. Es una gran tontería.

—Ciertamente, sí; pero el caso es—replicó Hans—que tuve necesidad de hacerlo. Ya sabe usted que el invierno es para mí una malísima época, y no tenía verdaderamente un céntimo para comprar pan. Así, pues, vendí primeramente los botones de oro de mi traje de los domingos; luego vendí mi cadena de plata, y en seguida mi flauta. Por último, vendí mi carretón. Pero ahora voy á rescatarlo todo.

—Hans—dijo el molinero,—te daré mi carretón. No se encuentra en muy buen estado. Uno de los lados está roto, y hay algo torcido en los radios de la rueda; pero, á pesar de esto, te lo daré. Sé que es una generosidad de parte mía, y á muchas personas les parecerá que es una locura deshacerme de él; pero yo no soy como los demás. Pienso que la generosidad es la esencia de la amistad, y además he comprado un carro nuevo. Sí, puedes estar tranquilo... Te daré mi carretón.

—Gracias; es usted verdaderamente generoso—dijo Hans; y su plácido rostro resplandecía de placer.—Puedo fácilmente componerle, porque tengo una tabla en casa.

—¡Una tabla!—exclamó el molinero;—muy bien. Eso es precisamente lo que necesito para el techo de mi granja. Tiene un gran agujero, y, si no le tapo, se mojará el trigo. ¡Qué oportunamente has dicho eso! En verdad que es cosa de observar que una buena acción engendra siempre otra. Te he dado mi carretón, y ahora vas á darme tu tabla. Naturalmente, el carretón vale mucho más que la tabla; pero la amistad

sincera no repara nunca en estas cosas. Haz el favor de darme en seguida la tabla, y me pondré hoy mismo á la obra para reparar mi granja.

—¡Ciertamente!—replicó Hans.

Y corrió á su tejadillo y sacó la tabla.

—No es muy grande—dijo el molinero, mirándola,—y temo que cuando haya compuesto el techo de mi granja no quede lo bastante para que arregles el carretón; pero, naturalmente, no es esto culpa mía... Y ahora, como te he dado mi carretón, estoy seguro de que á tu vez me querrás dar algunas flores... Aquí está el cesto; tú cuidarás de llenarlo casi por completo.

—¿Casi por completo?—dijo Hans apenado, porque el cesto era de grandes dimensiones, y se daba cuenta de que si lo llenaba no le quedarían flores que llevar al mercado. Y tenía muchas ganas de rescatar sus botones de plata.

—La verdad—respondió el molinero,—como te he dado mi carretón, no pensaba que fuese demasiado el pedirte algunas flores. Puedo engañarme, pero creía que la amistad, la verdadera amistad, estaba libre de egoísmo, de cualquiera especie que sea.

—Mi querido amigo, mi mejor amigo—exclamó Hans,—todas las flores de mi jardín están á su disposición, porque deseo mucho más su estimación que mis botones de plata.

Y corrió á coger las bonitas primulas y á llenar con ellas el cesto del molinero.

—¡Adiós, Hans!—dijo el molinero, volviendo á subir la colina con la tabla al hombro y el cesto al brazo.

—¡Adiós!—dijo Hans.

Y se puso á trabajar alegremente: ¡estaba tan contento con tener el carretón!...

Al día siguiente estaba atando unas ramas de madreseiva sobre su puerta, cuando oyó la voz del molinero que le llamaba desde el camino. Entonces bajó de la escalera, corrió al extremo del jardín y miró por encima de la pared.

Era el molinero con un gran saco de harina al hombro.

—Querido Hans—dijo el molinero,—¿querrías llevarme este saco de harina al mercado?

—¡Oh! lo siento mucho—dijo Hans,—pero estoy verdaderamente muy ocupado hoy. Tengo que sujetar todas mis plantas trepadoras, que regar todas mis flores y que segar todos los prados.

—La verdad—replicó el molinero,—pensaba que en consideración á haberte dado mi carretón sería poco amable de tu parte que te negaras.

—¡Oh! no me niego—exclamó Hans.—Ni por todo lo del mundo quisiera pasar por un mal amigo de usted.

Y fué á buscar su gorra, y marchó con el pesado saco al hombro.

Era un día muy cálido, y el camino estaba atroz de polvo. Antes de que Hans hubiese llegado á la sexta milla estaba tan cansado que hubo de sentarse y descansar. Sin embargo, no tardó en continuar animosamente su camino, y llegó por fin al mercado.

Tras una espera de algunos minutos vendió el saco de harina á buen precio, y entonces volvió de un tirón á su casa, porque temía que se le hiciera tarde y le asaltase algún ladrón en el camino.

—Ciertamente ha sido una jornada penosa—se dijo Hans al meterse en la cama,—pero me alegro de no haberme negado, porque el molinero es mi mejor amigo y, además, me va á dar su carretón.

Al día siguiente, muy temprano, fué el molinero á buscar el dinero de su saco de harina; pero Hans se había cansado tanto, que todavía estaba en la cama.

—¡Qué perezoso eres!—exclamó el molinero.—Cuando pienso que acabo de darte mi carretón, se me figura que podrías trabajar con mayores bríos. La pereza es un gran vicio y, ciertamente, no querría que uno de mis amigos fuese perezoso ó apático. No te moleste lo que te digo. Ciertamente que no ha-

blaría de esta manera si no fuese amigo tuyo. ¿Pero de qué serviría la amistad si no se pudiese decir sin rodeos lo que se piensa? Todo el mundo puede decir cosas amables, esforzarse en agradar y adular, pero un amigo sincero dice cosas desagradables y no vacila en causar una pena. Por el contrario, si es un amigo verdadero prefiere esto, porque sabe que así hace un bien.

—Lo siento mucho—respondió Hans frotándose los ojos y quitándose su gorro de dormir;—pero estaba tan cansado, que creía que me había acostado hacía poco tiempo y escuchaba el canto de los pájaros. ¿No sabe usted que yo trabajo siempre mejor cuando he oído cantar los pájaros?

—Bueno, tanto mejor—replicó el molinero dando una palmadita en el hombro á Hans,—porque necesito que me arregles el techo de mi granja.

A Hans le urgía mucho ir á trabajar á su jardín, porque no había regado las flores desde hacía dos días; pero no quiso negarse al molinero, porque éste era un buen amigo para él.

—¿Piensa usted que no sería amistoso el decirle que tengo que hacer?—preguntó con voz humilde y tímida.

—La verdad—replicó el molinero,—no pensaba que fuese pedirte mucho después de haberte regalado mi carretón; pero, naturalmente, si te niegas iré yo mismo á hacerlo.

—¡Oh! de ninguna manera—exclamó Hans saltando de la cama.

Se vistió y se dirigió á la granja.

Trabajó todo el día hasta ponerse el sol, y, al atardecer, el molinero fué á ver la obra.

—¿Has tapado el agujero?—preguntó el molinero con voz alegre.

—Ya está casi concluído—respondió Hans bajando de la escalera.

—¡Ah!—dijo el molinero;—no hay trabajo más delicioso que el que se puede hacer para el prójimo.

—Seguramente que es un privilegio el oírle hablar—res-

pondió Hans, que se paró y enjugó su frente,—un grandísimo privilegio, pero temo no tener nunca ideas tan hermosas como usted.

—¡Oh! ya las tendrás—dijo el molinero;—pero te costará más trabajo. Ahora no tienes más que la práctica de la amistad. Algún día tendrás también la teoría.

—¿Lo cree usted así?—preguntó Hans.

—No lo dudo—contestó el molinero.—Pero ya que has arreglado el techo, lo mejor que puedes hacer es volver á tu casa y descansar; porque mañana necesito que me lleves los corderos al monte.

El pobre Hans no se atrevió á protestar; y al día siguiente, al amanecer, el molinero llevó sus corderos junto á la casita de Hans, y éste marchó con ellos al monte. Entre ir y volver pasó todo el día; y cuando regresó estaba tan cansado, que se durmió en una silla y no despertó hasta el amanecer.

—¡Qué tiempo tan delicioso voy á tener en mi jardín!—se dijo; y fué á ponerse á la tarea.

Pero de una ú otra manera, no tuvo tiempo de echar un vistazo á sus flores: su amigo el molinero llegaba, y le enviaba á hacer largas correrías ó le pedía que fuese á ayudarle al molino. A veces Hans se desesperaba al pensar que sus flores creerían que las había olvidado; pero se consolaba pensando que el molinero era su mejor amigo.

—Además—acostumbraba á decirse,—va á darme su carretón, y esto es un acto de pura generosidad.

Así, pues, Hans trabajaba para el molinero, y el molinero decía muchas cosas bellas sobre la amistad, que Hans escribía en un cuaderno y las releía por la noche, porque entendía de letras.

Ahora bien: sucedió que una noche Hans estaba sentado junto al fuego, cuando llamaron con fuerza á la puerta.

La noche era muy negra. El viento soplaba y rugía en torno de la casa tan terriblemente, que Hans, al pronto, pensó que era el huracán que daba contra la puerta. Pero resonó un

segundo golpe; después un tercero, más rudo que los otros.

—Será algún pobre caminante—se dijo Hans; y corrió á la puerta.

El molinero estaba en el umbral, con una linterna en una mano y un grueso garrote en la otra.

—Querido Hans—dijo el molinero,—tengo una gran pena. Mi pequeñuelo se ha caído de una escalera y se ha herido. Voy á buscar al médico. Pero vive lejos de aquí, y la noche está tan mala, que he pensado que valdría más que fueses tú en mi lugar. Ya sabes que te doy mi carretón. Así es que estaría bien que hicieses á tu vez algo por mí.

—Ciertamente—exclamó Hans.—Me alegro de que haya pensado usted en venir á buscarme, y voy á marchar en seguida. Pero debería usted prestarme la linterna, porque la noche es tan obscura que temo caer en algún foso.

—Lo siento mucho—respondió el molinero;—pero es mi linterna nueva, y sería una gran pérdida si le ocurriese algún accidente.

—Bueno. No hablemos más. Pasaré sin ella—dijo Hans.

Se puso su gran capa de piel y su gorra de abrigo, se ató su bufanda al cuello, y salió.

La tempestad era horrible. La noche estaba tan negra, que Hans veía apenas; y el viento era tan fuerte, que le costaba trabajo andar. Sin embargo, era muy animoso, y al cabo de cerca de tres horas de marcha llegó á casa del médico y llamó á la puerta.

—¿Quién es?—gritó el médico desde la ventana de su cuarto.

—¡Hans, doctor!

—¿Qué desea usted, Hans?

—El hijo del molinero se ha caído de una escalera y se ha herido, y es preciso que venga usted al punto.

—Muy bien—replicó el doctor.

Ensilló en el acto su caballo, se puso las botas altas, cogió la linterna y salió.

Partió en dirección del molino, llevando detrás á pie á Hans.

Pero la tempestad aumentó. La lluvia cayó á torrentes, y Hans no podía ni ver por dónde iba, ni seguir el paso del caballo. Al fin perdió el camino, vagó por la landa, que era un lugar peligroso lleno de agujeros profundos, y en donde el pobre Hans se ahogó.

Al día siguiente, unos pastores encontraron su cuerpo, que flotaba sobre una gran charca, y le llevaron á su casita.

Todo el mundo fué al entierro del joven Hans, porque era muy querido, y el molinero figuró en la presidencia del duelo.

—Yo era su mejor amigo—dijo el molinero:—me corresponde por derecho el puesto de honor.

Se puso, pues, al frente del cortejo con una larga capa negra, y de vez en cuando se limpiaba los ojos con un gran pañuelo de bolsillo.

—El joven Hans representa una gran pérdida para todos nosotros—dijo el hojalatero cuando hubieron terminado los funerales; y se sentó cómodamente el duelo en la venta para beber vino y comer buenos bocados.

—Es una gran pérdida, sobre todo para mí—replicó el molinero.—A la verdad, fuí bastante bueno para propasarme al darle mi carretón, y ahora no sé qué hacer de él. Me molesta en casa, y se encuentra en tan mal estado que si lo vendiera no sacaría nada. Ciertamente, en adelante no volveré á dar nada á nadie. Siempre se sufren las consecuencias de haber sido generoso.

—Así es—dijo la rata después de una larga pausa.

—¡Perfectamente! Esa es la sentencia final—dijo la pardilla.

—¿Y qué fué del molinero?—preguntó la rata.

—¡Oh! Nada sé de él—replicó la pardilla,—y á la verdad que me es igual.

—Es evidente que no es usted de un natural amable—dijo la rata.

—Me temo que no ha visto usted la moral de la historia—replicó la pardilla.

—¿La qué?—exclamó la rata.

—La moral.

—Quiere usted decir que la historia tiene una moral.

—Ciertamente—afirmó el ave.

—En verdad—dijo la rata con acento de cólera,—que podía usted habérmelo dicho antes de empezar. Si lo hubiera usted hecho, seguramente que no la hubiese escuchado. Seguramente habría dicho: «¡Bah!», como el crítico. Pero puedo decirlo ahora.

Y gritó «¡Bah!» con toda su voz, agitó la cola y se metió en su agujero.

—¿Y qué dice usted de la rata?—preguntó la pata, que llegó chapoteando algunos minutos después.—Tiene muchas buenas cualidades; pero, por mi parte, tengo los sentimientos de una madre, y no puedo ver un célibe empedernido sin que las lágrimas acudan á mis ojos.

—Temo haberle enojado—respondió la pardilla.—El hecho es que le he contado una historia que tiene la moral.

—¡Ah! Eso es siempre una cosa muy peligrosa—dijo la pata.

Y soy absolutamente de su parecer.

OSCAR WILDE

EN LA ESTEPA

Salimos de Perekop con un humor detestable, hambrientos como lobos, furiosos contra todo el mundo. Habíamos empleado la mayor parte del día, sin resultado alguno, en poner de manifiesto nuestro ingenio para tratar de robar ó ganar algo. Convencidos, por fin, de que no lograríamos nada, ni de una parte ni de otra, nos decidimos á seguir adelante. ¿A dónde? De un modo vago, adelante, pensábamos.

La decisión era unánime, y nos la repetíamos uno á otro: sucediera lo que sucediese, estábamos resueltos á seguir la senda que nos habíamos trazado, y de la que no nos habíamos apartado desde hacía ya mucho tiempo. Cada uno de nosotros tomó esta resolución en silencio; no era preciso expresarla en alta voz: brillaba claramente en el sombrío fuego de nuestros ojos de hambrientos.

Éramos tres. Nuestras relaciones no eran muy antiguas: comenzaron en una taberna de Kherson, á orillas del Dnieper, en donde nos encontramos. Uno de nosotros era un soldado del batallón de ferrocarriles, empleado después como guarda-aguja cerca de Varsovia; era hombre musculoso, de tez cobriza, mirada dura; hablaba el alemán y conocía admirablemente la vida de las cárceles. Los tres teníamos razones perentorias para que no gustásemos mucho de que se ahondase en nuestro pasado: esto hacía que nos creyésemos unos á otros; por lo menos lo imaginábamos, porque en el fondo ninguno de nosotros tenía confianza ni siquiera en sí mismo.

Cuando el segundo de nuestros compañeros, un hombrecillo seco, de labios delgados y siempre fuertemente apretados, nos contó que había sido estudiante en la Universidad de Moscú, el soldado y yo aceptamos sin réplica su afirmación.

A la verdad, nos era absolutamente igual que hubiese sido en otro tiempo soldado, ladrón ó agente de la policía secreta; sufría hambre, llamaba en las ciudades la atención de la policía, en las aldeas era sospechoso á los mujiks; á mujiks y polizontes los odiaba con odio de animal impotente, acosado y hambriento; soñaba venganzas contra todos los privilegiados... Los tres pertenecíamos, por lo tanto, á la misma hornada.

El tercero era yo. Gracias á una modestia que ha sido siempre mi flaco desde la infancia, no os diré una sola palabra sobre mis bellas prendas; y no queriendo que me toméis por un cándido, me callaré acerca de mis defectos; pero sí he de confesar que siempre me he creído mejor que los otros, y que todavía hoy no he dejado de profesar esa opinión.

Así, pues, salimos de Perekop y echamos á andar en línea recta, con la esperanza de encontrar algunos *tchabans* (1), á quienes siempre se puede pedir pan y los cuales casi nunca lo niegan.

Yo caminaba al lado del soldado; «el estudiante» venía detrás. De los hombros de éste colgaba una especie de guiñapo que recordaba una americana; sus cabellos, cortados al rape, dejaban ver los ángulos de su cabeza puntiaguda, cubierta por los restos de un sombrero de ala ancha; unos pantalones grises llenos de remiendos multicolores cubrían sus flacuchas piernas; con el forro de su chaqueta había fabricado unas tiras, de las que se servía para sujetarse en los pies unos viejos pedazos de suelas encontrados por el camino; llamaba «sandalias» á tan original calzado. Andaba lentamente, levantando mucho polvo á cada paso, y escudriñándolo todo con sus ojuelos ver-

(1) Pastores de Crimea.

des. El soldado llevaba una camisa roja de algodón adquirida en Kherson y un chaleco de mucho abrigo; sobre su oreja derecha se inclinaba atrevidamente una gorra militar de color indefinido, y unos pantalones anchos flotaban alrededor de sus pantorrillas; iba descalzo. Vestía yo de una manera análoga, y llevaba los pies igualmente al aire libre.

Avanzábamos. En torno nuestro la estepa se desarrollaba como en una oscilación gigante, y sobre nuestras cabezas se redondeaba la extensión ardiente y azulada del cielo de verano sin nubes, semejante á una cúpula inmensa de color oscuro. Un camino polvoriento y gris cortaba la estepa como una cinta y nos quemaba los pies; aquí y allí aparecían campos de trigo ya segado.

El soldado marchaba cantando con voz de bajo un poco ronca:

...Cantemos y alabemos
tu domingo santo...

Durante el servicio militar reemplazó frecuentemente al chantre de la capilla del cuartel; de suerte que conocía un número incalculable de himnos y de cánticos, de los que abusaba siempre que nuestra conversación languidecía.

Frente á nosotros, en el horizonte, iban creciendo unas líneas inciertas, cuyos contornos graciosos y delicados matices cambiaban de un violeta pálido á un rosado suave...

—Ahí están evidentemente las montañas de Crimea—dijo «el estudiante» en tono breve.

—¡Montañas!—exclamó el soldado;—me parece que te corre mucha prisa verlas; amigo mío, son nubes... sencillamente nubes. Mira bien: es como una gelatina de leche...

Hice observar lo agradable que sería que aquellas nubes fuesen en efecto gelatina... Esto reanimaba á la vez nuestra hambre y el fuego de nuestras mejillas.

—¡Qué diablo!—murmuró el soldado escupiendo;—¡si al menos pudiésemos encontrar un alma viviente! Nadie... Nos

sucede lo que á los osos en invierno: nos veremos obligados á chuparnos las patas.

—Ya os decía yo que era preciso dirigirnos hacia lugares habitados—dijo sentenciosamente «el estudiante».

—¿Eso decías?—replicó el soldado.—Hablas como un sabio. ¿En dónde están esos lugares habitados?... ¡El diablo lo sabe!

«El estudiante» se calló, con los labios apretados. Poco á poco desaparecía el sol, y en el horizonte las rosadas nubes se matizaban con tintes indefinibles. Había en el aire un olor de tierra y de sal, y ese olor seco y agradable aumentaba aún nuestro apetito. El vacío de nuestros estómagos nos torturaba. Era una sensación penosa y singular. Hubiérase dicho que todos los jugos de nuestros músculos desaparecían, lentamente evaporados, y que la circulación de la sangre se entorpecía. Las cavidades de la boca y de la garganta se ponían picantes y secas; nos dolía la cabeza, y unas motas negras subían y bajaban sin descanso ante nuestros ojos. A veces, tales motas adquirirían el aspecto de pedazos de carne ó de pan; y á estas «mudas visiones del pasado», el recuerdo añadía el correspondiente olor; era como si nos diesen vueltas con un cuchillo en el estómago.

Seguíamos andando, describiéndonos uno á otro las sensaciones que experimentábamos, mirando á todos lados, vigilantes, para tratar de percibir algún rebaño de ovejas, y prestando oído, con la esperanza de reconocer el chirriar de una carreta tártara que llevase frutos al mercado armenio.

Pero á lo lejos, en la estepa, reinaban el vacío y el silencio.

La víspera de aquella terrible jornada habíamos comido entre los tres cuatro libras de pan de centeno y cinco sandías, y después habíamos andado unos cuarenta kilómetros. ¡Los gastos no eran proporcionados á los ingresos! Y cuando nos quedamos dormidos en la plaza del mercado de Perekop, nos despertó el hambre.

«El estudiante» nos había aconsejado con razón que no nos acostásemos y empleáramos la noche en...; pero en una sociedad como debe ser no se habla en alta voz de proyectos de este género, consistente en violar la propiedad ajena; así, pues, me callo.

Quiero ser verídico; no me conviene mostrarme grosero. Sé muy bien que en nuestra época de alta cultura las gentes son cada vez más compasivas, y que cuando agarran al prójimo por la garganta con la evidente intención de ahogarle, procuran hacerlo con toda la amabilidad imaginable, observando las reglas de la cortesía más oportuna en tales circunstancias. La experiencia realizada por mi propia garganta me obliga á reconocer el progreso alcanzado en las costumbres, y con un sentimiento de agradable convicción puedo confirmar de qué manera en este mundo se desarrolla y se perfecciona todo, especialmente, lo repito, en lo que concierne al arte de estrangular á las gentes. No quiero, como prueba de lo que digo, sino el crecimiento mayor cada año de cárceles, tabernas, casas públicas...

Seguíamos adelante, tragándonos nuestra seca saliva y tratando de acallar nuestros dolores de estómago con una conversación amistosa; marchábamos por la estepa desierta y silenciosa, bajo los rojizos rayos del sol poniente, y estábamos llenos de una esperanza confusa. Descendía el sol; caía lentamente entre nubes ligeras, á las que teñía con sus rayos, y por todas partes se elevaba de la estepa un vapor azulado que ascendía hacia el cielo y limitaba los tristes horizontes que nos rodeaban.

—Hermanos, buscad con qué hacer fuego—dijo el soldado recogiendo un pedazo de madera:—nos veremos obligados á pasar la noche en la estepa, y el rocío es muy fuerte; coged cuanto os caiga en la mano.

Nos dispersamos para buscar hierbas secas y todo lo que nos parecía que pudiese arder. Cada vez que nos inclinábamos hacia el suelo, experimentábamos un vehemente deseo de

dejarnos caer, de permanecer allí sin movimiento, y después llevarnos á la boca aquella tierra negra, y comerla en gran cantidad hasta saciarnos, para dormirnos en seguida. Quedarse uno dormido para siempre, poco nos importaba; pero comer primero, mascar, sentir aquella materia espesa y tibia correr lentamente por el canal seco de la boca hasta el estómago hambriento, ardiente por la necesidad intensa de absorber algo.

¡Si al menos se pudiera encontrar alguna raíz! Hay raíces comestibles.

Pero nada, ni una raíz en aquella tierra no labrada. La noche viene pronto en el Sur; apenas se habían extinguido los últimos rayos del sol, cuando las estrellas se mostraban en el oscuro azul del cielo, y las crecientes sombras se amontonaban en torno nuestro, disminuyendo el espacio inmenso de la estepa circundante.

—¡Hermanitos!—dijo á media voz «el estudiante»,—hay un hombre echado allí abajo, á la izquierda...

—¿Un hombre?—interrogó con aire de duda el soldado.—¿Qué podría hacer aquí?

—Vete á preguntárselo; seguramente tiene pan, puesto que ha acampado en la estepa—replicó «el estudiante».

El soldado miró hacia el lugar indicado, y dijo escupiéndolo con energía:

—¡Vamos allá!

Se necesitaba la penetrante mirada de los verdes ojos del «estudiante» para distinguir á un hombre en la sombría masa que se dibujaba á unos cien metros de nosotros, á la izquierda del camino.

Nos dirigimos prontamente al través de los campos labrados, y sentíamos la esperanza reciente de encontrar algún alimento, mientras que aumentaban nuestras angustias de hambrientos.

Estábamos ya muy cerca, y el hombre no se movía.

—Tal vez no sea un hombre—dijo el soldado con tono

sombrío, expresando así el pensamiento que se nos había ocurrido á los tres.

Pero en el mismo instante nuestras dudas se disiparon, porque la masa que yacía en el suelo comenzó á moverse, creció á nuestra vista, y vimos que era, en efecto, una criatura humana que tendía un brazo hacia nuestro lado. Después el desconocido exclamó con voz temblona y sorda:

—¡No te acerques, ó te dejo seco!

Y se oyó el ruido de amartillar un arma.

Nos paramos y guardamos silencio por algunos segundos, sorprendidos ante tan poco benévola acogida.

—¡Valiente canalla!—murmuró el soldado.

—Sí—dijo «el estudiante» con aire pensativo,—debe de ser un pajarraco.

—¡Escucha!—gritó el soldado, que acababa, evidentemente, de tomar una resolución.

El hombre, sin cambiar de posición, seguía callando.

—Escucha: no queremos hacerte daño... Danos solamente un poco de pan... Seguramente tienes... Dánoslo, hermano, en nombre de Cristo... ¡Maldito seas, bandido!...

El soldado masculló la última frase.

El hombre seguía callado.

—¿Pero nos oye siquiera?—exclamó el soldado con un temblor de rabia y de desesperación en la voz.

—¡Danos pan! No nos acercaremos. ¡Tíranoslo!...

—Bien—dijo por fin el hombre.

Aunque nos hubiese llamado «mis queridos hermanos», y hubiese puesto en estas tres cristianas palabras la expresión de sus sentimientos más puros y más sagrados, no nos hubie-
ra calmado más pronto ni mejor que con aquel sordo y seco «bien».

—No tengas temor de nosotros, buen hombre—añadió el soldado con sonrisa tierna y dulce; y sonreía, aunque el hombre, que estaba por lo menos á veinte pasos de nosotros, no le pudiera ver.—Somos gentes de paz... y vamos de Rusia á Ku-

ban... No hemos ganado gran cosa en el camino... hemos vendido todo lo que poseíamos... y ahora no hemos comido nada desde hace dos días...

—Toma, ahí va—respondió el hombre, alzando la mano.

Un pedazo de pan negro atravesó el aire y cayó cerca de nosotros. «El estudiante» se precipitó á cogerlo.

—Toma, ahí va más; es todo lo que tengo...

Cuando «el estudiante» hubo recogido aquellos presentes, vimos que había unas cuatro libras de pan duro de trigo: estaba seco y sucio; pero esto nos importaba poco, y nos alegramos mucho de que estuviese tan duro.

El pan duro es más alimenticio que el pan tierno; contiene menos humedad.

—Tomad, tomad—decía el soldado, distribuyendo los pedazos.—Trae; eso no es justo, señor sabio; dame ese pedazo para éste...

«El estudiante» se sometió, sin replicar, á la pérdida de un pedazo de pan de cinco gramos, poco más ó menos, que me correspondía.

Comencé á comer y á mascar lentamente, reteniendo con trabajo el movimiento convulsivo de las mandíbulas, que hubieran hecho migajas las piedras. Era un goce supremo sentir las ansias del estómago, y satisfacerlas poco á poco, bocado tras bocado. Aquel alimento producía una sensación exquisita, indescriptible, mientras que penetraba en el estómago: parecía que se transformaba en sangre y medula. Una alegría singularmente vivificante y reconfortante me caldeaba el corazón á medida que el estómago se llenaba, y me sentía caer en un estado de sopor general. Me había olvidado de aquellas jornadas de hambre crónica. Y, sumido en las delicias de las emociones presentes, no pensaba ya en mis compañeros.

Pero cuando hube puesto en mi boca las últimas migajas de pan que permanecían aún en la palma de mi mano, sentí que continuaba teniendo un hambre mortal.

—Ese maldito tiene todavía grasa y carne—gruñó el sol-

dado, sentado en el suelo frente á mí y frotándose el estómago con sus manos.

—Sin duda, porque el pan tiene olor de carne... Y además, todavía puede quedarle pan...—dijo «el estudiante»; añadiendo en voz baja: —¡Si no tuviera un arma!

—¿Quién será? ¿De dónde vendrá?

—Seguramente es uno de nosotros.

—Es un perro—dijo resueltamente el soldado.

Estábamos sentados juntos, y mirábamos de soslayo hacia el lugar en que se encontraba nuestro bienhechor. Ningún ruido, ningún signo de vida, acusaba su presencia.

En torno nuestro, la noche se ensombrecía. Un silencio de muerte reinaba en la estepa: oíamos nuestras respiraciones. De cuando en cuando, resonaba el silbido melancólico del cielo... Las estrellas, flores vivientes del cielo, brillaban sobre nuestras cabezas... Teníamos hambre. Tengo orgullo en decirlo: en aquella noche extraña yo no era ni mejor ni peor que mis compañeros de azar; les sugerí que nos levantásemos y marcháramos sobre aquel hombre.

—No le haremos ningún daño, pero comeremos cuanto tenga.

—Disparará.

—¡Sea! De los tres, no alcanzará más que á uno, y hasta es posible que le hiera solamente.

—Vamos—dijo el soldado, levantándose.

«El estudiante» se levantó también, pero con más lentitud.

Nos pusimos en camino, corriendo casi; «el estudiante» se mantenía á retaguardia.

—¡Compañero!—exclamó el soldado con tono de censura.

Al acercarnos, sentimos el ruido seco del martillo del arma; se vió un fogonazo y se oyó una detonación.

—¡Ileso!—exclamó alegremente el soldado; y de un salto se encontró junto al hombre.—Espera; ahora verás...

«El estudiante» se arrojó sobre la mochila.

Pero el desconocido cayó de rodillas, después de espaldas, y se puso á gemir.

—¿Qué te pasa?—dijo el soldado, que tenía ya el puño en alto para asestar un golpe al hombre.—¿Le habrá alcanzado la bala? ¿Qué haces? ¿Te habrás matado, por casualidad?

—Hay carne, empanadas, pan... Hay mucho, hermanitos—dijo de repente «el estudiante» con voz alegre.

—¡Vete al diablo! ¡revienta! Vamos á comer, amigos—dijo el soldado;—le he quitado el revólver; no hace movimiento alguno; todavía le quedaba una bala.

Comíamos de nuevo silenciosamente. El hombre seguía echado, sin movimiento. No le hacíamos ningún caso.

—¿Es posible, hermanitos queridos, que suceda todo esto para tener pan?—dijo súbitamente una voz temblona y ronca.

Nos miramos, estremeciéndonos; «el estudiante» se atragantó, bajó la cabeza y se puso á toser.

El soldado, después de haberse tragado el pedazo que tenía en la boca, comenzó á jurar.

—¡Alma de perro, revienta! ¡Idiota, mal hombre! Está armado y tira sobre las gentes. ¡Maldito seas!

Había perdido los estribos, y continuaba injuriándole mientras comía.

—Espera que hayamos concluído de comer para arreglarle las cuentas—murmuró «el estudiante».

Entonces, en el silencio de la noche, se oyeron sollozos semejantes á rugidos.

—Hermanitos... ¿acaso sabía yo? he tirado... porque tenía miedo; vengo de Athos. Voy al gobierno de Smolensko... ¡Oh Dios mío! la fiebre me ha quebrantado; en cuanto se pone el sol, sufro mucho... ¡Oh, lo que sufro! A causa de la fiebre he salido de Athos... trabajaba allí en carpintería... soy carpintero; en mi casa tengo mujer y dos hijas... hace cuatro años que no las he visto... Hermanitos... comedlo todo...

—Lo comeremos sin tu permiso—respondió «el estudiante».

—¡Dios mío! Si hubiera sabido que erais personas honradas, no hubiese tirado. Y aquí, hermanitos, en la estepa... de noche... ¿soy culpable, decidme?

Lloraba sin parar, ó más bien exhalaba una especie de gemido lastimero y tembloroso.

—¡Cuánto se lamenta! — dijo el soldado, con tono de desprecio.

—Debe de tener dinero—replicó «el estudiante».

El soldado guiñó un ojo, le miró y sonrió.

—Eres muy perspicaz... Vamos á encender fuego, y acostémonos.

—¿Y ese?—preguntó «el estudiante».

—¡Que el diablo se lo lleve! ¿Hay que asarle acaso?

—Tal vez sería mejor.—Y «el estudiante» meneó su cabeza puntiaguda.

Partimos en busca de los materiales que habíamos recogido, y que abandonamos cuando nos detuvo el grito amenazador del carpintero. Llevamos lo que hacía falta, y pronto nos sentamos alrededor del fuego, que ardía alegremente en la noche tranquila, iluminando el reducido espacio que ocupábamos. El sueño nos ganaba, y, sin embargo, comprendíamos que todavía podíamos haber comido más.

—Hermanitos—nos gritó el carpintero. Estaba tumbado á tres pasos de nosotros, y á veces me parecía oírle murmurar algo.

—¿Qué es lo que quieres?—preguntó el soldado.

—¿Puedo acercarme con vosotros al fuego? Tengo miedo de que la muerte llegue... todos los huesos me duelen... ¡Dios mío! ¿volveré á ver mi casa?

—No tienes más que arrastrarte hasta aquí — dijo el soldado.

Lentamente, como si tuviese miedo de perder una mano ó una pierna, el carpintero se acercó hasta la hoguera. Era un hombre de elevada estatura, con la piel pegada á los huesos; su traje parecía flotar, y sus grandes ojos turbios denotaban el

mal que le corroía; tenía el rostro completamente descarnado, y su tez acusaba, aun con el resplandor del fuego, un color amarillo, terroso y muerto. Temblaba todo su cuerpo, y nos inspiraba una especie de piedad despectiva. Tendidas hacia el fuego sus largas manos secas, frotaba unos con otros sus dedos huesudos, cuyas articulaciones se plegaban lentamente. En fin, toda su persona daba asco.

—¡Qué buen aspecto tienes! ¡Y viajas á pie! ¿sin duda es por avaricia?—preguntó el soldado.

—Es un consejo que me han dado: no vayas por mar, pasa por Crímea, allí es bueno el aire. Pero no puedo andar. Estoy muriéndome, hermanitos; moriré solo en la estepa, y los cuervos se comerán mi cuerpo. Nadie sabrá nada. Mi mujer y mis hijitas me esperarán en vano; las he escrito; y las lluvias de la estepa lavarán mis huesos... ¡Dios mío, Dios mío!

Exhalaba una especie de aullido, como el de un lobo herido.

—¡Diablo!—dijo entonces el soldado con cólera, y poniéndose vivamente en pie.—Acaba de lamentarte de esa manera. ¿No quieres dejar un instante de reposo á las gentes? ¿Que vas á reventar? ¡Pues revienta! Pero cállate.

—Dale un buen golpe en la cabeza—propuso «el estudiante».

—Acostémonos—dije.—Y tú, si quieres permanecer junto al fuego, cesa en tus lamentos. También yo estoy harto de ellos.

—Ya lo has oído—exclamó el soldado, furioso.—Que no haya que repetirlo. ¿Te figuras acaso que vamos á compadecernos de ti y que vamos á cuidarte porque nos hayas tirado el pan como á unos perros y nos hayas enviado unas balas? Otros en nuestro lugar te hubieran ya...

El soldado se calló, y se tumbó á la larga en el suelo.

«El estudiante» estaba ya tumbado; yo hice lo mismo. El carpintero, asustado, se hizo un ovillo al lado del fuego, y se puso á mirar á lo largo en silencio. Yo estaba á su derecha, y

podía oír el castañeteo de sus dientes. «El estudiante» estaba á su izquierda; me pareció que ya se había dormido.

El soldado, con las manos cruzadas bajo la nuca, boca arriba, miraba atentamente al cielo.

—¡Qué noche! ¡qué estrellas! ¡qué hermosa noche!—me decía.—Mira al cielo. ¡Qué cielo tan magnífico! Me gusta esta vida de vagabundo, amigo. Se sufre frío, hambre, pero se es libre... no se tiene amos. Puedes, si te place, comerte tu propia cabeza: nadie tendrá una palabra que decirte. ¡Qué bueno es esto! En estos últimos días, he sufrido á menudo hambre... he rabiado... pero ahora estoy echado, contemplo el cielo... las estrellas me hacen guiños, como para decirme: no temas, amigo Lakutine, sigue siempre adelante y no temas á nadie. Sí, sí, esto consuela... Y tú, ¿cómo te llamas, carpintero? No me guardes rencor y no tengas miedo; si nos hemos comido tus provisiones, no hay daño en ello. Tenías pan, nosotros no, y nos hemos comido el tuyo... Pero tú, salvaje, nos mandas balas; ¿no comprendes que una bala puede lastimar á un hombre? Esto me puso furioso, y si no te hubieses caído, te hubiera pegado por tu insolencia. En cuanto al pan, mañana puedes comprarlo al llegar á Perekop... Tú tienes dinero, lo sé... ¿Desde cuándo tienes la fiebre?

Durante mucho tiempo aún resonó en mis oídos el bajo profundo del soldado alternando con la voz temblona del carpintero enfermo. Las sombras de la noche descendían cada vez más negras sobre la tierra, y los pulmones aspiraban con delicia el aire succulento y fresco. La llama de la hoguera proyectaba una luz igual y un calor vivificante... Mis ojos se cerraban y sentía flotar sobre ellos, al través del sueño, algo puro y apacible.

.....

—¡Levántate! ¡Vamos, arriba! ¡A escape!

Abrí los ojos, invadido por una sensación de espanto, y me puse en pie con ayuda del soldado, que me tiraba fuertemente de los brazos.

—¡Pronto! ¡Marchemos!

Tenía en la cara una expresión de dureza y de alarma; mira en rededor. El sol se levantaba; ya sus rayos se posaban sobre el rostro inmóvil y amoratado del carpintero. Tenía la boca abierta, y los ojos, fuera de las órbitas, parecían clavar en nosotros una mirada vidriosa, llena de horror. El traje estaba desgarrado por el pecho, y el hombre me pareció echado en una posición anormal. «El estudiante» había desaparecido.

—¿Qué es lo que miras?

—Vamos, te digo—ordenó el soldado con voz ruda tirando de mí.

—¿Pero está muerto?—pregunté, estremeciéndome con el fresco del amanecer.

—Desde luego que si te estrangularan también te morirías, probablemente—replicó el soldado.

—¡Estrangulado! ¿y ha sido «el estudiante»?—exclamé.

—¿Quién iba á ser? á menos que no hayamos sido tú ó yo. Sí; ahí tienes á un sabio que ha puesto hábilmente fin á una vida humana... y nos ha puesto en una bonita situación... Si lo hubiese sospechado, hubiera concluído yo ayer con ese «estudiante». Un buen puñetazo en las sienes, y habría un canalla menos en el mundo. ¿Comprendes lo que ha hecho con esto? Hay que andar ahora de manera que nadie nos vea en la estepa, ¿comprendes? Hoy encontrarán el cuerpo del carpintero y verán que le han ahogado y desvalijado. Y se nos vigilará más. Nos preguntarán: ¿á dónde vas, de dónde vienes, en dónde has pasado la noche? Y nos detendrán probablemente, aunque no tengamos nada de que acusarnos... Pero yo tengo su revólver.

—Tírale—dije al soldado.

—¿Tirarle?...—contestó con aire pensativo.—Es una cosa que vale. Tal vez no nos cogerán... No, no quiero tirarlo. ¿Quién puede saber que el carpintero poseía un arma? Siempre vale por lo menos tres rublos, y todavía queda una bala... ¡Dios mío! ¡Si la hubiese empleado en nuestro querido com-

pañero desaparecido!... ¿Y cuánto dinero habrá robado ese perro maldito?

—¿Y las pobres hijas del carpintero?—pregunté.

—¡Las hijas! ¿qué hijas? ¡Ah! del carpintero. Pues bien, crecerán, y no seremos nosotros los que nos casemos con ellas. No hablemos más de esto. Vamos pronto, hermano; pero ¿á dónde iremos?

—No lo sé... poco importa.

—Tampoco yo lo sé, y también me es igual. Vamos hacia la derecha: el mar debe de estar allí.

Tomamos á la derecha.

Me volví una vez más.

Muy lejos de nosotros, en la estepa, se erguía la colina sombría, sobre la que brillaba el sol.

—¿Miras para ver si ha resucitado? No tengas cuidado, no vendrá tras de nosotros... El sabio, ya ves, es un hombre hábil: no le ha matado de broma. Era un buen compañero y nos ha hecho una buena jugarreta... Sí, hermano; cada año se pone peor el mundo—terminó diciendo tristemente el soldado.

La estepa, desierta y silenciosa, bañada por el radiante sol matutino, se extendía en torno nuestro, confundiéndose en el horizonte con el cielo en una gradación de luz tan dulce, tan clara, tan grata, que parecía imposible suponer la existencia de una cosa injusta y negra en la inmensa planicie que se desarrollaba bajo la cúpula azul del cielo.

—Otra vez tengo hambre, hermanito—dijo mi compañero haciendo un cigarrillo de tabaco negro.

—¿Qué comeremos hoy? ¿Dónde y cómo?

¡Enigma!

.....
El que me contó lo relatado, mi vecino de cama en la enfermería, terminó su narración diciéndome:

—Esto es todo. Intimamos mucho el soldado y yo; fuimos juntos hasta la provincia de Kars. Era un buen muchacho, de

gran experiencia, una vagabundo típico; yo le estimaba. En el Asia Menor nos perdimos de vista.

—¿Piensa usted alguna vez en el carpintero?

—Ya lo ve usted; ó más bien, ya me lo ha oído usted decir hace un momento.

—Y... ¿le impresiona á usted?

Se echó á reir.

—¿Qué quiere usted?... Conmigo no va nada en este asunto. Yo no tengo la culpa; por lo demás, nadie es culpable de nada, porque, en fin, todos somos igualmente brutos. ¿No es así?...

MÁXIMO GORKI

CRÓNICA LITERARIA

Amor y Ciencia.—Comedia en cuatro actos, por D. Benito Pérez Galdós.

Pérez Galdós ha llegado á esa altura de prestigio en que se conquista no sólo el entusiasmo de algún grupo de adeptos fervorosos, sino el respeto general. Este sentimiento, el respeto, con ser más tibio que el entusiasmo, me parece más difícil de alcanzar en España, y más afortunados los que le logran. El servilismo, que no es el respeto, suele andar entre nosotros seguido muy de cerca de la envidia en sus más ruines manifestaciones. El apocamiento y la falta de iniciativas generales se vengan de los que por algún concepto se han distinguido, tratando de empequeñecerlos ó de ponerlos en ridículo, cuando no de calumniarlos francamente.

Que Galdós merece ese respeto y ese entusiasmo no es necesario decirlo. Su obra extraordinaria de novelista, extraordinaria no sólo por la abundante facilidad á lo Balzac, á lo Dickens ó á lo Zola, sino por la creación genial de tantos tipos, por tanto delicado análisis de almas, tanta excelente pintura de medios y tanta concepción feliz de dramáticos y conmovedores asuntos, le da pleno derecho á ese tributo que, tratándose de él, es justa recompensa. Su labor en el teatro, grande también, aunque no tanto como en la novela, le coloca igualmente entre nuestras primeras figuras literarias de la época.

Un testimonio elocuente y plausible de ese respeto hemos

visto al representarse la comedia *Amor y Ciencia*, inferior, á mi juicio, á la mayor parte de las producciones dramáticas del mismo autor, y que ha sido apreciada por la crítica y vista por el público con una consideración que aquí no se prodiga á los autores dramáticos, á no concurrir en ellos circunstancias excepcionales. Este caso práctico de respeto me parece plausible, como he dicho. Lo creo una muestra de cultura y de buen gusto, de estética de la conducta, por decirlo así, que requiere que se trate al genio, hasta en sus errores, de otro modo que á cualquier escritorzuelo vulgar.

Mas este respeto, tan simpático y tan justificado, no impedirá que intentemos con sinceridad el examen de *Amor y Ciencia* y tratemos de explicarnos el por qué de la impresión pálida y fría que produce esa obra y que, sin duda, ha experimentado la mayoría del público al verla representar.

No hay para qué ocultarlo: *Amor y Ciencia* no ha sido para Galdós un triunfo escénico. Tal vez hay para eso una razón de psicología colectiva. Nuestra estética mediterránea, de meridionales, se deleita más con las imágenes claras y precisas y los conflictos bien definidos que con las concepciones vagas y nebulosas del Norte, que tienen sin duda un género de poesía distinto y á las cuales se aproxima la obra de Galdós.

Una razón tan general y abstracta no basta, sin embargo, ni sería justa si la quisiéramos convertir en explicación única de lo ocurrido con *Amor y Ciencia*. Hay que buscar, para que concurren con ella, la completan y la aclaran, otros motivos del éxito, meramente de respeto, y de la escasa emoción producida por la comedia.

No juzgo que entre esos motivos pueda incluirse con fundamento, ó de incluirle pueda dársele gran importancia, á la obscuridad ó á la extremada profundidad del pensamiento de *Amor y Ciencia*. Decir que Galdós ha expresado en su obra ó ha encarnado en ella ideas recónditas é intrincadas que no puedan ser comprensibles por la generalidad de las gentes me parece un eufemismo, un modo amable y cortés de indicar que

la obra no tiene un sentido preciso, un pensamiento definido que encuentre en ella representación enérgica y conmovedora. El esoterismo es contrario á la índole de la dramática, que busca efectos inmediatos y generales. Un drama no se escribe sólo para iniciados, ni se pretende que sólo pueda ser comprendido después de largas y maduras reflexiones, sino todo lo contrario. Por otra parte, lo esotérico está de más en una época en que se puede decir, y se dice, todo con libertad completa, sin que se asuste demasiado de las ideas más atrevidas la generalidad de las personas cultas. Los símbolos en el arte sólo deben entrar como elemento de belleza, cuando la expresión simbólica sea más vigorosa, más poética, más eficaz, en fin, que la expresión directa. Y en esto de los símbolos hay que andar con cuidado. No me cansaré de repetir que la interpretación simbólica de las obras literarias es en muchos casos cosa adventicia; agregada *á posteriori*, que no estuvo nunca en el pensamiento del autor. Cuando una obra entendida directa y llanamente no se comprende bien, ó no produce una impresión viva y completa, suelen los críticos ó la parte más inteligente del público darse á buscar el sentido oculto de la obra, lo que quiso expresar el autor en aquel libro ó aquella comedia que resulta obscura unas veces y las más opaca é indecisa. Este, y no otro, es el origen de muchos pretendidos símbolos.

Tampoco pienso que haya podido perjudicar mucho á *Amor y Ciencia* el contraste entre la conclusión á que se llega en esta comedia y las ideas reinantes acerca del asunto de la misma. En *Amor y Ciencia* hay un drama ó, si se quiere, un conflicto conyugal, que termina perdonando el marido la falta de la mujer infiel. En la vida práctica no son raros estos casos, aunque en ella no suelen tener la gallardía que en la dramática y obedezcan á motivos menos puros de los que vemos expresados en las tablas. Pero estamos bastante lejos del fanatismo del honor de la dramática del siglo de oro, para que pueda chocar profundamente con las ideas reinantes, hasta el

punto de hacer repulsiva una comedia en que eso suceda, el caso de un marido que perdona. Verdad es que la crónica criminal registra casos relativamente numerosos de vengadores, más que de su honra, de su amor herido ó del ridículo en que les pone su agravio de maridos ó amantes engañados; pero esos casos son los que suenan, los que dan que hablar, é indudablemente hay otros mucho más numerosos en que sucede lo contrario. Entre las personas cultas hay muchas que, explicándose los arrebatos de la pasión, comprenden, no obstante, la barbarie sanguinaria que hay en los médicos de su honra. Y fuera de esto, cuando una idea ó un ejemplo choca viva y rudamente con las costumbres ó con el sentir común, produce lucha, suscita impugnadores y partidarios, mas no engendra frialdad ni indiferencia.

Desechada la hipótesis de que en la comedia de Galdós haya un símbolo muy oculto, un pensamiento demasiado recóndito para que pueda ser comprendido de buenas á primeras; descartada también la explicación de que haya producido escaso efecto por chocar con las ideas corrientes y la práctica de la vida respecto á los conflictos conyugales, hay que buscar en otra parte la razón de lo vago y disperso que resulta el interés en esta obra. Esa razón la encuentro en el mecanismo de la inspiración. Yo creo que con la inspiración ocurre algo de lo que sucede con el ensueño. Hay ensueños de una precisión absoluta, cuyas imágenes se confunden con las de la vida, y otros confusos, nebulosos, indeterminados, fragmentarios, que no acaban de darnos la ilusión de la vigilia. De igual modo, la inspiración artística produce á veces imágenes acabadas y definitivas de donde salen las obras verdaderamente geniales, y otras veces saca á la superficie las nieblas, los matices indeterminados, las imágenes flotantes é incompletas que hay en el fondo de la fantasía de todo hombre imaginativo, como es el artista. Esas imágenes, esos elementos estéticos, no acaban de cristalizarse en formas claras, fuertes, bien delineadas: quedan nebulosas, vagas, incompletas, como una música lejana; son

fantasmas que no llegan á revestirse de las vestiduras de la realidad.

Yo no sé si á algún lector le parecerá raro que hable de la inspiración. Acaso la inspiración es una cosa venida á menos ó anticuada. Pero lo cierto es que las obras poéticas en su gestación primitiva no se hacen de una manera metódica y automática, como una Memoria científica. Los ejemplos de los escritores que llenan un número fijo de cuartillas cuotidianamente nada dicen en contra, porque antes de escribir esas cuartillas hay un trabajo de germinación imaginativa. Lo que acaso ocurre es que las huellas que ha dejado el naturalismo entre nosotros, aun después de pasada de moda dicha escuela, son tan hondas que creemos que un novelista ó un dramaturgo no puede proceder más que en vista de datos y observaciones recogidos de la vida, y teniendo siempre presente un cálculo de verosimilitud y probabilidad. Al discurrir así, se olvida lo más subjetivo de la obra: el elemento íntimo de creación, la idea primitiva, cuya fuente es la inspiración.

La mayor parte de los escritores y artistas, cuando aún no tienen fama y autoridad suficientes, no dejan correr libremente su inspiración, sino que procuran sujetarla á los moldes del gusto dominante, reformando las imágenes y el plan que primeramente surgieron en su fantasía. Cuando el artista ha llegado á la altura de Galdós es cuando suele permitirse el lujo de ser sincero y espontáneo, de vaciar en sus obras las representaciones que surgen en su fantasía. Para mí, la comedia de Pérez Galdós no es obra de estudio de caracteres, de tesis ni de intención simbólica, sino sencillamente obra de inspiración, que no ha llegado á cuajar y á cristalizarse por completo; en que se han concebido el asunto en general y los tipos, pero sin conseguir sacarlos de la indecisión y nebulosidad primarias de las creaciones de la fantasía. *Amor y Ciencia* parece una comedia que estaba todavía en gestación, que ha salido prematuramente al mundo y que no ha logrado alcanzar la luz, el colorido y el hondo relieve de la realidad.

Lo vago é incoloro de la obra no está, á mi modo de ver, en el pensamiento fundamental ni en los tipos principales que intervienen en la acción, y que me parecen uno y otros muy comprensibles y hasta claros, sino en la ejecución, en la manera de desarrollar en escenas ese asunto, y de convertir en personajes dramáticos á esos tipos concebidos en la fantasía. Tengo la creencia de que si D. Benito, antes de dar á la escena *Amor y Ciencia*, trabaja más sobre el manuscrito de la comedia, lo varía y lo refunde, hubiese podido hacer una obra que produjese profunda y verdadera emoción, sin variar la idea capital ni el carácter de los principales personajes.

*
* *

Completaré lo que llevo dicho en tesis general acerca de la comedia de Galdós con algunas observaciones referentes á ciertas escenas de la misma. Esto exige una sumaria exposición del argumento. Paulina casó con el médico Guillermo Bruno. Por incompatibilidad de caracteres no se comprendieron. Paulina es frívola y apasionada. Guillermo, seco y severo, fanático por la ciencia, despreciador de las vanidades del mundo. Paulina huyó de la casa conyugal con un amante, de quien tuvo un hijo. El seductor ha muerto ya cuando la comedia empieza, y Paulina tiene un nuevo amante, el Marqués de Albalat, hombre de edad madura, que la profesa un amor en que hay mucho de paternal.

El hijo de Paulina, Cristián, está gravemente enfermo. Sólo una operación quirúrgica difícil y arriesgada puede salvarle. El médico de cabecera no se atreve á intentarla. Únicamente un especialista famoso puede llevarla á cabo con probabilidades de buen éxito. Ese especialista es Bruno. Paulina se resiste á llamarle; pero el Marqués de Albalat, de acuerdo con el médico y con una hermana de la Caridad, parienta de Paulina, que está temporalmente en la casa con motivo de la enfermedad del niño, considera caso de conciencia apelar á aquel

recurso supremo. Guillermo es llamado, acude, y, cuando se presenta de improviso ante la esposa infiel, ésta da un grito y huye.

Con esta escena termina el primer acto. He oído á personas de buen gusto calificar de efectismo artificioso esta terminación del acto con la escena del grito. A mí me parece natural y bella. El autor dramático puede buscar el efecto, no sólo con las palabras que pone en boca de los actores, sino con el gesto y el ademán de éstos, con todo lo que constituye la plástica de la representación escénica. Es cierto que el segundo acto es una prolongación del primero, y que entre ambos apenas hay un lapso que interrumpa la unidad de tiempo. Mas encuentro justificado que caiga el telón, para abrir una pausa que deje íntegra la emoción que aquella sencilla y casi muda escena del encuentro produce, y no la debilite con la prosecución inmediata de los hechos. Al fin y al cabo, una extremada simetría en la división en actos no es exigencia esencial, ni siquiera racional, de la dramática.

Al empezar el segundo acto, Paulina sigue resistiéndose á que Guillermo practique la operación que necesita el enfermito. Teme que el marido ofendido quiera tomar venganza en aquel hijo de un amor adulterino. Hay entre los dos esposos una larga y penosa explicación, en que recuerdan sus pasados agravios, las diferencias que les separaron; la escena, cruel y violenta, de su ruptura. Esta explicación, junto á la alcoba de un enfermo amenazado de la muerte, es, á mi juicio, uno de los mayores errores de la comedia. Aquella explicación, larga, prolija, que no es el choque de unas breves frases aceradas, resulta antinatural, forzada y hasta impía en la ocasión en que se verifica. Por otra parte, ninguna necesidad dramática la aconseja. Los antecedentes de la ruptura conyugal entre Guillermo y Paulina podía exponerlos cualquier otro personaje. Los temores de la madre resultan, por otro lado, demasiado recalcados, se insiste con exceso en ellos. Puede admitirse que Paulina tema que Guillermo se niegue á prestar los auxilios

de la ciencia á su hijo; que su amor propio, y aun cierto pudor, luchan vivamente en su alma con el cariño maternal antes de resolverse á acudir al hombre á quien ofendió; hasta puede concederse que por el espíritu de una mujer frívola é inconsciente, como parece ser Paulina en los primeros actos hasta el momento de su conversión al deber, pase la fugitiva sospecha de una monstruosa venganza del médico (una de esas sospechas de que nos avergonzamos un instante después de sentir las); pero aquella insistencia en el temor de que el marido agraviado se vengue en el niño es excesiva, antipática, poco verosímil.

Cede por fin Paulina. En el tercer acto la operación se ha verificado. Guillermo ha salvado al niño. En el alma de Paulina se verifica una verdadera transformación. La gratitud hacia el salvador de su hijo se torna en amor. Su marido, que la parecía odioso cuando estuvieron unidos, la atrae ahora y la subyuga. Nada hay que decir contra este cambio psicológico, pero debilita mucho su efecto la circunstancia de que el marqués de Albalat, el protector de Paulina, la deje, en una escena que tiene la melancolía del fin del amor, cuando éste se convierte en un sentimiento tranquilo y pálido de amistad, sin otra causa que la acción debilitadora del tiempo; melancolía intensa porque nos habla de lo pasajero de las cosas humanas, presentándonos la extinción del más vivo y ardiente de los sentimientos. Para el efecto dramático, sería preferible que Paulina, agradecida á su esposo y sintiendo por él un amor tardío, fuese quien dejara á Albalat para rehabilitarse y enmendar en lo posible la ofensa que con aquella vida irregular hace á Guillermo. De otro modo, sucediendo las cosas como en la comedia ocurren, el fondo de prosa, de vulgaridad, de espíritu práctico que hay en todo hombre y, por consiguiente, en todo espectador de comedias, puede sugerir á los de *Amor y Ciencia* la sospecha de que Paulina empieza á amar á su marido y á pensar en reconciliarse con él precisamente cuando se ve abandonada por su amante.

En el cuarto acto, Paulina, que no ha conseguido la reconciliación con Guillermo, va á buscarle á un sanatorio que éste dirige y en el cual cura las enfermedades del cuerpo y las del alma. El sanatorio presenta un aspecto fantástico de ensueño, como el jardín en que se aparece Electra.

Aquel hombre que parecía duro y seco se nos revela como un filántropo, como un bienhechor de la humanidad que vive rodeado del amor y la admiración de sus enfermos y de sus auxiliares. El aspecto un tanto fantástico y maravilloso del sanatorio no es, á mi juicio, un defecto. El espíritu exaltado de Paulina está predispuesto, sin duda, á considerar como un lugar extraordinario, casi como un paraje encantado y sobrenatural, aquella mansión en que Guillermo funde los milagros de la ciencia con los del amor. ¿No ha querido el poeta proyectar al exterior en la representación del sanatorio lo que piensa y siente Paulina, presentarle al espectador tal como ella debe de verle? En el sanatorio hay un niño deforme á quien Guillermo recogió la noche de la fuga de su esposa. La idea de salvar á aquel niño le apartó de la tentación del suicidio. En él ha concentrado su cariño. Y en la escena final de la comedia, el médico pregunta al niño, señalando á Paulina: ¿Quieres que esta señora se quede con nosotros? El niño tiende hacia ella las manecitas y la llama madre. La reconciliación es un hecho.

En realidad, el argumento de *Amor y Ciencia* sería fácilmente adaptable á la verosimilitud dramática con ligeras modificaciones. Si se examina despacio cada escena, se advierte que no son los hechos mismos, sino la forma de presentarlos lo que se aparta de la tendencia realista, dominante hoy en el teatro. Mas el gran defecto de la comedia de Galdós no consiste en que se aleje poco ó mucho de ese realismo vulgar que pide que las comedias sean más lógicas y más verosímiles que la vida y que en todos sus incidentes haya una clara y sencillísima relación de causa á efecto. No se trata de eso. Lo que nos deja fríos, inciertos y vacilantes ante *Amor y Ciencia*, no

obstante las bellezas parciales que la obra contiene, es su débil trabazón, su falta de vida y de intensidad. Es una comedia cuyos personajes parecen sombras, marionetas grandes un poco tristes, en vez de seres animados. Algo, en suma, del infantilismo de Maeterlinck, con menos poesía.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO. — COSTUMBRES: La caricatura contemporánea y las costumbres.—PEDIATRÍA: Psicología infantil.—NEUROLOGÍA: La epilepsia moderna.—LITERATURA: Los clichés de la lengua.—Los libretos de ópera.—CIENCIAS ÉTICAS: El miedo de vivir.—BELLAS ARTES: Juicios de Max Nordau.—IMPRESIONES Y NOTAS: El dibujo en la escuela.—Origen de la palabra *golfo*.—Las moscas y las epidemias.

COSTUMBRES

LA CARICATURA CONTEMPORÁNEA Y LAS COSTUMBRES.—Dice Pablo Gaultier en *La Grande Revue* que la caricatura, desdeñada sin razón por fútil, es un excelente documento para el estudio de las costumbres.

La caricatura contemporánea muestra la nueva aspereza de nuestros hábitos. Los personajes que saca á la escena no tienen su *bonhomie* de otro tiempo, porque la han perdido en la vida; si á la solemne simpleza y á la enfática tontería de un José Prudhomme ha sucedido la arrogancia despreciativa, el porte altivo, la insolencia agresiva de los financieros de Forain, es porque el hombre de dinero es el rey de esta sociedad fundada sobre el interés. Si la sencillez del artesano de Daumier ha desaparecido bajo la bestialidad del advenedizo de Hermann Paul, es porque la misma transformación se ha operado en el mundo real. Así el egoísmo bonachón del tendero, que hacía antes el gasto de la caricatura, se ha borrado ante la brutalidad característica de nuestros modernos «repletos», con sus cabezas macizas, sus cuerpos engoznados, su hablar vulgar, signos de un estado de espíritu que se conforma,

si es que no encuentra allí sus más vivos goces, con las basuras de los kioscos, las pornografías de la novela y las torpezas del café-concierto.

Y no es menos verídico el reverso del cuadro, el que representa á los desheredados de la fortuna: la miseria se ha hecho asquerosa en una sociedad donde sin dinero no se puede vivir, donde la dureza del rico tiene al pobre por el último de los hombres, por un verdadero paria. En la realidad, como en la caricatura, estamos lejos del Gavroche de antaño ó de los *bohémios de París*, que, bien ó mal, sabían vivir de las sobras de los demás, y que podían siquiera entregarse á holgazanear haciendo chistes. Los miserables de ahora sufren demasiado frío, hambre é inquietud para pensar en bromas (1). La caricatura moderna nos revela una miseria negra, fría, implacable, no distraída por un rayo de sol ni por una esperanza, miseria que salta á la garganta, que oprime y que mata.

En las diferencias que separan el retrato de las cortesanas de antaño del de las de hogaño es donde mejor puede notarse la fidelidad con que la caricatura refleja la realidad; entre las cortesanas de Forain, Steinlen, Legrand y Toulouse-Lautrec, y las de Monnier, Gavarni ó Grevin, hay la misma distancia que separa en la historia á la griseta, la loreta y hasta la cocotte de la vulgar «chica» de nuestros días; el progreso continuo en la decadencia es evidente. Criaturas de gracia y de amor, las grisetas de Monnier eran monísimas con sus frescos palmitos, sus coqueterías y sus gracias de gatitas mimadas; á pesar de lo aturdido de sus conversaciones, de la frivolidad de su espíritu, de lo atrevido de su conducta, tenían todavía cierta discreción desconocida de la cocotte de Grevin: más cínica, ésta no teme anunciarse, haciendo un arma de su atrevimiento, una seducción de su aplomo; insolente como un golfo, mala como

(1) Pero ¿es que realmente sufren más hambre, ó es que la sienten más ante el espectáculo de quienes disfrutan de todo? ¿Es que tienen más frío, ó es que se sienten á mayor distancia de quienes no conocen el frío en sus palacios como antes lo conocían? El contraste es el que agrava la situación.

una mona, pero elegante con estrépito, oculta bajo su pelambre revuelto el estrecho cerebro de un pilluelo vicioso unido al de un metódico cajero. Sin dinero no hay sentimiento; tocante al portamonedas, es intratable; aparte de esto, es alegre y bullanguera, y gusta emplear un vocabulario recogido generalmente del arroyo. Con la «chica» de Forain bajamos otro escalón, tocando á la miseria de la crápula, ó más bien á la crápula de la miseria; Steinlen va todavía más lejos, y penetra en el mundo de los boulevares exteriores con sus pandillas de *gigolettes* y *souteneurs*, mientras Toulouse-Lautrec toma sus modelos, cuyo horror no se atenúa por los afeites, entre las señoritas repintadas de los Music-halls.

La caricatura política no es menos representativa de la realidad; la sátira ha pasado de individual á colectiva, como la política de grupos y fracciones; de inteligencia débil, de voluntad tornadiza, medianos en todo y para todo, sin generosidad ni ideales, nuestros «queridos soberanos» aparecen carcomidos por la fiebre del poder, preocupados únicamente de sus intereses con una vida ficticia de pura ostentación.

No hay, sin embargo, que juzgar á nuestra época sólo por la caricatura: la caricatura es una sátira y una exageración; y tal vez la negrura del cuadro, lejos de ser signo de decadencia, lo es de regeneración. La caricatura contemporánea es, ante todo, social: pinta menos los tipos que las clases, y se hace eco de todas las reivindicaciones, brillando en ella el ideal de la justicia. Es realista también, como lo es el arte contemporáneo. La caricatura actual, acusadora de nuestra sociedad, la sirve á la vez de testigo de descargo, revelando el horror que inspira el mal y la injusticia en todas sus formas y manifestaciones.

PEDIATRÍA

PSICOLOGÍA INFANTIL.—Hablando el diputado Delbet en un discurso del fetiquismo en los pueblos salvajes, afirmaba que

E. M.—Diciembre 1905.

todo niño es ó debe ser fetiquista, y á este propósito aconsejaba se hicieran observaciones personales retrospectivas para comprobar su aserto. Marcelo Herubel recoge el consejo, y dedica un artículo en *La Revue* á una especie de examen de conciencia de su niñez.

Nuestro yo actual—dice—es el resultado de una infinidad de yo anteriores, algo así como la integración de una gran cantidad de personas. Herubel reconstituye todas esas personas, resucita todos esos «cadáveres» de su yo, y los encuentra á todos fetiquistas. Para demostrarlo, rehace su biografía hasta donde alcanzan sus recuerdos, deteniéndose en la edad de diez años, época en que le parece terminada su fase fetiquista.

Marcelo nació en el Havre, y á los siete años entró en el Liceo, no habiendo aprendido á leer hasta los ocho años. Era curioso, como lo es todo niño, y las mareas le asombraban, no acertando á explicarse aquel flujo y reflujo de las olas, ni admitiendo que tenga relación con las fases de la luna; él se mueve porque está vivo, y está vivo porque se mueve, y lo mismo pasa con el mar, con el viento, con los relojes; todos son seres vivos, y por eso se mueven: *existencia y vida* son términos idénticos para él. ¿No sonríe la luna en las claras noches de Julio? Marcelo da vida á todo lo que no comprende: el trueno es malo, la tempestad es mala, el fuego es malo; hay que castigarlos. Le hacían recitar aquella hermosa poesía que empieza

Cher petit oreiller, doux et chaud sous ma tête,
Plein de plume choisie, et blanc, et fait pour moi;
Quand on a peur des loups, du vent, de la tempête,
Cher petit oreiller... que je dors bien sur toi! (1).

y Marcelo veía en su almohada ó en su travesero no un saco de pluma, sino un hermanito ó una hermanita, que abrazaba

(1) Querida almohadita, suave y caliente bajo mi cabeza,—llena de pluma escogida, y blanca, y hecha para mí,—cuando se tiene miedo de los lobos, del viento, de la tempestad,—querida almohadita, ¡qué bien duermo sobre ti!

con cariño. Domingo, el negro de Robinsón, no se atrevía á tocar el fusil de su amo; lo tomaba por una persona temible, puesto que podía matar á gran distancia, y buena, puesto que había matado á los enemigos que se lo querían comer. Marcelo sentía también por su escopeta grandísimo afecto, y hablaba con ella y con una locomotora que le había regalado su abuelito, como si pudieran responderle.

El niño se construía así una teoría de las cosas: la de la animación universal; es un emotivo, y saca sus emociones de la naturaleza ó de los productos industriales; los acontecimientos sociales no existen para él. ¿Qué es una ciudad ó una aldea? ¿Por qué hay ricos y pobres? Nunca se hacía esas preguntas. Un regimiento en marcha era un todo homogéneo para él, una especie de animal muy grande que anda y se revuelve por calles y carreteras. La misa no le dice nada, no comprende nada de ella. Una vez naufragó un barco, y se hicieron solemnes funerales á sus once tripulantes; al ver pasar las once carrozas, Marcelo, que tenía tres años, exclamó: «¡Qué bonito es eso, mamá!» Unos años después murió una de sus tías, y no sintió ningún pesar. La idea de familia le es extraña; á fuerza de vivir con su padre y su madre y de llamarlos así, acabó por persuadirse de que él era su hijo; pero lo mismo hubiera sucedido con otras personas que le dieran de comer, como sus padres; para él, las palabras *hermano* y *hermana* designan niños como él con quienes quisiera jugar. Lazos sociales y familiares, la idea de Dios, el sentimiento de la muerte, todo eso es desconocido de este niño, sér ante todo egoísta y egocentrista.

Le habían hablado de Dios, y tenía ya ocho años; en su cuarto había un cuadro que representaba á Moisés; harto de hablar de Dios, sin verle nunca, y viendo, en cambio, á Moisés, con su frente augusta, sus ojos dominadores y su magnífica barba, Marcelo se decía que Dios debía ser así, y para él aquel grabado representaba á Dios. Entre los circos y teatros de la feria, se distinguía el circo de Corvi; Corvi domesticaba monos, gatos y perros, entusiasmando á su clientela infantil

con sus habilidades; aquel hombre debía ser de la raza de los poderosos y conquistadores, y Marcelo imaginaba á todo personaje con traje azul claro y botones dorados como los que llevaba Corvi; no concebía de otro modo á los poderosos de la tierra; y cuando una vez fueron los ministros al Havre, la autosugestión era tan viva que Marcelo, que estaba en primera fila viéndolos pasar, no los vió con traje negro, como iban, sino con traje azul y botones de oro, como los imaginaba.

Las imágenes verbales producen resultados semejantes: el abuelo de Marcelo se llamaba Juan, y, como le quería mucho, todos los Juanes le eran simpáticos; había en el Havre dos buques, el *Trouville* y el *Juan Bart*; el *Trouville* era el mejor y el más hermoso, pero para Marcelo era indiscutible la superioridad del *Juan Bart*. Por la misma razón estaba enamorado del famoso preboste de París Esteban Marcelo, porque se llamaba como él, y hubiera querido haber asesinado á los mariscales de Champagne y de Normandía, como el preboste, y que le hubieran cortado la cabeza de un hachazo como á él: hasta ese punto deseaba identificarse con aquella figura del siglo XIV, sólo porque se llamaba como él, como tenía simpatía por el número 8 por haber nacido en un 8 de Julio.

La imagen de Moisés, el color azul, los nombres Juan y Marcelo y el número 8 son los jefes de fila de otras tantas comunidades, cuyos miembros se enlazan, se confunden y se identifican. He aquí un hecho que muestra el alcance de estas relaciones: Marcelo gustaba mucho de las costillas de carnero, almorzando una diariamente; una mañana—tenía entonces seis años—miraba atentamente el dorso de la mano, y al verla llena de finísimo vello, procuraba arrancárselo; de pronto, asustado, dice á su madre: «¡Mamá! ¿Me iré á volver carnero?»

Marcelo era crédulo como lo son todos los niños. ¿Qué niño no cree que ha venido al mundo en una col y que los Reyes Magos bajan por las chimeneas para dejar juguetes en sus za-

patitos? ¿Y los barcos? ¿No tienen piernas? Evidentemente las tienen, puesto que á esta pregunta contestan las nodrizas con la vieja canción:

Claro que sí, tonto.
Si no las tuviesen, ¿andarían?

La credulidad es una condición del fetiquismo; he aquí, según Marcelo, la descripción de una de esas famosas coles parideras: las hojas son de grueso verde; el corazón, amarillento y redondo como una bola, tiene una puerta formada por una hoja y provista de su quicio y su cerrojo, abriéndose hacia afuera; sirve de cierre á un saloncito donde el bebé aparece y nace; como va creciendo, se hace tan grande que no cabe dentro; entonces viene el médico á quien se ha hecho el encargo del niño, va á un campo de los alrededores, corta la col que le parece más á punto, y la lleva en coche á casa de los padres; la mamá se acuesta, el médico entra y el bebé sale gritando.

De la recomendación que hacían á Marcelo de que no tirase el pan, porque era *el buen Dios* quien nos lo daba, surgía otra labor de imaginación para explicarse el hecho: Dios—en figura de Moisés, por supuesto—sube al cielo hacia las siete de la mañana, con un saco blanco lleno de panecillos; se pone en marcha sobre las nubes, y con su mano derecha va sembrando panecillos por las calles; los habitantes salen y los recogen, y así... queda resuelta fácilmente la cuestión social. Claro es que Marcelo no ve más que el Havre, que es todo para él, y no se le ocurre siquiera preguntarse si Dios hace la misma operación en los demás sitios del universo. Su visión es unilocal: así, cuando atraviesa las calles en una noche de luna, Marcelo exclamaba, al atravesar la calle de Etretat: «Mira, papá, la luna de la calle de Etretat». Después atravesaba la calle de Sainte Adresse: «Papá, ¡oh! ¡la luna de la calle de Sainte-Adresse!» Llegaba luego frente al teatro municipal: «¡La luna del teatro!» Todas eran para él lunas diferentes. El sol, en cambio, era único; su brillo era demasiado vivo para que pudiera compartirlo con otro sol: no hay más que un sol.

El procedimiento que preside á tales elaboraciones mentales es bien conocido: en el niño, las imágenes se yuxtaponen en sucesión cronológica; la analogía se convierte en identidad.

Conocidas son las críticas dirigidas á la ley de Serres, traducida por Fritz Müller, en la fórmula «la Ontogenia es paralela á la Filogenia»; en el terreno psicológico este principio es innegable. El niño, parisién ó fuegiano, es un primitivo; pero su fetiquismo se disipará como se disipa una niebla en cuanto con la edad penetre su razón en la región de la luz de la civilización moderna. Su fetiquismo es distinto del fetiquismo del salvaje.

NEUROLOGÍA

LA EPILEPSIA MODERNA.—Con los vivos colores de la realidad describe Jorge Lecomte en la *Revue Bleue* los traqueteos de la vida elegante parisién de todos esos seres consagrados á perpetua exhibición en fiestas y salones, y sacrificados por las exigencias de la mundanidad á tener sus nervios en tensión constante.

Esa esfera de caucho y de vendajes que se revuelve sobre la almohada en la penumbra de la cerrada cámara, es la opulenta señora de Lardon á punto de despertarse para un nuevo día de figuración, de vértigo y de lucha. ¡Las ocho ya! Está rendida; pero hay que repetir los goces del día anterior y reconquistar la fuerza de realizarlos de nuevo, y apenas si basta toda la mañana para las innumerables manipulaciones requeridas al efecto.

¡Arriba, pues, á la tarea! Y hela aquí que se quita la especie de bozal de cuero que ha tenido toda la noche comprimiendo la carne desbordante de sus mejillas y de su barba, obligándola á respirar con el estrépito de un trombón. Luego, con igual presteza, despoja su rostro de la máscara untuosa con que lo ha revestido para mantenerlo fresco, y deja libre la garganta de la rígida camisola que ha oprimido sus tejidos. ¡Uf!

¡Qué gusto poder respirar durante dos minutos sin apreturas de ninguna clase! Pero no puede ser más, porque el tiempo apremia y no conviene habituar el cuerpo á estas libertades.

A un empujón del botón eléctrico se presenta la doncella. Si está ahí la amasadora, que pase en seguida. Y entra la especialista, y hunde sus manos en las olas de carne mientras relata á la paciente sus curas pintorescas. ¡Qué dolorosa caza de tripas diseminadas, qué brutales papirotazos para hacer vibrar todo aquel inerte ovillo! Hundimientos de los dedos en la masa adiposa, para apreciar los meandros del intestino; rudos sobamientos para vencer su atonía; dislocaciones y tirones de los miembros para el juego de las articulaciones; fricciones á golpes de los nervios para tonificarlos. La paciente gime, suspira, opone una mano suplicante á las trituraciones de la dueña; pero se necesita aquel trabajo para que su cuerpo conserve las formas y pueda exhibirse en las brillantes paradas del día, y á todo se somete.

Tras esto comienzan las estratagemas para atender á la belleza. Durante una hora el rostro de la señora Lardon se seca bajo los emplastos, se ablanda con las pomadas, gotea con las lociones; sus cabellos, empañados y grises, aquí estopa, allí seda floja, sin colores ya á fuerza de tantos como han tenido, se maceran en tinturas de sol ó de noche. Luego su automóvil la arrastra en unos minutos al Instituto de Mecanoterapia, donde, entre otras mujeres adiposas obligadas á recíproca discreción, ofrece sus pesados miembros á máquinas que los estiran, los encogen, los hacen girar de mil maneras; se sienta en un sillón, y un mecanismo de molino de pimienta hace remover las caderas sobre el vientre; pasa sus puños por unos anillos, y una palanca la estira los brazos; se acuesta indolentemente sobre una mecedora, cuyo suave vaivén es interrumpido por fuertes sacudidas; mete sus pies en unos cinchos, y hace multitud de movimientos giratorios. A todo se resigna.

Pronto hará un cuarto de siglo que, en su frenesí de exhibición en todas las fiestas, la señora Durillon se traga cuantas

drogas lanzan al mercado curanderos astutos y codiciosos, y que son, por un semestre cuando menos, irresistibles panaceas: un barril de píldoras, varios tibores de jarabes y potingues, sellos disparatados, y la más pintoresca variedad de gránulos, han viajado á través de su cuerpo, sin contar los productos sospechosos de todos los grotescos irregulares, explotadores socarrones del sufrimiento humano. Pero ¿qué milagro va de pronto á galvanizarla después de tres meses de epiléptica ostentación en la atmósfera deprimente de los salones? ¿Las famosas picaduras? Muchas amigas han alabado su inmediato poder. ¿Qué riesgo corre? El tiempo de vestirse, y hela ya en la antesala del especialista de moda para transformar en espuma su carne. Allí está, entre otras muchas, la señora Roquépine.—¿Vos también?—Hay que buscar dondequiera fuerza para vivir. —¿Son soberanas, no es verdad, esas picaduras?—Por lo menos, está una segura de que penetran en el organismo.—¿Las tomáis de glicerofosfato?—Ya no; eso curaba mucho el año pasado, pero desde esta primavera, lo que priva es el cacodilato.—¿No hace mucho daño?—¡Bah! Estamos ya acostumbradas á peores tormentos; un lancetazo mientras se vacía una ampollita de nada; sólo queda un poco de hinchazón que en seguida desaparece, y se encuentra una transfigurada, capaz de conquistar el mundo entero; el único inconveniente es que, al cabo de unas semanas, se queda una tan llena de agujeros que no se encuentra sitio para meter la aguja.

Ya el cacodilato empezaba á decaer, y á la señora Durillon la aplicaron jeringazos más enérgicos. — Esas dosis, decía el médico, son anodinas; usted necesita un lavado enérgico. ¡Vamos! El grueso del muslo y un poco de paciencia; trescientos gramos de suero fisiológico bajo esta piel tan delicada, harán milagros.—Y la señora Durillon ve enganchar sobre su cabeza un enorme recipiente y brillar una aguja, que le pincha la carne, mientras la estrujan el muslo para apresurar la invasión del elixir. ¡Oh muslo, cuya torneada línea enorgullece á su propietaria! Se hincha como monstruosa morcilla, llenándose

de bultos y mamelones y deformando aquella seductora femi-
nidad. Es horrible verse así; pero, después de todo, el muslo
no desempeña ningún papel en las recepciones, y hace ya tiem-
po que el Sr. Durillon no se preocupa de él: lo esencial es po-
derse tener en pie para todos los empujones del orgullo y de la
ambición.

La señora Durillon no tarda en ver que su inyección trise-
manal no basta para galvanizarla, y entonces peregrina hacia
los gabinetes de los electroterapeutas de moda. Allí las sesio-
nes son de exquisita mundanidad. Los salones del célebre doc-
tor Fulgur son brillantes, y allí se reúnen todas las aristocra-
cias: la de la sangre, la del dinero, la de la alcoba y la del ta-
lento. Se dirigen saludos, se dan apretones de manos y se mur-
mura alguna anécdota picante en las antesalas, y llegado su
turno se pasa al gabinete, y se sienta uno en los altos tabure-
tes de duchas. La electricidad brota; las brochas eléctricas se
balancean sobre las cabezas, que se tienden dóciles ante aque-
lla lluvia de efluvios, con los cabellos erizados fantásticamen-
te. El doctor ó sus ayudantes vienen á fricciónar con sus
bastones cargados de fluido la nuca, el espinazo y los miem-
bros de su clientela, y gracias á que ninguno ve á los demás
por estar separados por pantallas de bastidor, se ríe, se charla
y se bromea. El baño de luz en común sirve de remate á aque-
llas delicias; pero si la borrachera de luz es una voluptuosidad
sin peligro, la ola eléctrica no bien dosificada hace trepidar
todo el sistema nervioso, saturando el organismo de una ener-
gía ficticia, de funestísimos resultados.

Esos excesos son la antesala de los sanatorios y casas de
salud, y muchas veces llevan en derechura á los manicomios,
cuando no á los cementerios. La epilepsia moderna, desarro-
llada en las clases intelectuales y en el gran mundo, toma te-
rribles proporciones y amenaza con un cataclismo, si no nos
convencemos de que la única vida saludable es la vida tranqui-
la y sosegada.

LITERATURA

LOS CLICHÉS DE LA LENGUA.—Emilio Faguet los llama—y no hay que pensar en discutir el nombre—«clichés de la lengua francesa», porque se trata efectivamente de clichés de la literatura traspirenaica; pero como en los dos últimos siglos, y especialmente en el pasado, nuestra literatura se ha vaciado en los moldes franceses, esos clichés han pasado, casi en su totalidad, al castellano, constituyendo otros tantos «lugares comunes» ó «frases hechas» de nuestro actual lenguaje literario.

El trabajo de Faguet en *La Revue* tiene por base un libro de Gohin sobre el neologismo en el siglo XVIII, basado á su vez en un diccionario de 1770 titulado «Diccionario de las riquezas de la lengua francesa y del neologismo en ella introducido, conteniendo los términos nuevos y aceptados, nuevas locuciones, giros figurados y brillantes, expresiones geniales, gracias y delicadezas de que ha sido adornada y enriquecida la lengua desde el principio del siglo XVIII». Gohin ha trazado una lista sumaria de esas expresiones y giros, y en esa lista es donde Faguet encuentra la mayor parte de los clichés de la lengua literaria corriente, cuya exposición le da motivo para varias eruditas observaciones críticas. Aquí sólo recogeremos las que han sido trasplantadas al castellano.

«En último análisis.»—Expresión de Defontaines, excelente cuando se emplea con precisión dándole pleno sentido.

«Aspecto bajo el cual se considera» (Houtteville).—La gracia y la delicadeza de esta expresión son tan dudosas como el genio de su inventor. Este giro y el de «el punto de vista bajo el cual se mira» corren parejas: se considera un asunto *según* tal ó cuál aspecto, pero no *bajo*; se mira una cosa *desde* tal ó cuál punto de vista, pero no *bajo*, pues eso no tiene sentido.

«Aurora de la vida» (Poncet de la Riviere).—Bossuet decía ya «aurora de la Reforma»; y si se registrasen con cuidado nuestros clásicos, es seguro que se tropezaría con esta metáfora mucho antes de que Poncet la empleara.

«Acariciar la imagen de un proyecto» (Bertier).—Metáfora agradable y afortunada.

«Disgusto impreso en el rostro» (Montagnore).—Antes se decía «pintado». Impreso es más expresivo y muy adecuado.

«Corazón que se despierta» (Boismont).—Hoy nos parece añeja esta expresión; pero en su tiempo fué realmente un buen hallazgo.

«Ahondar los motivos» (La Bletterie).—Faguet dice que esta expresión es un contrasentido, pues un motivo no se ahonda, se pesa. Al investigar, sin embargo, la causa de algo, se profundiza, se penetra, se ahonda hasta dar con los motivos que se buscan; cuando se abre un pozo para encontrar agua, se ahonda hasta que el agua brota; no dejando, por tanto, de ser acertada, sobre todo si se dice «ahondar en los motivos».

«El viento de la discordia» (Coyer).—Imagen apropiada y verdadero neologismo en el siglo xviii.

«Desflorar el alma» (Raynal).—Nuevo y lindo; inspirado probablemente en el *circum praecordia ludit*, de Juvenal.

«Hacer época» (Segnier).—Muy nuevo y muy bien hallado, tomando la palabra época en su verdadero sentido de *fecha*, no de período de tiempo.

«Estrella que palidece» (La Beaumelle).—Muy acertada. El siglo xvii tomaba la palabra *estrella* en el sentido astrológico de la influencia que ejercía sobre el hombre, y por eso no había dado con esta expresión.

«Ahogar un sentimiento» (Diderot).—La expresión es muy anterior á Diderot, pues Rotrou y Corneille, sin citar otros, la habían empleado ya.

«Manera de ser» (Mme. de Staal-Delaunay).—Pasadera. El siglo xvii no podía emplear esta expresión, porque *manera* en aquel tiempo (*façon*) significaba «el modo con que se está hecho», y para eso bastaba decir *manera*, sin añadir más.

«Flor de la inocencia» (Mme. Lambert).—Metáfora agra-

dable, pero en el fondo poco acertada: la flor es lo contrario de la virginidad.

«El hombre del día» (Marmontel).—Nueva y muy buena expresión, inspirada quizá por la locución «el Evangelio del día», tan frecuente en Mme. de Sevigné.

«Que honra á la humanidad» (Bertier).—Frase excelente.

«Ideas que germinan» (Méhégan).—No del todo nueva, pues Bossuet había ya dicho «veía germinar esas preciosas semillas de gloria y de virtud».

«Imaginación de color de rosa» (Coyer).—Giro muy expresivo, aunque parezca algo rebuscado.

«El veneno de la envidia» (La Beaumelle).—No puede decirse que haya invención en este giro: todas las pasiones y todos los errores tienen su veneno, y la metáfora está desde luego preparada para aplicarse á todo.

«El lenguaje de las pasiones» (La Motte).—Puede decirse de esta expresión lo que hemos dicho de la anterior.

«La lógica del corazón» (La Beaumelle).—Feliz hallazgo, tal vez inspirado por la célebre frase de Pascal: «El corazón tiene sus razones, que no conoce la razón».

«Hacer languidecer la atención» (Duclos).—Agradable, pero no muy acertada, porque la atención languidece por sí sola, y no se la hace languidecer.

«Dormirse sobre sus laureles» (Duclos).—La expresión francesa es «descansar» (*se reposer*), pero el sentido es idéntico y la frase digna de su éxito.

«Tener en sus manos la suerte de» (Bertier).—La invención es dudosa, y en todo caso se reduce al empleo del verbo *tener*, en lugar de *estar* («su vida estaba en sus manos», Fénelon) ó *poner* («ha puesto en vuestras manos la suerte de Roma», Corneille).

«Moral en acción» (Desfontaines).—Lo que prueba—dice Faguet—que se puede definir con exactitud lo que no se conoce.

«Servir de pasto á la malignidad» (Fontenelle).—El giro

empleado por Fontenelle (*être en pâture à la malignité*) es más bien «estar pastando á la malignidad», y claro es que así empleada es impropia; pero corregida en el sentido de «ser pasto de la malignidad» ó «servir de pasto á», como se emplea en castellano, es muy acertada.

«Vicio revestido de colores seductores.» — Mejor estaría *pintado*; pero nada hay tampoco que choque en *revestido*.

«Hacer sensación» (Coyer).—Giro vivo y pronto, de excelente cepa. Benjamín Constant empleó después el de «hacer efecto».

«La esfera de la actividad de las ciencias, de las ideas (Federico), de las artes (Laugier), de las probabilidades» (Bertier). ¡Cuántas esferas! En el siglo xvii todo se vuelven esferas, y entonces se abusó tanto de esta palabra como nosotros abusamos de la de *medio*. Así decía Voltaire: «En París nadie está en su esfera»; y Florian: «quieren salir de su esfera»; llegando Rousseau á decir ridículamente: «¿Qué se aprende en la pequeña esfera de dos ó tres amantes ó amigos siempre ocupados de sí mismos?»

«Lanzar un velo impenetrable sobre.»—Aquí no hay invención, pues el siglo xvii empleó la palabra *velo* en el mismo sentido.

«Voz del deber» (Loiseau).—Invención dudosa, pues de «la voz de la naturaleza», de Racine, á la voz de la conciencia ó del deber la distancia es insignificante.

*
* *

LOS LIBRETOS DE ÓPERA.—Un excelente libreto—decía el director de la Ópera de París, Carvalho—hace las cincuenta primeras representaciones de una obra lírica, y la música, si es excelente, decide de las ciento restantes.

¡Cuántas partituras han muerto por lo mediano del libretto, y cuántos buenos libretos han salvado á compositores mal inspirados! Hay que reconocer que para un músico es todo un

negocio escoger un libreto. Al principio busca en sus recuerdos dramáticos—como dice Mauricio Vaucaire—la pieza célebre susceptible de apasionar al público, y entonces surgen *Fausto y Margarita*, *Romeo y Julieta*, *Werther*, *La Dama de las Camelias*; después revuelve las literaturas clásicas, y vaga de *Orfeo á Carmen*, pasando por los *Nibelungos*, la *Divina Comedia*, los *Cuentos de Perrault*, la *Crónica italiana*, la *Historia española* y los hechos de guerra ó de amor célebres; como todos estos asuntos son conocidos ya, la música los viste de nuevo, y, aunque parezcan añejos, el público aplaude si el cantor es listo y consiente en articular con la punta de los labios, de modo que no se entienda la letra.

Con la mano en el corazón, ¿entendéis el texto del *Crepúsculo de los Dioses*, dado recientemente en París, cuando cantan

J'ai le droit du sang;
Sage, toi, tu l'es seul.
Mi-frères oncques
N'ont eu meilleur compte? (1).

¿No es verdad que no? La orquesta lo cubre todo, y nadie se queja.

Hay frases que es preciso emplear á menudo en los libretos: «¡Oh desesperación! ¡Dicha suprema! ¡Suerte cruel! ¡Embriaguez fatal! ¡Ah, qué hermosa es! ¡Cruel amor! ¡Funesta llama!», etcétera. El énfasis es necesario, y, en lugar de decir «me agita la fiebre», hay que decir

¿Qué ardor me arrastra y me devora?

La simple frase «ya no resisto más, yo amo», tiene que expresarse así: «cedo al transporte que me embriaga». Alfredo Bruneau, sin embargo, no ha temido entenderse con libretos en prosa, y ha tenido el valor de poner música á frases como éstas:

—¿Cuánto este San Honorato?—Dos francos.

(1) Tengo el derecho de la sangre,—sabio, sólo lo eres tú—medio hermanos nunca—han tenido mejor cuenta.

El gran *tour de force*, la gran hazaña musical es la realizada por el maravilloso músico Carlos Debussy al poner en música esta página de la partitura de *Goulaud*, acogida con violento entusiasmo por el público, en el momento en que el actor coge á Melisenda por los cabellos: «¡A la derecha y luego á la izquierda!—¡A la izquierda y luego á la derecha!—¡Absalón, Absalón!—¡Adelante, atrás! ¡Hasta la tierra, hasta la tierra!—Mirad, mirad, me río ya como un viejo.—Haréis lo que queráis, ya veis.—No doy ninguna importancia á eso.—Soy demasiado viejo; y luego, no soy un espía.—Esperaré al azar, y entonces...—¡Oh, entonces!...—Simplemente porque es la costumbre; simplemente porque es la costumbre... (sale)». ¿Tiene esto pies ni cabeza?

En otro tiempo se cortaba el canto por el diálogo hablado, callando la orquesta, como en nuestras zarzuelas, no para romper la monotonía musical, sino para interesar al público en la pieza. Hoy todo eso ha muerto, el diálogo está enterrado, y todo es cantado ya. El público no presta atención, y todo se lo traga. ¿Ha protestado acaso cuando un célebre cantor repetía, en una obra de Wagner, «¡viejo gnomo!», todas las veces que se le olvidaba lo que tenía que decir?

¿Es buen oficio el de libretista? En Francia cobra la mitad de los derechos del teatro y un tercio de los del editor (venta de la partitura y arriendo de materiales). En Italia el libretista desaparece completamente ante el músico; le pagan su libro, y si el editor es generoso, le otorga pequeños derechos; en los bailes apenas si le dejan aparecer en el anuncio; el coreógrafo ó maestro de baile acapara el puesto del libretista, y frecuentemente hasta el del músico, cuyo nombre figura en el anuncio en caracteres minúsculos, como el sastre ó el electricista. En Inglaterra, en cambio, un buen libreto se paga regiamente, y el trabajo *poético* está á cargo de los dos poetas líricos afectos anualmente al teatro, y los derechos de autor se pagan por semanas, como los sueldos de los artistas.

Una historia entretenida de libreto es la de *Pagliacci*, de

Leoncavallo. Él mismo había escrito su libreto, y deseaba venderlo por veinticinco lises (cien duros) á un editor; el editor leyó la obra y no hizo caso ninguno; el autor se picó de tan mala acogida, declaró que el libreto era excelente y que lo probaría, y escribió en efecto la música de esa obra, que ha producido á Sonzogno una fortuna, y el compositor cobró su tercio de derechos, que pasan en cada temporada mucho más allá de los veinticinco lises pedidos por la propiedad. Lo peor, sin embargo, es que dentro de cuatro ó cinco años esos derechos serán exclusivamente del editor, pues en Italia los compositores no perciben derechos más que durante veinte años.

Los poetas líricos contemporáneos más afortunados son Julio Barbier y Miguel Carré, que hicieron *Fausto*, *Miñon* y *Mireya*; Meilhac y Halevy, que hicieron *Carmen*; Lemaire, autor de *Sansón y Dalila*; Meilhac y Gille, de *Manon*; y Pablo Ferrier, adaptador de la *Bohemia*, de Puccini. El repertorio de Sardou ha servido de base á muchos compositores: así Giordano ha puesto música á *Fedora*, Puccini á *Tosca*, Leroux á *Teodora*, Leoncavallo á *La Juventud de Fígaro*, Mascagni á *Gismonda* y Hugo Félix á *Las Maravillosas*.

El músico y el poeta se entienden pocas veces: el músico no ve más que su aria, que hay que colocar, y el poeta, que tiene miedo á perjudicar la claridad de su drama, no se decide nunca á cortar el texto. El músico dice: «Eso es muy largo»; y su colaborador se enfada y contesta: «No quiero que mi drama sea completamente incomprensible». ¿Qué hacer? Cada cual se disgusta de su trabajo, y si se les ocurre hacer alguna consulta, la obra queda comprometida.

Hay compositores avisados; pero los hay también terriblemente exigentes, que imponen á los poetas trozos ya hechos, extraídos de óperas rechazadas, que hay que preparar con salsa nueva. A este trabajo insoportable se le llama «parodiar letras sobre melodías». Cuando la música está bien rimada, el trabajo es menos difícil. Se toma, por ejemplo, la gran aria del último acto de *Werther*, y se le aplica la letra del *Ta-ma-*

ra-bum-di-hé, porque, conteniendo el metrónomo, el aire es el mismo. El primer versículo del *Stabat*, de Pergolese, es textualmente el de la bufonada de *El señor de Pourceaugnac*; aventuras musicales como ésta, en que resultan ser la misma cosa un canto religioso y un dúo grotesco, son más frecuentes de lo que cualquiera puede imaginarse.

CIENCIAS ÉTICAS

EL MIEDO DE VIVIR.—Tal es el título de una interesante conferencia dada por Enrique de Bordeaux y publicada en la Revista *La acción social de la mujer*, órgano de la sociedad del mismo nombre.

El miedo de vivir—dice Bordeaux—es una enfermedad que hace principalmente estragos en sociedades como la nuestra, de antigua civilización; los síntomas de esta tisis moral pueden parecer contradictorios, pues hay dos modos de tener miedo á la vida, como hay dos especies de egoísmo.

La primera y más frecuente ha sido denunciada por el Dante, y marcada en el tercer canto del *Infierno* con su desprecio; es la especie de las «tristes almas que vivieron sin censura ni alabanza», como las de los ángeles que no fueron fieles ni se rebelaron como Luzbel, y á los que ni Dios ni Satanás admiten en su compañía; los seres más despreciables y más desdenosamente tratados en *La Divina Comedia*: esos apenas han vivido; han tenido *miedo de vivir*. La otra especie la forman los que sólo aceptan la vida á beneficio de inventario, siempre que satisfaga su fin personal de goce ó ambición, pudiendo tomar por divisa la célebre definición de Mérimée: «la vida es un tapete verde donde no se divierte uno sino mientras se juega fuerte». Analicemos ambas especies de tisis.

El miedo de vivir consiste precisamente en no merecer alabanza ni vituperio; es el cuidado constante de la propia tranquilidad, evitando todo peligro, fatiga, pasión, entusiasmo ó sacrificio; es el egoísmo pasivo que se encierra en la mezquin-

dad de una existencia sosa é incolora. Ese miedo es el que inspira al joven en la elección de una carrera haciéndole elegir el funcionarismo, con el modesto sueño de un retiro pacífico; es el que mantiene en el celibato á muchos solterones, cuando no les aconseja un matrimonio de interés; es el que produce el temor de los hijos y la economía de paternidad; es la causa de las abstenciones electorales en los partidos moderados, del desdén que sienten por la política las clases medias, como si se pudiera prescindir de la política, y como si de los males que se la achacan no fueran los primeros culpables los que se encierran en la inacción de su egoísmo, contentándose con murmurar desdeñosamente con aire superior de los asuntos públicos. «No quiero ver la enfermedad ni la muerte—dice á su marido Hedda Gabler, la heroína más morbosa de Ibsen;—evítame el espectáculo de todo lo que sea feo»; y esta estética persona, en el momento de matarse por hastío, después de haber vivido para sí misma, nota que el ridículo y la bajeza han manchado como una maldición cuanto ha tocado en su vida.

El miedo marca en el rostro á esa nueva raza de jóvenes que sólo parecen cuidarse de su salud, y que, aun no digiriendo sino con ayuda de aguas minerales y de camomila, no abren la boca sino para criticar y denigrar, no alaban nada, no aman nada, no desean nada, como si tuvieran en las venas sangre de pescado, y de cuyas hermanas, modeladas á su semejanza, puede decirse lo que dice el poeta de las *Estancias á una muerta*:

Está muerta y no vivió;
Aparentó que vivía,
Y el libro caer dejó
En el que nada leía.

La otra forma del miedo de vivir no teme el esfuerzo, la fatiga ni la batalla, siempre que el objetivo sea el goce. Don Juan es la más brillante encarnación de este egoísmo audaz. Es la energía de los bandidos; y en los negocios, en la políti-

ca, en sociedad, se encuentran hombres y mujeres que no quieren obtener de la vida más que goces, arrojándola después como una naranja estrujada que ha soltado todo su jugo. El romanticismo, al proclamar el derecho á la pasión, á la dicha y á la libertad, alentaba este desarrollo de la fuerza individual; hoy lo alienta otro romanticismo—el feminismo exagerado—y el individualismo ha encontrado su filósofo en Nietzsche, con su superhombre.

Pero ¿no es paradójico llamar *miedo de vivir* á la doctrina que glorifica la vida y dobla su intensidad? No; porque los que tienen miedo de vivir quieren vivir como el niño del ovillo del cuento, tirando del hilo de la vida de modo que sólo les ofrezca novedades y goces; y limitar la vida á la juventud es despreciarla, y temer ó aborrecer la vida ordinaria es tener miedo á la vida, ya que es imposible que ésta se componga siempre de sensaciones extraordinarias.

Entre las manifestaciones de la enfermedad está la necesidad de divertirse. Hay que distraerse; y para ello, se compone uno un programa de diversiones inaguantables, y se convierte la existencia en un cinematógrafo; la vida no consiste en estar constantemente distraído, y no debe confundirse la acción con la agitación: la única verdadera energía es la disciplinada. Nacemos en estado de dependencia (de país, de raza, de medio, de educación, de fortuna, de salud), y esa dependencia hay que aceptarla resueltamente, y ese es nuestro primer acto de heroísmo. La voluntad, la energía intervienen después para modificar nuestra condición natural mejorándola, y esa serie de esfuerzos realizados con tal fin es lo que da á la vida todo su valor. El dolor físico, especialmente, se nos ha hecho insoportable; pero ese dolor, como el moral, son complemento indispensable de la vida: antes del sufrimiento, apenas se distinguen los débiles de los fuertes. La energía permite soportar el fracaso, el dolor, el esfuerzo; es una fuerza preciosa que hay que disciplinar. Tengamos fe en la bondad de la vida y aceptemos todas sus cargas y responsabilidades.

BELLAS ARTES

JUICIOS DE MAX NORDAU.—El libro de crítica artística de Max Nordau *Sobre el Arte y los artistas* contiene una serie de juicios tan francos y tan atrevidos como los que tanto ruido produjeron cuando se publicaron las *Vistas desde fuera*. He aquí algunos:

Sobre Alberto Besnard: «Puvis de Chavannes no ve en el mundo más que fantasmas, y Alberto Besnard fuegos artificiales: el ojo de Puvis no soporta ningún color de vida; el de Besnard parece que acaba de recibir un formidable puñetazo, que le hace ver las estrellas. Tiene en su paleta amarillo, naranja, verde, azul, rojo, todo de la más suntuosa intensidad, y sabe poner de acuerdo las más brillantes armonías. Pero ¿por qué diablos ha de plantar el amarillo en las mejillas, el verde en los cabellos, el azul y el naranja en las espaldas y en los brazos de sus retratos? ¿Por qué ha de representar á sus modelos como si estuviesen bañados por la luz abigarrada que atraviesa una vidriera de colores?»

Sobre Augusto Rodin: «¿Admiráis á Rodin? Entonces podréis tener la pretensión de figurar entre los jóvenes sin que se mire el color de vuestros cabellos. ¿No lo admiráis? ¡Oh! Entonces, retiraos; no sois un decadente; ninguna bella á la Botticelli os amará, ni Mallarmé os dedicará versos, ni Nietzsche filosofará para vos, ni jamás seréis invitado á una misa negra. ¡Idos con los filisteos! ¡Perteneceís á esa despreciable especie de rumiantes que pastan á reculones!

»Los enervados que con Baudelaire están animados del amor á los cadáveres, que con Feliciano Rops están agitados por una lujuria mórbida, encuentran en Rodin las mismas excitaciones eróticas y se embriagan con su lubricidad histérica, como con el sadismo monstruoso y delirante de sus demás poetas y artistas favoritos: esto en cuanto á los asuntos. En cuanto á la técnica, una de sus extravagancias consiste en asom-

brar á sus gentes por el contraste entre un bloque de mármol en bruto y lo pulido de las carnes tan bien labradas como es posible. Todo americano que guste dejar con la boca abierta al vulgo con su modernismo imita en esto á Rodin, y muestra el trozo de escultura más pequeño, lo más afinado posible, sobre la roca más informe y más ciclópea que puede encontrar. No diré que esta broma sea barata, porque el bloque representa un precio muy elevado, en todo caso mayor que el de la parte cincelada. Pero lo particularmente imperdonable es el principio estético al que Rodin rinde homenaje: es expresamente impresionista; lo que le interesa en una figura ó en un grupo es una línea de movimiento; la retiene, reproduciéndola con verdad, pero con acentuación tan exagerada que raya en caricatura, dejando á un lado cuanto no sirve para la expresión de esa línea. La escultura es incompatible con el impresionismo».

Sobre Carriere: «Carriere tiene su manera propia. Todo profano ve á la primera ojeada que sus cuadros están como cubiertos de neblina; una nube que se deja pronto atravesar y que está llena de poesía envuelve sus figuras y no deja ver sus diferentes partes sino con más ó menos limpieza. «¡Excentricidad!», dicen las gentes superficiales. «¡Cuquería!», murmura el hombre de mundo gastado.—No; Carriere obtiene así del modo más natural el retroceso de los accesorios, un asombroso relieve de lo esencial y más claridad en la expresión de su pensamiento que ninguno de sus contemporáneos. Parece paradójico, y es literalmente exacto: Carriere ha llegado á hacer del humo el mejor medio de claridad y del misterio la manifestación más completa del sentimiento».

Sobre Puvis de Chavannes: «Después de la prosa del naturalismo, de la fea prosa de la golfería, fué Puvis el despertar de la poesía; al principio nadie se preguntó si los versos eran buenos, pero se contentaban con versos medianos, con tal que fuesen versos. En tiempos de idealismo hubiera sido uno de tantos, perdido entre los demás. Su color añejo le ha sido ins-

pirado por los frescos de los cuatrocientistas. En su espíritu la idea de esos frescos se asoció con la de su borrosidad, y desde entonces, queriendo pintar al estilo de los antiguos maestros, dió á su propia pintura esa decoloración que la caracteriza. La borrosidad, el alejamiento, la anemia de ese arte pálido se armonizaban perfectamente con el sentimiento enfermizo de la época, y este misticismo de colores estuvo al unísono con el misticismo general. Puvis de Chavannes ha sido en Francia el primer maestro académico que haya hecho pintura enferma. Su principio es la lechada de cal. Traduce todas las imágenes por medio de una salsa blanca semiopaca que atenúa todos los tonos. Sus ojos son enemigos del color; su mirada, al modo del cloro, decolora todo lo que toca. Simplifica del mismo modo todas sus líneas hasta el punto de que pierden absolutamente su individualidad. Su culto, en suma, no ha sido más que una reacción oportuna contra el naturalismo».

IMPRESIONES Y NOTAS

EL DIBUJO EN LA ESCUELA.—D.^a Ernestina López, directora de la escuela de Sarmiento, en Buenos Aires, ha dado una serie de conferencias sobre la enseñanza del dibujo en las escuelas de los Estados Unidos, que publica la importante revista argentina *El Monitor de la Educación Nacional*, órgano del Consejo nacional de Educación.

El dibujo en las escuelas americanas es la materia por excelencia, y el principio de la copia del natural es el que inspira su enseñanza. Los antiguos conceptos del dibujo, puramente educativo ó puramente industrial, se han ensanchado poco á poco hasta abarcar tres grandes puntos de vista correspondientes á otras tantas necesidades. Todo niño siente la necesidad de expresar tangiblemente sus impresiones: désele un lápiz, y llenará el papel ó las paredes de su casa con figuras que tienen para él gran significación; hay que aprovechar esta propensión natural del niño, y dejarle que exprese á su modo lo

que ve; el dibujo es, ante todo, *expresión* en las escuelas americanas. Pero como con esto solo no puede considerarse realizado el fin de la enseñanza, se aplica luego el dibujo á los usos generales y corrientes de la vida, y se le da así un fin práctico con el dibujo *industrial*; y como tampoco se puede ni se debe prescindir de los elementos estéticos que integran nuestra cultura, se completa la enseñanza con el dibujo *artístico*.

Nada importa tanto al maestro yanqui como despertar en cada niño su propia individualidad, estimulando sus iniciativas y revelando su fisonomía mental. Para ello ponen al niño en presencia de las cosas, y avivan el interés que produce su observación, excitándole á que las reproduzca como las ve; en la Exposición de San Luis había millones de papeles pintados así por infantiles manos inexpertas, que revelaban los gustos y la fisonomía moral de los niños dibujantes; allí no hay trabajo penoso, ni correcciones del maestro; allí se veía al niño ante el modelo natural observado directamente, y del que sólo se descubrían los rasgos que más habían impresionado al dibujante. Esta es la diferencia capital entre las escuelas europeas y las americanas: en las europeas se mira el dibujo como un arte, con sus reglas y principios, y en las americanas no; pues aunque se pongan á la vista del niño modelos artísticos, no se le juzga capaz de reproducirlos, y sólo se intenta acostumbrarle á observar y á reflejar sus impresiones, aunque más tarde, al perfeccionar su educación artística, se le enseñan todas las reglas y todos los principios aplicables al dibujo.

* * *

ORIGEN DE LA PALABRA «GOLFO».—Hace doce ó catorce años que la palabra *golfo* ha tomado carta de naturaleza en el vocabulario popular de Madrid. ¿De dónde ha salido esa palabra? La *Revista Penitenciaria* dedica á esta investigación todo un artículo, y vale la pena de recoger sus conclusiones.

Si la palabra no surgió en Madrid, aquí por lo menos se

desarrolló y se exportó, generalizándose con pasmosa rapidez. Desconocido el autor del vocablo, ¿es que éste se inventó, ó es que, hallándose olvidado, fué resucitado? A esto último se inclinan Menéndez Pidal y la *Revista Penitenciaria*. «Los *golfinnes*—dice—eran gentes de mal vivir, que formaban bandas de salteadores en Castilla en los comienzos del siglo XIV, y se aplicó también el mismo nombre al bribón ó truhán en general; el *golfo* ó *golfa* es una resurrección del antiguo *golfin*, privado de su sufijo diminutivo.»

Los *golfinnes*, tal como resulta del estudio de la *Revista Penitenciaria*, eran bandoleros bastante numerosos y perfectamente organizados, á los que sólo lograron imponerse, para defenderse de sus fechorías, los *colmeneros*, organizados á su vez en fuerte hermandad protegida por los reyes.

Cosa bien distinta por cierto son los *golfos*, gente maleante sin duda, pero que jamás ha estado organizada en bandas, ni es casi capaz de organización, pues lo que caracteriza al *golfo* es la independendencia y libertad en que vive dentro de su miseria. Obsérvese, por otra parte, que el término *golfo* ha salido de la propia *golfería*, y antes de que el vocablo se popularizara por la propaganda de la prensa y del teatro, se lo han estado aplicando algunos años mutuamente los *colilleros* y *granujillas* que pululan por la Puerta del Sol, ninguno de los cuales había oído seguramente la palabra *golfin*, ni era depositario de ninguna tradición *golfinnesca*. La historia de esta palabra está por hacer, y es preciso buscar sus orígenes, no en términos arcaicos, tan sólo de los eruditos conocidos, sino en algo viviente y palpitante, en las costumbres mismas de esos modernos pilluelos vagabundos. He aquí nuestra opinión. La palabra *golfo* es lisa y llanamente una metátesis de *folgo*. En las noches crudas de la otoñada y del invierno, cuando los mendigos sin asilo tienen que dormir arrimados sobre los umbrales de las puertas, cada uno de ellos sirve de *folgo* á otro, prestándose mutuo calor. — ¡Brrr! Qué frío hace — dice uno. — Anda, arrímate bien — contesta el otro; — yo seré tu *folgo* y tú serás el mío.—

¡Vaya un *folgo* que te has echado! — dice un colillero á otro que está durmiendo al lado de una chiquilla que no tiene más que los huesos.—¿Quieres ser mi *folgo* para esta noche?—pregunta un pillete á otro. — Tengo yo mejor *folgo* que tú; me está esperando la *flamenca*, y ¡ya ves! — ¡No es mal *folgo* la Flamenca! ¡Que te aproveche!—Estas y otras frases semejantes eran corrientes; la comparación es pintoresca y acertada, y todos la aceptan, y llega un día en que á uno de ellos se le ocurre llamar á su compañero:—Oye, *golfo*, ¿no vienes?—La variante tiene fortuna, y poco á poco se generaliza y el uso se establece, y la palabra queda consagrada, sin que haya que ir á desenterrarla de entre las reliquias documentales del siglo XIV, ni menos que ir á buscarla al árabe *gul* (demonio) ó *golf* (incircunciso endurecido) como otros quieren.

*
* *

LAS MOSCAS Y LAS EPIDEMIAS.—Está demostrado que las moscas diseminan en caso de epidemia los gérmenes patogénicos; las moscas acarrean, como lo prueban en reciente estudio Chantemesse y Borel, los vibriones coléricos y los bacilos tíficos. ¿Cuánto tiempo conservan el virus que transportan? Para investigararlo se han colocado algunas en frascos estériles; y las trompas y patas de las moscas que hacía diez y siete horas habían estado comiendo en cultivos de bacilos, así como sus intestinos, daban cultivos coléricos; únicamente las siembras hechas al cabo de cuarenta y ocho horas eran estériles; de donde se deduce que la propagación de los gérmenes morbosos epidémicos por las moscas es limitada, pues de ordinario no son agentes de transporte á larga distancia, salvo las que viajan en trenes ó barcos.

La transmisión y propaganda del cólera se efectúa de tres modos diferentes: 1.º, por el transporte á largas distancias de viajeros y de mercancías; 2.º, por la propagación de ciudad á ciudad; 3.º, por la diseminación de casa á casa y de individuo

á individuo. A cada uno de estos modos de transmisión deben corresponder medidas profilácticas distintas, teniendo siempre en cuenta el hecho de que el cólera procedente de puntos contaminados no suele declararse sino á los quince, veinte, veintinueve ó treinta días después de la salida de una escala donde reine la epidemia; que pueden hallarse en el organismo humano microbios patógenos que no se manifiesten sino al cabo de varias semanas, y que, por consiguiente, la policía sanitaria marítima se queda en muchos casos desarmada para combatir la propagación de la epidemia. Por eso nada debe descuidarse, y deben multiplicarse las precauciones, siendo una de las primeras el exterminio de las moscas.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

L'origine del prestito nel diritto indiano, per G. Mazarella. Roma, 1904.
Un folleto de 63 páginas, sin indicación de precio.

Como en otras obras del mismo autor sobre diversos asuntos de jurisprudencia etnológica, materia por él preferida, y de las cuales se habló á su debido tiempo, ya en esta misma Revista, ya en otras, discurre ahora Mazarella acerca del préstamo en el derecho indiano y acerca de su origen, con la escrupulosidad, competencia y circunspección que deben siempre acompañar á los trabajos de esta índole para ser convincentes y útiles. Según costumbre del autor, comienza también el presente estudio con una serie de advertencias y observaciones críticas respecto al procedimiento que en su labor ha empleado para poder llegar á conclusiones bastante seguras, y por lo mismo fructíferas. Tales advertencias, que repito son habituales en Mazarella, dan la clave para proceder luego provechosamente á la lectura del resto del escrito; indican también cuánto se preocupa el autor del método que necesita emplear á fin de que sus resultados no sean confusos, vacilantes y, de consiguiente, estériles.

La Memoria de que se trata constituye una aportación nueva á la historia del derecho y á la jurisprudencia comparada. Se refiere, como su mismo título lo dice, á la investigación de los orígenes del préstamo en el antiguo derecho indiano, y debe considerarse como continuación y complemento de otra monografía anteriormente publicada por el autor sobre

El préstamo en la India antigua. Mientras en esta última se ocupa Mazzarella del préstamo indiano considerado solamente desde el punto de vista morfológico y estratigráfico, y con relación únicamente á la época manávida, en el escrito poco hace publicado estudia la morfología del préstamo en la época dharma-sútrica, que precede inmediatamente á la manávida, y que se extiende desde el siglo VI al II a. d. C. El trabajo está hecho directamente sobre las fuentes, y en él llega el autor, por referencias é inferencias, á determinar cuándo, cómo y por qué hubo de originarse el préstamo en la India antigua.

Los aficionados á investigaciones de este género encontrarán no pocas cosas aprovechables en el folleto de que se trata, contribución nueva del autor á la reconstrucción de las instituciones jurídicas de los antiguos tiempos históricos.

P. DORADO

INDICE

por orden alfabético de autores de los artículos
publicados en «La España Moderna»
durante el año 1905.

- AMADOR DE LOS RÍOS (Rodrigo).—*Los Jardines del Buen Retiro*. Enero, pág. 80.—*Madrid en 1833*. Marzo, pág. 5; Julio, pág. 44; Noviembre, pág. 125.—*De la Alhambra*. Diciembre, pág. 106.
- ALONSO (Benito F.).—*Los judíos españoles de Oriente*. Marzo, página 71.
- ANDRÉ (Eloy L.).—*Radicalismo y reacción*. Febrero, pág. 86.—*Estadismo, laicismo y congregacionismo en nuestra enseñanza secundaria*. Septiembre, pág. 17.—*El presupuesto de la educación nacional*. Diciembre, pág. 27.
- ARAUJO (Fernando).—*Revista de Revistas*. Enero, pág. 183; Febrero, pág. 157; Marzo, pág. 173; Abril, pág. 176; Mayo, pág. 188; Junio, pág. 151; Julio, pág. 175; Agosto, pág. 173; Septiembre, pág. 180; Octubre, pág. 176; Noviembre, pág. 165; Diciembre, página 175.
- BARADO (Francisco).—*Ambrosio Spínola*. Octubre, pág. 54.
- BENOT (Eduardo).—*La sílaba*. Junio, pág. 130.—*Tiempos de significado translaticio*. Octubre, pág. 32.
- BURGUETE (Comandante).—*Problemas nacionales. Educación defensiva*. Julio, pág. 5.
- CASCALES Y MUÑOZ (José).—*Francisco de Zurbarán y la Exposición de sus cuadros*. Junio, pág. 5.
- CEJADOR (Julio).—*La concordancia gramatical en el «Quijote»*. Marzo, pág. 30.—*Ediciones del «Quijote»*. Mayo, pág. 5.—*El imperfecto y el futuro de subjuntivo en el «Quijote»*. Junio, página 98.—*Motes ó apodos*. Diciembre, pág. 51.
- DORADO (P.). — *Notas bibliográficas*. Enero, pág. 206; Junio, pági-

na 207; Agosto, pág. 196; Septiembre, pág. 203; Octubre, página 206; Diciembre, pág. 203.—*Algo sobre el problema latino*. Febrero, pág. 5.—*De los hombres y de su valer moral*. Agosto, página 24.—*El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del fiscal del Supremo*. Noviembre, pág. 18.—*¿Libertad, ó servidumbre?* Diciembre, pág. 68.

ECHEGARAY (José). — *Recuerdos*. Enero, pág. 67; Febrero, pág. 74; Marzo, pág. 58; Abril, pág. 23; Mayo, pág. 60; Junio, pág. 41; Julio, pág. 79; Agosto, pág. 53; Septiembre, pág. 5; Octubre, página 42; Noviembre, pág. 58.

FIGUEROA (Marqués de). — *De política parlamentaria*. Abril, página 83.

GÓMEZ DE BAQUERO (E.). — *Crónica literaria*. Enero, pág. 172; Febrero, pág. 148; Marzo, pág. 162; Abril, pág. 166; Mayo, pág. 165; Junio, pág. 142; Julio, pág. 166; Agosto, pág. 163; Septiembre, página 172; Octubre, pág. 167; Noviembre, pág. 156; Diciembre, página 165.

GONZÁLEZ BLANCO (Edmundo). — *Las variedades del anarquismo contemporáneo*. Enero, pág. 19.—*La institución y origen del descanso dominical*. Septiembre, pág. 153. — *El verdadero cristianismo social*. Octubre, pág. 66.—*Psicología del sentimiento anárquico*. Noviembre, pág. 72.

GORKI (Máximo).—*Cain y Artemio*. Junio, pág. 185; Julio, pág. 92.—*Un compañero extraño*. Agosto, pág. 141; Septiembre, página 132.—*En la estepa*. Diciembre, pág. 149.

GUERRA (Ángel).—*Estudios artísticos. Humorismo á la española*. Diciembre, pág. 87.

HISPANUS.—*Lecturas americanas*. Enero, pág. 151.

HOGGE FORT J. y F. V. DWELSHAUVERS-DERY.—*La España nueva*. Junio, pág. 74; Julio, pág. 111; Agosto, pág. 108; Septiembre, página 59.

HUME (Martín). — *Influencia española sobre la literatura inglesa*. Marzo, pág. 81; Abril, pág. 110; Mayo, pág. 116; Junio, pág. 54; Julio, pág. 19; Agosto, pág. 65; Septiembre, pág. 35; Octubre, página 5; Noviembre, pág. 33.

- IBARRA (Juan Francisco).—*Poetas americanos*. Mayo, pág. 58.
- IGNOTUS.—*La reforma más necesaria en el Ejército*. Enero, pág. 5.
—*Bases políticas de la defensa nacional*. Abril, pág. 54.
- LIÑÁN Y HEREDIA (Narciso José de).—*Los Duques de Rivas, Angel y Enrique Ramírez de Saavedra, como poetas*. Junio, pág. 111.
- MARTÍNEZ OLMEDILLA (Augusto).—*Referencias legales y jurídicas del «Quijote»*. Mayo, pág. 18.
- PAGÉS (Antonio).—*La nueva perforación de los Alpes*. Junio, página 24.
- POSADA (Adolfo).—*La Asamblea Universitaria de Barcelona*. Febrero, pág. 113.—*Las habitaciones baratas*. Abril, pág. 69.—*Datos para la historia de la legislación social en España*. Octubre, pág. 95.
- PÉREZ DE GUZMÁN (Juan).—*Los centinelas del Escorial*. Enero, página 59.—*Los émulos de Moratín*. Marzo, pág. 41.—*El dos de Mayo de 1808*. Mayo, pág. 32.—*El protectorado del Príncipe de la Paz á las Ciencias y á las Letras*. Julio, pág. 132.—*En el cartulario de Prim*. Septiembre, pág. 94.—*El libro y la biblioteca en España durante los siglos medios*. Octubre, pág. 111.—*Las guerras seculares de opinión contra España y las desmembraciones de esta Monarquía*. Noviembre, pág. 88.
- SÁNCHEZ PASTOR (Enrique).—*El problema agrario en el Mediodía de España*. Abril, pág. 34; Mayo, pág. 72.
- SANTACRUZ (Pascual).—*Clínicas de la Historia*. Febrero, pág. 51.
- SIEROSZEWSKI (Wenceslao).—*Yang-Hun-Tsy (El diablo extranjero)*. Enero, pág. 120; Febrero, pág. 130; Marzo, pág. 103; Abril, página 134; Mayo, pág. 142.
- TWAIN (Mark).—*Una apuesta de millonarios*. Octubre, pág. 153; Noviembre, pág. 5.
- UNAMUNO (Miguel de).—*Los naturales y los espirituales*. Enero, página 40.—*Sobre la lectura é interpretación del «Quijote»*. Abril, pág. 5.—*Soledad*. Agosto, pág. 5.—*Sobre la erudición y la crítica*. Diciembre, pág. 5.
- WILDE (Oscar).—*El amigo abnegado*. Diciembre, pág. 136.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Sobre la erudición y la crítica</i> , por Miguel de Unamuno	5
<i>El presupuesto de la educación nacional</i> , por Eloy L. André.....	27
<i>Motes ó apodos</i> , por Julio Cejador.....	51
<i>¿Libertad, ó servidumbre?</i> , por P. Dorado	68
<i>Estudios artísticos.—Humorismo á la española</i> , por Ángel Guerra.	87
<i>De la Alhambra.—Notas de actualidad referentes al palacio de los Al-Ahmares</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	106
<i>El amigo abnegado</i> , por Oscar Wilde.....	136
<i>En la estepa</i> , por Máximo Gorki	149
<i>Crónica literaria (Amor y Ciencia, comedia en cuatro actos, por D. Benito Pérez Galdós)</i> , por E. Gómez de Baquero.....	165
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	175
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado	203
<i>Índice general por orden alfabético de autores</i>	205